



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Bd. May, 1890.
Span 5666.7.2

Harvard College Library.

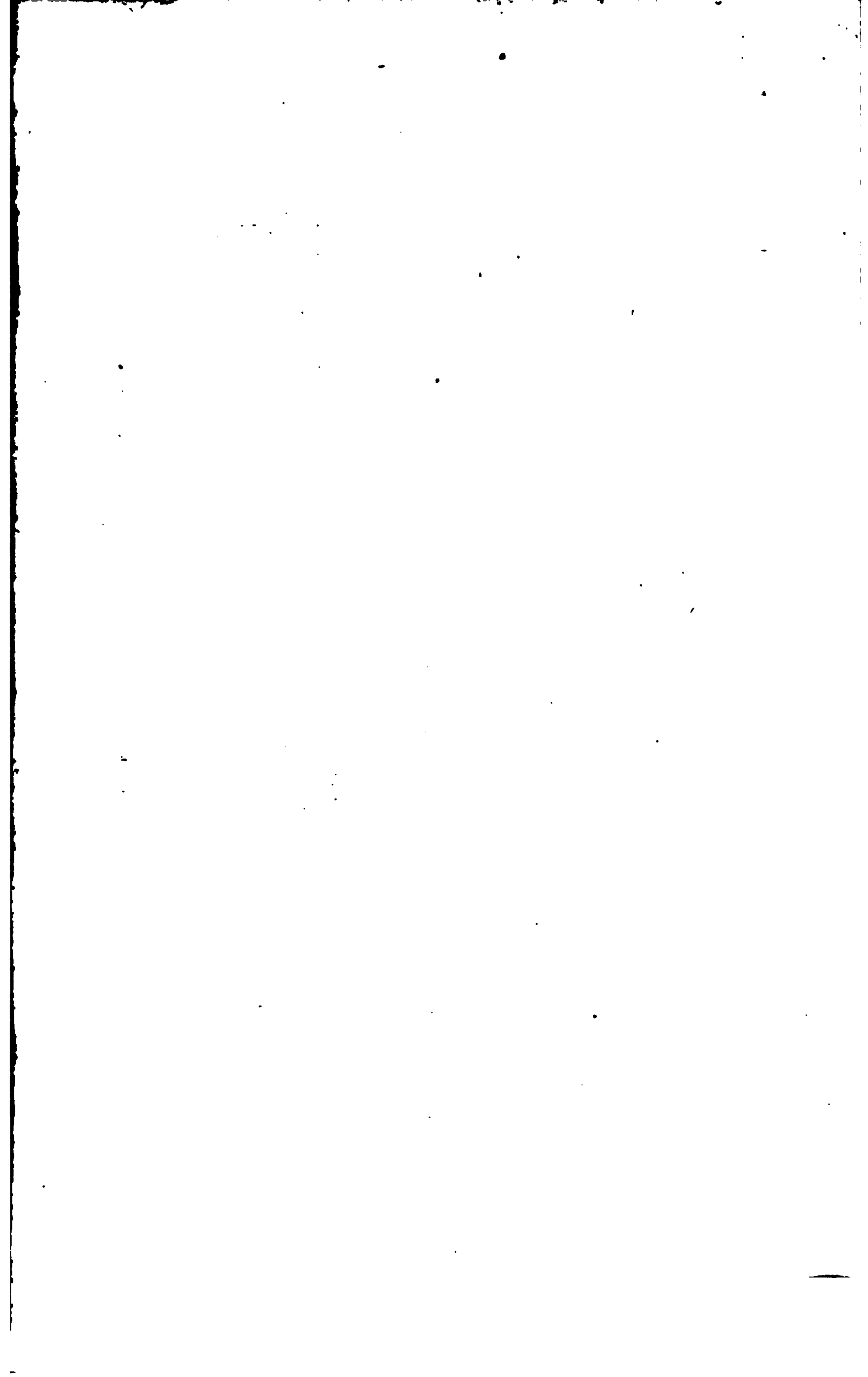
BEQUEATHED BY

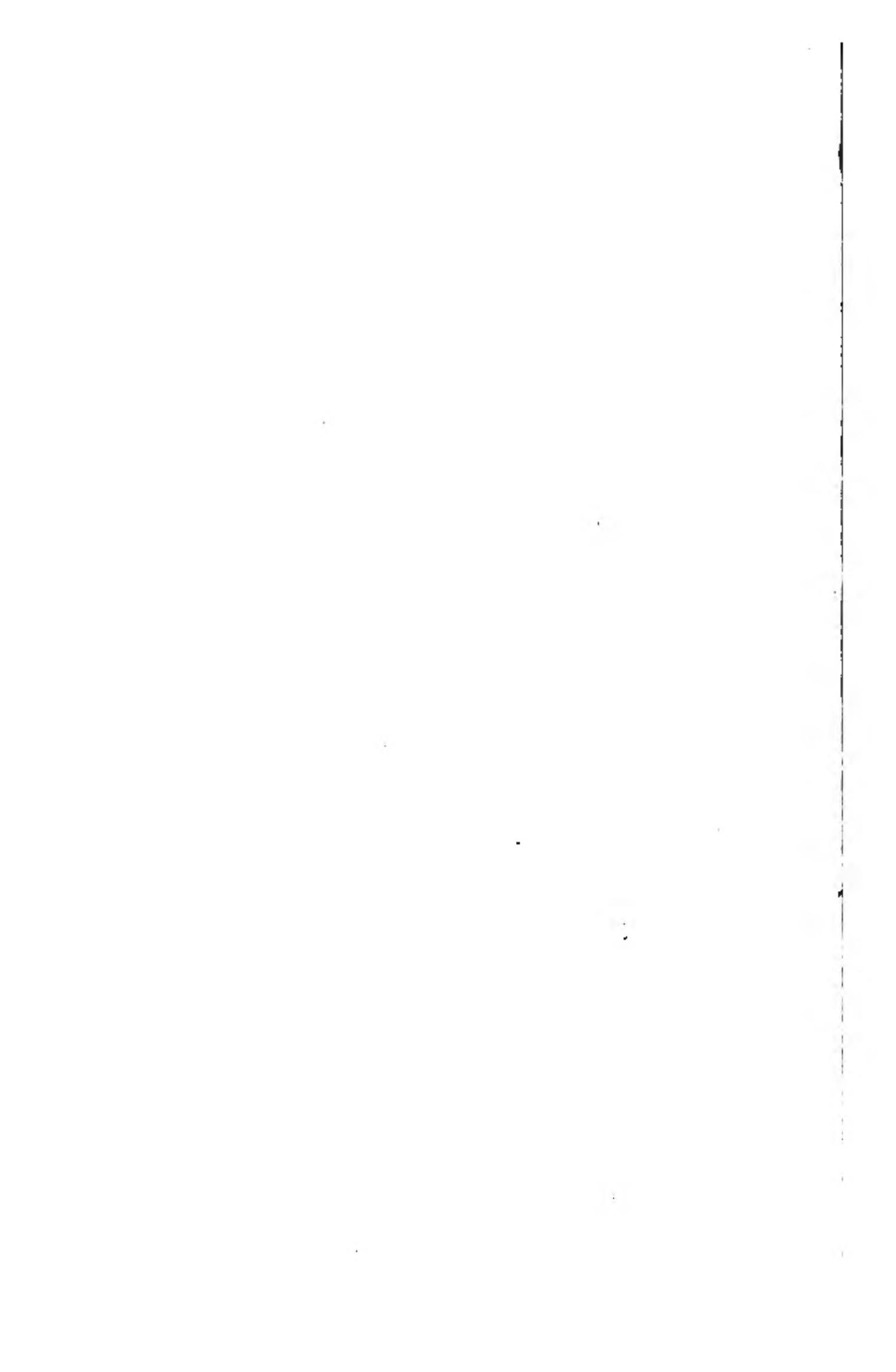
CHARLES DUDLEY MARCH,

OF GREENLAND, N. H.

(Class of 1880).

Received Sept. 9, 1889.





324
35 Vols.

II. 2207

RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

L. S. March.

DOLORES *LB.*

Y CANTARES

DÉCILOSEXTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72

1882

21
66/55
W

DOLORAS Y CANTARES.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN VERSO.

Los Pequeños poemas.—Un tomo en 8.º, tela, 4,50 y 5 pesetas.

Poesías y Fábulas.—Quinta edición. Contiene: *Ternezas y flores.*—*Ayes del alma.*—*Fábulas.*—Un tomo en 8.º mayor, 4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.—Encuadernados 1 peseta más.

El drama universal.—Poema en ocho jornadas; primera edición, de gran lujo, 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias.

—Idem tercera edición, 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.—Encuadernado, 1 peseta más.

Colón.—(Poema).—En preparación una nueva edición.
Epístola Necrológica de D. Luis González Bravo.—1 peseta.

El Palacio de la Verdad.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

Guerra á la guerra.—Dolores dramática.—1 peseta.

Dies Irae.—Drama en un acto.—1 peseta.

Cuerdos y Locos.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

El Honor.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

Pensamientos.—Extracto de sus primeras obras.—1 peseta 50 céntimos en toda España.

Los Buenos y los Sabios.—Poema en cinco cantos.—2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

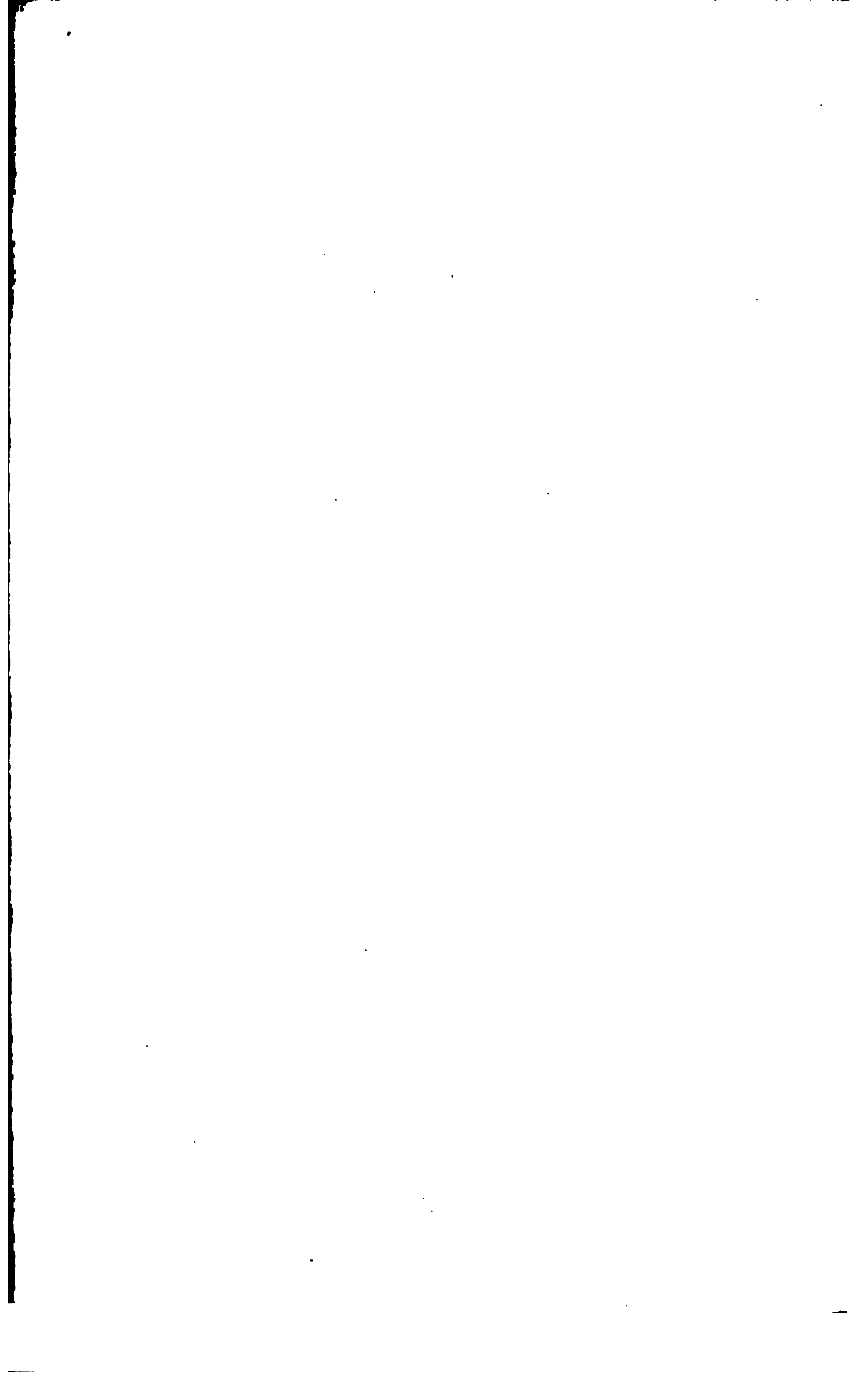
El Amor y el Río Piedra.—Poema en tres cantos.—2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

EN PROSA.

Polémicas con la democracia.—Segunda edición, aumentada.—Un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.—Encuadernado, 1 peseta más.

El Personalismo.—Apuntes para una filosofía.—5 pesetas en Madrid y 6 en provincias. (Agotado).

Lo Absoluto.—3,50 pesetas en Madrid y 4 en provincias.



Comptroller

DOLORAS

Y CANTARES

321-19

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR y *Campoamor*

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DÉCIMOSEXTA EDICIÓN
ÚNICA COMPLETA

me
MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72

—
1882

~~IV, 3307~~

Span 5665.7.2

Sept. 9, 1889.

March Bequest.

Es propiedad del Autor. Queda
hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN.

CARTA-CONTESTACIÓN Á D. ÁLVARO ARMADA Y VALDÉS, CONDE DE REVILLAGIGEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica usted las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á usted algunas explicaciones sobre la palabra *dolora*.

Dice usted que no le agrada el término *dolora*, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razón, y que, por consiguiente, no tiene para usted más mérito que el de cualquier otro sonido informe.

Antes de contestar á esta observación, quiero enterar á usted del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestión.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol,

se reuniesen los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecución no ha correspondido á la belleza del tipo que me había forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho más que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que más dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar sólo expuesto en teoría.

Me dice usted que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la *dolora*.

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su expresión á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía en el cual algunos autores sólo se han ensayado *inconexa é incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre debe tender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia, he escrito estas DOLORAS, que, aunque sean muy imperfectas, se pueda decir de ellas para que sirva de base para su definición ulterior:—Que deben ser unas composiciones ligeras en su forma, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

—«¿Qué significa *dolora*?»—me pregunta usted en el primer párrafo de su carta. Respuesta:—Sig-

nifica una composición poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.*—«¿Y por qué significa eso?»—vuelve usted á preguntar, suponiendo con acierto mi contestación. Respuesta:—Porque yo *quiero* que lo signifique.

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á usted porque resulta en mi abono.—O la *dolora* es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. Si lo es, la palabra que signifique ese género tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso, poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las *doloras* un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido al cual crea que pertenecen.

Después de dicho lo que antecede, me parece superfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que usted cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecía que un ingenio como el de usted se ocupase tan detenidamente en una cuestión tan insignificante.)—«Yo bien comprendo, dice usted, que á unas composiciones que, por muy ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar *doloras*.»—Ya sabe usted que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará usted que le exprese con franqueza que la razón no me parece demasiado concluyente, aun-

que, si á usted le gusta, me daré por muy servido con que esa explicación satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Ultimamente concluye usted diciendo:—«¡Es imposible que la historia de esas palabra, aun cuando usted no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen en los *misterios de su corazón!*»—Protesto contra la tendencia de esa observación insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende usted hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razón de ellos *ni á mí mismo*, la venialidad del sentimiento que usted procura sorprender en el fondo de mi corazón, me autoriza para que diga á usted cuatro palabras *al oído* sobre este asunto exclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Sólo me resta suplicar á usted por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazón, que jamás haga usted á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á usted su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente,

CAMPOAMOR.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN.

He aquí un volumen pequeño, muy pequeño, que ha promovido una asonada literaria; un libro que ha llenado de espanto el corazón de toda una sociedad; una obra que lleva tras sí el anatema de nuestros Aristarcos modernos. Cuando hemos oído ese grito de horror ó de zozobra que por todas partes cunde, como si se tratara de conjurar una desastrosa calamidad, no hemos podido menos de alargar la mano, tomar un ejemplar, abrirlo y examinarlo con toda la imparcialidad que nos caracteriza. Y ahora que estamos penetrados de las tendencias de todas esas inspiraciones recogidas como flores en un gracioso ramillete, nos atrevemos á preguntar á los que se han resentido de tal publicación: ¿qué significa ese grito, esa cruzada que se levanta para combatir la verdadera filosofía? ¿Qué significa esa alarma hipócrita de una sociedad que quiere aparecer llena de virtudes, cuando sólo lleva en el alma un germen fecundo de vicios y disolución?—Quiere decir: que cuando le han arrojado ese libro donde está reflejada su conciencia, se ha asustado de verse desnuda; quiere decir: que esa

dad, falta de razones para defenderse, ha tomado el medio de gritar lastimosamente, fingiendo una moralidad que está muy lejos de tener; esto significa que, acostumbrada á cubrirse con una capa engañosa, quiere salvar á toda costa sus conciencias, con el objeto de seguir haciendo daño á la humanidad crédula y abandonada en el caos de las ilusiones. Es verdad que amarga el saber que siempre van unidos en esta vida la esperanza y el desengaño, el placer y el dolor, el espíritu y la materia, espantoso contrasentido, origen de esa tristeza perpetua que tiene el hombre consigo mismo, pero es más triste aún que el alma, desprevenida de toda realidad, encuentre el hastío donde busca una fuente inagotable de dichas, donde pretende encontrar la felicidad eterna. Las DOLORAS del campoamor no son más que una verdad, y tal han debido admitirse, si bien con el sentimiento de que son una verdad que lastima.

Esto se dirá que hay verdades que no pueden negarse, y á esta réplica, que sólo puede salir de los labios de un hombre interesado en el juego del dolor, diremos nosotros, *que Dios no echó á la luz la verdad para que anduviera tapada y escondiéndose de los hombres á cada paso, sino para brillase siempre con esa luz que emana del cielo y que es hija.* Hay verdades crueles, porque son ilusiones aventuradas que debían desecharse como ensueños fantásticos de imposible realización. ¿Sería cruel decir á una hermosa que en medio de cien adoradores hace alarde de sus encantos: —Todo eso será ceniza algún día?— Sería cruel decirle que no tuviera el convencimiento de que al nacer había entrado en el mundo para envejecer y morir. Dígase hoy á una mujer: el hombre que te ama te miente; y la mujer volverá la cabeza hacia atrás y extrañando que se le haga una adver-

tencia semejante, porque sabe muy bien que la verdad es hoy una planta exótica. Esta mujer no se lastima del desengaño, porque si tal hiciera, habría hombres que pudieran dirigirle iguales convenciones. Los hombres que han recorrido el campo de la vida, y han recogido sus flores, y en cada flor han hallado una espina, esos hombres son la expresión de la humanidad entera, que ha atravesado todo el espacio que Dios le había concedido, tropezando hoy en un placer, y cayendo mañana en un dolor. Podrá decirse que arrojar un libro tan desnudo de fe á la generación que nace, es quererla privar de entusiasmo, es querer matar el espíritu para dar lugar tan solo á los goces materiales. No, no es esto lo que quiere significarse. Es decirle al hombre que nace:—Aquí no hay nada; donde está el todo es allí, en el cielo. Este es el campo de los merecimientos; atraviésalo con planta firme, sin que te asusten los dolores ni te engañen los placeres, que Dios premiará tu constancia.—Las DOLORAS de Campoamor son el grito del hombre que ha llegado al término de su viaje, que lo ha sufrido todo, que todo lo ha gozado, y que ansioso de mostrar á los que vienen el camino que ha cruzado, se para un momento, resume y dice:

- «Cuna de rosas al nacer hallamos.
- ¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.
- Rosas, la vida al comenzar, hollamos.
- ¡Falso! Los piés por entre abrojos van.»

Verdades como éstas hieren el corazón, arrancan lágrimas á los que se han formado otro mundo ilusorio en la cabeza, del cual piensan salir, en alas de la esperanza, para la gloria; pero el hombre que se ha familiarizado con estas verdades se forma distinta esperanza, una esperanza que se realiza,

y aunque paga el tributo de lágrimas cuando nace y cuando muere, en el momento en que una alma pura se desprende de los lazos de la vida, apostrofa al que queda de esta suerte:

«¿Para qué llorais perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar eterno
dejó un lugar de partida?

Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?»

¿Podrá decirse que esto es siempre desconsolador para la sociedad que no ha tenido juventud, que este es un salto considerable que da nuestra literatura de la infancia á la vejez?—Sin meternos ahora á desentrañar las causas que nos detuvieron un día en medio de nuestra marcha, diremos que era altamente ridículo y que revelaba suma impotencia el estar girando todavía por el círculo de amores pastoriles, endechas y suspiros ardientes, arroyos que se deslizan, árboles que se dibujan y demás asuntos tan trillados que no merecían ya la pena de tomarse en consideración. Teníamos, pues, necesidad de una poesía nueva que llenase las exigencias de la época, que revelase las debilidades del siglo, que corrigiese las costumbres; en una palabra, un poesía puramente filosófica. Seguir en este género el estilo de Cienfuegos, nuestro primer poeta filosófico, no era adelantar, era quedarse estancado esperando á que la generación se hiciera por sí sola, y obrara con la única influencia del tiempo. Corregir las costumbres aconse-

jando, era hacerse maestro de aulas, y no salir del método rutinario. ¿Qué hacer, pues?—Desnudar á la sociedad de sus oropeles, y presentarle un espejo que le hablara hasta avergonzarla: esto es lo que necesitaba, y esto es lo que ha hecho el Sr. de Campoamor. Y por este espejo fiel han pasado á la par el hombre engañando á la mujer, y la mujer burlando al hombre; uno y otro oprimiéndose á la vez, arrancándose mutuamente las hojas del corazón y arrojándoselas á la cara, fingiendo unas veces derramar lágrimas de desesperación, pero en la realidad riendo siempre hasta de su misma impotencia. Creemos que una sociedad que se ve llena de tantas deformidades debe avergonzarse si aun conserva instintos religiosos en su fondo, siquiera por lo que debe esperar, y no lanzar esos gritos exasperados, que no son más que ayes de dolor por haber sentido en su rostro el látigo del filósofo. La sociedad que tiene por base dos principios tan violentos como son el egoísmo y el interés, bajo los cuales los sentimientos se reducen á guarismos, merece ser tratada sin compasión, como una ramera impúdica que prescinde de todo instinto de virtud á la vista de una moneda. ¿Qué es lo que ese pretende hacer con la humanidad, dejando que alimente sin treguas sus ilusiones?—Hacerla más estúpida, más indolente, más criminal de lo que es. Desengáñense esos críticos que miden los libros con el más pequeño compás de su entendimiento: las DOLORAS de Campoamor no son tan perniciosas como creen, y acaso muchos tampoco lo creen; pero quieren salvar las apariencias tan solo por el qué dirán.—Que dejen correr ese volumen, para que, clavando en él los ojos, pueda la mujer arrepentirse de su debilidad, y avergonzarse el hombre de su crimen; para que alguno, viendo en él la copia exacta de su conciencia, bus-

XIV

la expiación de sus faltas en sí mismo, obrán-
e quizá de esta manera lo que no han podido
seguir los mejores socialistas, que es la reforma
las costumbres. ¿No se asomará el rubor á las
illas de la mujer que, después de jurarnos cons-
cia, falta al amor que habíamos depositado en
, cuando encuentre con esta reconvención?

«Después ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
«No hice otro tanto con él.»
¡Ay Victoria!
¡Cuán frágil es tu memoria!
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...»

Y qué dirá el hombre que leyendo la historia
la niña que dejó el cielo por ver á su amante, de-
ga sus ojos en estos versos?

«Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante,
y en ellas al cielo huyó;
y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato
subiendo al cielo cantó:
*Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere
menos le quieren con ella.»*

Quién no ha sacrificado el amor de una mujer
llegar al fin que se ha propuesto? ¿Quién no ha
ado el corazón de la que más nos haya amado en

este mundo? ¡Oh!... todo hombre es verdugo, á lo menos una vez en su vida... fuera de los que lo son mientras viven. Y estos hombres ¿podrán leer con tranquilidad semejante acusación?... ¿No tendrán un momento para arrepentirse? ¿No verterán una lágrima en memoria de la mujer que inmolaron á un capricho, á un nombre ó á una especulación? ¿de esa mujer que creyó encontrar una senda de flores al nacer, y sólo halló espinas que destruyeron sus plantas á los primeros pasos? ¡Oh! si al entrar en el mundo hubieran dicho á esa inocente:

«En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones;
nada más, luz de mis ojos,
nada más.»

Es muy seguro que no se hubiera tomado la pena de amar tanto por tan poco, y ningún aliento hubiera ajado la pureza de su frente. Pero como hasta aquí hemos convenido en dejar al alma sus ilusiones, por eso sucumben á la seducción tantas y tan cándidas mujeres, que no han tenido ni luz en los ojos para ver el abismo, ni luz en el corazón para evitar el peligro. En un siglo como el nuestro, en el que tanto ha adelantado la ciencia lógica; en un siglo tan positivo, siglo de mercaderes que con todo especulan, sin cuidarse de los afectos del alma, necesitábamos saber con quién nos las habíamos para no dejarnos engañar impunemente. Hace poco tiempo, cuando estábamos pugnando por reunir y coordinar tantos elementos encontrados para organizar nuestra sociedad, hubiera sido chocante que se hubiera anatematizado lo que no era más que imposibilidad; pero ahora que com-

ponemos algo, aunque no es mucho; que empezas á tener principios en política y principios en ratura; en una palabra, ahora que somos una iedad, debemos examinarla con atención, y ver on ella podremos llegar á un fin bueno. Alguse han atrevido á decir á hurtadillas: «esto no rcha;» pero poco resueltos á sostener sus principios, han dejado que su voz se pierda entre el lo de las disputas políticas, y se han metido en oncha, sin hacer otro esfuerzo para moralizar costumbres. Compoamor, no; Campoamor ha aprendido la sociedad en que vive, y como abre que posee una verdad, se ha puesto frente ente de ella, y ha dicho: «Eres pobre, y tu orización es raquítica: eres una gran mentira puesta de muchas mentiras. Tu hombre del s-xix se ha puesto el *sentimiento en la piel* para afectar al corazón; la *conciencia* la lleva en el *imago*; el *honor* y la *virtud* van atadas á la *len*.; el *amor* lo convierte en *aire*, y la *fe* y la *glo*las ha colocado en la cabeza, asiento de la *lo*a. Por consiguiente, lo único que la aflige es:

¡Calor, hambre, interés, amor ó frío!»

sto ha dicho el Sr. Campoamor, y verdad tan egable ha herido á la sociedad de que forma e, sólo porque ha sabido poner el dedo en la a. El castigo ha hecho algún efecto, pues he- oído el ¡ay! hipócrita que ha lanzado... ¡Ella esperaba que así la dijeran sus faltas!... Espera más galantería del hombre, del hombre á n esclaviza! ¡He ahí el egoismo!!!

ANTONIO HURTADO.

PRÓLOGO DE LA SEXTA EDICION.

Las poesías que encierra este pequeño volumen son, en su mayor parte, conocidas del público. Pocos habrá que no hayan leído más de una vez los caprichos á que una humorada del autor dió el nombre de *Doloras*. No disputamos su propiedad á la palabra: la prescripción le ha dado carta de naturaleza en el arte. Pero la *Dolora*, esa composición intencional, género mixto de anacreóntica y epigrama, ese juguete, en su maliciosa ingenuidad tan inquietante para las conciencias tímidas, con los años ha ido adquiriendo madurez y se presenta hoy con ropón filosófico.—¿Ha ganado ó ha perdido en la variación? A esta pregunta contestará oportunamente el público.

Hay un período en la historia moderna de Francia en que una gran literatura se hunde de repente en el cieno. Pascal, Racine, Montesquieu, el sublime Corneille son eclipsados por hombres como Crebillón, hijo: una turba abyecta de cortesanas y abates créan para su propio uso una literatura obscena; la idea carnal inspira á la musa del deleite; el espíritu se ahoga en el lodazal de la materia; el *Sofá* ocupa el lugar del *Emilio*; el estilo, la len-

XVIII

se amoldan á las nuevas costumbres: la cultura se convierte en una bacanal, hasta que la locura hace de ella una gran hecatombe.

Al iniciarse nuestra regeneración política y social, la juventud se lanzó con furia á devorar esos libros. El positivismo los aceptó todos sin examen: el *Índice* se convirtió en el único criterio; toda obra prohibida era leída con avidez: literariamente estábamos en plena Regeneración.—Cuando recordamos aquellos días de ofuscamiento y los comparamos á la serena crítica de los tiempos presentes, un sentimiento involuntario de orgullo nos hace inclinar la frente ante el progreso de los tiempos. Sí: hemos progresado mucho en cincuenta años; nuestra juventud vale más que las anteriores.

Quiero, al tributar este homenaje á la verdad, cumplir también con hacer otra observación importante.—En la carrera de la crítica y la razón, su influencia ha sido siempre favorable á las letras. El bajel no siempre ha evitado los escollos, ni se conservó pura el agua de las fuentes. Aquél ha solido encallar en sirtes y éste; las fuentes han sido enturbiadas á veces por las arenas. Hemos visto los extravíos y la corrupción introducir con sacrilega planta los dominios del arte; hemos visto violar reglas eternas con falaces teorías, y retroceder á los tiempos de barbarie. Pero la libertad se ha curado á sí propia sus heridas; la discusión ha triunfado, como siempre, la buena causa. Las ideas se han fundido en el crisol de la verdad, y las corrias se han precipitado en el fondo.

La lucha entre dos escuelas exclusivas ha nacido una literatura vigorosa y espléndida. El clasismo, que se extenuaba entre sus envolturas debe dar lugar á aires más respirables. La poesía ha ampliado sus horizontes: los campos son hoy más fértiles y fecundos.

Lo que es el curso de nuestra regeneración lite-

raria. Hace treinta años que unos cuantos jóvenes estudiosos iniciaron en cierta tertulia una propaganda artística. Víctor Hugo era á la sazón el rey del arte: una gran revolución lo había proclamado por caudillo. Aquellos jóvenes adoptaron sus obras como *texto*; de allí surgió la moderna escuela española. ¿Quién no ve en las obras de Zorrilla, Pastor Díaz, Enrique Gil, y otros varios, ecos más ó menos robustos del inspirado autor de las *Orientales* y *Nuestra Señora*? Por ese tiempo escribió Campoamor sus poesías; el primer ensayo consistió en unas lindas anacreónticas. Su estilo fácil, elegante y ligero carecía de la originalidad que hoy lo distingue. Niño todavía, crédulo y candoroso, su poesía era el canto primero de las aves. Su nombre era conocido principalmente por su precocidad y el simpático atractivo de su carácter modesto. ¿Quién podía adivinar en aquel blondo niño al malicioso autor de las *Doloras* y *Cantares*? La transformación ha sido completa y radical.

El nuevo género se distingue por una originalidad picante: esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicación el canon del derecho marítimo: *el pabellón cubre siempre la mercancía*, y el pabellón es en nuestro autor el estilo. El estilo de Campoamor no es un estilo *sui generis*; no es, como generalmente se dice, un estilo peculiar y humorístico; es pura y simplemente un estilo natural, adecuado al asunto, como debe ser un buen estilo.—Si el pensamiento es vivo, audaz, ingenioso, el estilo es claro, enérgico, contundente. Cuando describe, es pintoresca la frase: si dogmatiza, lacónica y concluyente.—Es un pintor que maneja bien la paleta porque domina los secretos del arte.

Entre las *Doloras* hay que distinguir las antiguas de las modernas; aquellas son familiares entre las

personas de buen gusto; las últimas se han publicado en la prensa periódica y, en su mayor parte, tienen un objeto filosófico. *Las dos grandexas* son un modelo en su género: en todas brillan las cualidades del estilo.

Los *Cantares* no son un género nuevo; pero admiran su ejecución y la profundidad de los conceptos.—Esas coplitas, ya filosóficas, ya sentimentales, especie de apotegmas nacidos del corazón ó de la cabeza, ayes de un alma lacerada por los desengaños, gritos de dolor arrancados de las entrañas, son el reflejo de aquel período de la vida en que la memoria se torna en verdugo del hombre. El señor Campoamor tiene ya cuarenta años, y esta cifra es la clave de sus *Cantares*.

Nuestro poeta es uno de los literatos de mérito que deben su posición política á un estadista hoy eclipsado. El Conde de San Luis lo distinguió con su amistad y le ofreció un puesto honroso en la carrera administrativa. Esto enaltece al protector y al protegido.—Nuestros Gobiernos no se habían cuidado mucho de las letras: el conde de San Luis abrió este noble camino y dió un ejemplo que ha sido luego imitado.

El señor Campoamor ha hecho un papel distinguido en el Congreso. Su primer discurso produjo una horrible borrasca. Tenían sus frases un sabor demasiado subido á *Dolora*, y el nuevo género no era familiar á sus oyentes. En aquel día hubo motivo de creer que el orador había para siempre fracasado. Pero el señor Campoamor no es hombre que se amilana fácilmente: una simpática explicación lo reconcilió con el Congreso; un brillante discurso le conquistó un puesto entre nuestros oradores. El nuevo género se ha aclimatado también en la política.

No es la primera vez que acontece esto en nues-

tros Parlamentos: una de nuestras más esclarecidas reputaciones filosóficas escitó la hilaridad del Congreso con sus primeros discursos: los hombres graves no suelen ser los mejores jueces en materias de estética; la novedad ofende generalmente sus oídos; pero el tiempo hace justicia de sus melindres. La novedad, si es buena, se instala, al fin, en los dominios del arte; Donoso Cortés y Campoamor lo han demostrado con su ejemplo.

RICARDO DE FEDERICO.



1

•

•

PRÓLOGO DE LA OCTAVA EDICIÓN.

Muchos son los críticos que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significación; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquélla, sino por haber intentado comprender bajo una misma definición el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio. Veamos cómo se expresa el autor: «La *dolora*—dice—significa una composición poética en la cual se deben hallar unidas *la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.*» Y dice un crítico (D. Ricardo de Federico):—«Es una composición intencional, *género mixto de anacreónica y epigrama*, un *juguete*, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas.»—Y observa otro (el Marqués de Molins): «Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como la anacreónica, ligeras como el madrigal, picantes como el epigrama*, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreónica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimen-

tadas de mostaza como el epigrama; pero que conciben como la oda, describen como el idilio y conciben como la sátira.»—De estas tres definiciones principales que hasta ahora se han dado, parece la más exacta la del autor, aunque no me parece del todo.

pueden considerarse como género mixto de anacreóntica y epigrama, ni como sencillos juegos de maliciosa ingenuidad, ciertas poesías de esta especie, nada concisas, y que á esta circunstancia á la de su expresión plástica, enteramente contraria á la índole de la anacreóntica, reúnen una sencillez de idea incompatible con la ligereza que caracterizó las graciosas creaciones del lírico de que la esencia es tan vaporosa, que, si se dice que es por la diafanidad exquisita del vaso que la contiene.

¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio *media del saber*, que es la comedia de la hualdad, en la que el pueblo, reunido en el foro, trata de resolver, nada menos, el problema de si ha de dudar ó creer, de si ha de reír ó llorar? ¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio *Metempsícosis*, en la que el poeta concluye diciendo que el variar de destino sólo es variar de nombre, puesto que desde la flor (ascendiendo por la escala de la vida) hasta el hombre, todos sufren la misma suerte? ¿Y *La dicha es la muerte*, y *Las dos caras de la moneda*, y en particular, *Muertos que viven*, en la que el padre afligido, al ver pasar el féretro que cubre el cadáver de su hija, *muerta con la fe de la vida*, se consuela

«Mirando el cortejo, y viendo
Tantos que, sin fe viviendo,
Llevan muerto el corazón?»

Muchas más composiciones pudiera citar en apoyo de lo que digo.

Yo creo que, prescindiendo completamente de la forma (puesto que tanta variedad hay en ella), puede determinarse con bastante exactitud la significación de la palabra *dolora*, fijándose únicamente en su espíritu. Yo diría que la *dolora* es una composición poética en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica. En efecto, no recuerdo ni una sola que no posea estas dos condiciones en mayor ó menor grado. Se me responderá que ni aun así constituye la *dolora* un género nuevo de poesía. ¿Por qué no? ¿Qué más razones, qué títulos más legítimos pueden alegar, en abono del suyo, los géneros restantes que conocemos? Campoamor ha hecho lo que Linneo, Tournefort y otros célebres naturalistas hicieron en botánica: vieron individuos vegetales diseminados en la inmensidad del globo, y observando en unos caracteres que los asimilaban á otros, los reunieron por clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades, formularon sus sistemas, y de aquí nació la ciencia, es decir, un conjunto de verdades que han aumentado considerablemente el tesoro de las que poseía la inteligencia humana.

Que antes de Campoamor ya se habían escrito *doloras*, ó lo que es lo mismo, que antes de que Campoamor formulara su sistema ya existían en los amenos verjeles del Parnaso flores aisladas con todos los caracteres de la *dolora*, según yo la concibo, cosa es tan sabida, que sería ocioso entretenerse en demostrarla. La famosa décima que empieza:

Cuentan de un sabio, que un día...

es una *dolora* compuesta más de doscientos años antes que la bellísima titulada *Muertos que viven*, cuyo gusto calderoniano y gallardo corte la hacen digna del autor de *La vida es sueño*; pero es innegable el mérito del poeta de nuestros días por haber dado en su libro la fórmula de este género, creando, con la agrupación de seres espirituales y análogos, la interesante personalidad estética á que, como dice muy bien uno de los críticos aludidos, la prescripción ha dado carta de naturaleza en el arte.

Y pasando ahora á consideraciones de un orden más elevado, examinemos las tendencias de la *dolora*. ¿La *dolora* es, ó ha querido su autor que sea, una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea más alta de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresión desinteresada y exclusiva de lo bello, independientemente de lo útil; lo bello posee en sí mismo la virtud y la eficacia suficientes para interesar. El poeta que, al coger la pluma, dice para sí: «Voy á enseñar moral, voy á explicar filosofía, historia, religión, política, etc., etc.,» de sacerdote de Apolo se convierte en pedagogo ó en sacristán; en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine, ó despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito, y con la elocuencia de un buen misionero ó con la estrafalaria y gárrula facundia de Fr. Gerundio de Campazas, realizar su intento laudable. No, y mil veces no; Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porque, aunque quisiera, no podría menos de serlo; porque la naturaleza de su genio le impele irresistiblemente en esa dirección; porque su temperamento, sus inclinaciones, y hasta los estudios en que se emplea, le conducen á ese terreno. Ó no es verdad aquello de que el estilo es el hombre—frase

atribuida á Buffón, si mal no recuerdo, aunque pronunciada siglos antes por un español,— ó las *doloras* representan la individualidad psicológica de Campoamor. Son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales. Pero Campoamor no moraliza ni filosofa con homilías y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista; cantor de un mundo que enseña, como otro Job,— sin la santidad de Job—la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus *doloras* crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con una alegría que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el delicioso aroma del café, pero mostrando siempre con brazo inflexible la llaga inmensa de la Sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de la zapa que va minando los cimientos de esta impura Babilonia.

Para dar á conocer el rostro de *su* hombre, no se entretiene en pintar una por una sus facciones ocultas bajo un antifaz hipócrita, sino que se lo arranca sin misericordia; así como para dar á conocer el alma del mismo no se contenta con levantar una punta del manto de esta misteriosa tapada, sino que la despoja de él audazmente. Así moralizan y así filosofan las *doloras*. No es en este libro el poeta de las esperanzas y los consuelos; por el contrario, en su portada pudiera escribir la tremenda inscripción que puso el Dante en la del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. En *Gloria de la vida*, celebra un *auto de fe* con el amor, á quien arroja al fuego por hereje contumaz; en *Ventajas de la inconstancia*, considera las relaciones de los enamorados como un comercio de mala fe, en el que entrambas partes se engañan

recíprocamente; en *Vanidad de la hermosura*, dice que todo es viento é ilusión en la tierra. *La comedia del saber*, *La metempsícosis*, *La dicha es la muerte*, *Las dos tumbas*, *Muertos que viven*, ya citadas, y otras muchas que dejo de citar por no ser difuso, tampoco alegran, por cierto, el cuadro del mundo contemporáneo. El autor es de sentir que el mal posee el dominio eminente del espíritu humano; el autor dudó del bien aquí abajo, no porque deje de existir, sino—á mi juicio—porque él no lo ve; pero alguna vez la intensidad de su amargura le hace levantar los ojos al cielo, como en el final de *Las creencias*, y prorrumpe así, por boca de uno de los interlocutores de este pequeño drama:

«¡Inútilmente, traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!
¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!»

Y alguna vez, apartando los ojos de la ruina de las cosas perecederas, alienta nuestro espíritu, como en el *Porvenir de las almas*, con la dulce promesa de la inmortalidad. Así, pues, el *Porvenir de las almas*, y otras análogas, son como floridos y amenos oasis, donde se percibe la frescura de las arboledas del cielo y el eterno y armonioso murmullo de sus fuentes.

Dice Lamartine que la poesía venidera será la razón cantada: no sé yo hasta qué punto llegará

á realizarse este pronóstico; pero si, en efecto, la poesía hiciera la evolución que anuncia el autor de las *Meditaciones*, yo—con perdón sea dicho—temería por los futuros destinos de la poesía. Es evidente que ésta se ha agitado en el vacío durante épocas enteras, y que ha existido poco menos que como un entretenimiento del espíritu; es evidente que algunos escritores—aunque contados—proclaman y hasta bendicen la ignorancia, como cosa indispensable para que el poeta conserve el pelo de la dehesa, y no pierda el candor, la virginidad y la robustez de sus inspiraciones, olvidándose (al citar en apoyo de su extravagante doctrina tal cual excepción rarísima) de que los colosos del arte, en todas las naciones, pertenecieron también al número de los hombres más ilustrados de sus respectivas épocas. Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Camoens, Calderón, Lope de Vega, Fr. Luis de León, Quevedo, Shakspeare, Milton, Schíller, Goethe y Byron, no fueron, que yo sepa, unos motilones. Pero nótese al propio tiempo que siempre que la ciencia traspasa las fronteras que tiene marcadas en el imperio del arte, vienen las grandes decadencias de éste.

Campoamor, que tanta importancia da á la razón ensus *doloras*, evita felizmente en ocasiones, como diestro piloto, los escollos que ofrece aquélla al poeta; pero no todos son Campoamor. Sin embargo, yo prefiero *La Opinión*, poema de diez y seis versos, lleno de movimiento, de verdad y de ternura, ó la vaga y melancólica dolora *Músicas que pasan*, á *La Fe y la Razón*, certamen metafísico al que todo el ingenio humano quizá no bastaría para despojarle de la aridez que el muy perspicuo y ameno de su autor no ha conseguido quitarle. Poesía que no se comprenda con el corazón, ó mejor dicho, que haya de comprenderse con la cabeza sólo, corre

no ser poesía: la ciencia rimada es pájaro
 bajo y torpe, y que nunca logrará escalar
 mas donde tienen su nido las águilas, y
 ha frecuentado nuestro insigne vate. La
 Suecia, disputando en verso con Descar-
 materia filosófica, trae á mi memoria
 argucias, nebulosidades, sutilezas, sofis-
 maticismos del escolasticismo en su
 adente, el cual, si con razón fué echado
 os que á puntillones de las universidades
 as, con mayor lo fué de los dominios de
 en donde, con los nombres de discreteo,
 mo, etc., etc., reinó también despótica-
 go tiempo en todas las literaturas euro-

o de las *doloras* no se confunde con el de
 le nuestros poetas. Hablando de ellas uno
 facistas, dice con muchísimo acierto:—
 género se distingue por una originalidad
 sta cualidad suele rayar en lo peligroso;
 ompoamor tiene aplicación el canon del
 arítimo, *el pabellón cubre siempre la mer-*
el pabellón es en nuestro autor el estilo.»
 a propio y peculiar, que, quien haya leí-
 s *doloras* con el nombre de Campoamor
 yendo después otras del mismo, anóni-
 le asegurarse que no se las atribuiría á na-
 ue á él. Si Campoamor se hubiese pre-
 ñ su libro como un filósofo ceñudo, hi-
 co y gruñón, el lector más intrépido no
 odido pasar de las primeras páginas; tan-
 grandes son las tesis que en estas compo-
 e plantean y desenvuelven: pero es tan
 nte seductora su frase; su elegancia en el
 n general, de tan buen tono, sorprende
 do, ya con la desenfadada causticidad de
 dos apotegmas, de sus epigramas, de sus

agudezas humorísticas, de sus ironías y genialidades cruelmente amables, ya con rasgos de ternura casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serían insoportables, yo los perdonaría en éste, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.

Campoamor analiza poco; no es el anatómico que, como Balzac, tiende el alma humana sobre la mesa del anfiteatro, y se complace en disecar una por una todas sus fibras; Campoamor es más inclinado á la síntesis; á veces en una sola redondilla condensa la materia que á otros bastaría para escribir una obra de dimensiones tres veces mayores.

En suma, este libro, uno de los más originales que ha producido la moderna musa española, lleva el sello de la época, y refleja perfectamente su fisonomía moral é intelectual.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUICIO CRÍTICO DE LAS DOLORAS.

DÉCIMA EDICIÓN.

La inspiración es tan necesaria al prosista como al poeta, al crítico como al artista. Tiempo ha que deseábamos escribir sobre las DOLORAS de Campoamor, con el propósito, no sólo de examinarlas en concreto, poniendo de resalto los lunares que las deslustran y las singulares bellezas que las avaloran, así en su fondo como en su forma, así en su conjunto como en sus pormenores, sino también de fijar y definir, en cuanto nos fuese posible, las aun no bien determinadas naturaleza y calidades específicas de aquel linaje de composiciones; pero, faltos de inspiración, no acertábamos, por más empeño que en ello poníamos, á ver claro en el asunto, ni á coordinar nuestros pensamientos, ni á revestirlos de expresión adecuada, como si una fuerza invisible nos atajase los pasos, ó el camino que intentábamos recorrer estuviese asombrado por la oscuridad de la noche, en que apenas se distinguen los objetos. Así pasamos más de dos años, pugnando en vano por cumplir nuestro anhelo, hasta que el excelente prólogo del Sr. Ruiz Agui-

lera, y las filosóficas notas del Sr. Menéndez, han venido á inspirarnos, á iluminar pando como por encanto las tinieblas en materia aparecía envuelta á nuestros ojos cuando de su vaguedad primera las ideas resultaban, que en nuestro espíritu germinaban confusamente. Ha llegado, pues, el momento para que formulemos el concepto que LORAS y su ilustre autor nos merecen.

Campoamor es indudablemente uno de los originales y vigorosos ingenios del siglo; la novedad y grandeza de sus concepciones, la frescura y profundidad de sus ideas, la fuerza, energía y peculiaridad de su estilo—prende pocos le igualan y nadie le aventaja—sorprendentemente reconocidas y de cuantos á las le dan culto estimadas, levantándole muy por encima de la mayor parte de los escritores contemporáneos. De eminente poeta le acreditan las *Yegres y flores*, en que emula á Góngora y excelende, los *Ayes del alma*, que Calderón prefiere por suyos; sus *Fábulas*, dignas de los mejores loguistas modernos; el magnífico poema único entre cuantos á cantar el descubrimiento de América se han consagrado, y finalmente *Los LORAS*, en que no tiene competidor, ni es probable que en mucho tiempo lo tenga. Proclamar y unilógico filósofo todas sus producciones, muy particularmente las *Polémicas*, donde muestra hábil, discreto y valiente controversia *Personalismo*; el admirable discurso *La Moral limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, al ingresar en la Real Academia Española; todo, *Lo Absoluto*, obra recientemente publicada en breve en el tamaño, pero tan vasta y magna en el plan, que parece concebida por la elevadísima inteligencia de un Balme ó un Donoso Cortés.

y tan notables son los libros que han granjeado á Campoamor el alto renombre de que goza en la república literaria.

Debe, empero, su gran popularidad, no inferior á la de ningún autor de la edad presente, más bien que á sus otros escritos, á las DOLORAS, de que van tiradas ya nueve ediciones, y que han llegado á formar escuela, siendo por muchos, y algunos muy sobresalientes ingenios, imitadas. Y esto se comprende bien si consideramos que las DOLORAS son el resumen, la síntesis de toda la vida intelectual de Campoamor, el más completo y bello trasunto de su personalidad moral y literaria, á la vez que de nuestra civilización contemporánea. De ellas pudiera decirse, remedando á Cervantes, que los niños las manosean, los mozos las leen, los poetas las imitan, los sabios las comentan y los viejos las celebran; y, finalmente, son tan trilladas y tan leídas y tan sabidas de toda casta de gentes, que apenas han visto alguna composición poética, en que se hermanan y compenetran lo filosófico de la idea, lo melancólico del sentimiento y lo desenfadado del estilo, cuando dicen:—«He ahí una *dolora*.»—No se ha de extrañar, por lo mismo, que una persona tan erudita y de tan graves estudios como el Sr. Menéndez Rayón haya acometido la empresa de ilustrarlas y declararlas con sus sabias notas críticas, pagando así un justo y especial tributo de aprecio al mérito insigne del autor, á la manera que el Brocense, Fernando de Herrera, Faria y Sousa y Salcedo Coronel lo verificaron en su tiempo respecto de Juan de Mena, Garcilaso, Camoens y Góngora; pues no puede menos de haber mucho que estudiar y desentrañar en creaciones poéticas que, como las DOLORAS, forman, no obstante su escaso volumen, las delicias de toda una generación, sobre distraída por mil lecturas diversas, agitada por el

vértigo de la política y de los adelantos materiales, tan poco favorable al desarrollo y progresos del arte.

Y ¿qué es *dolora*? ¿Es un género de poesía nuevo, propio exclusivamente de Campoamor?

No faltará tal vez quien juzgue ocioso y aun pueril el dilucidar estas cuestiones, teniéndolas por nimiedades á que no debe descender el literato filósofo. Las clasificaciones menudas de la Poética, dirá, son de todo punto vanas é inútiles, como no sea para debilitar las alas del ingenio y convertir su espontaneidad en rutinario amaneramiento. La escuela no tiene derecho para obligarle á vaciar todos sus partos en determinados moldes preexistentes. Ciertos principios generales de lógica y de buen gusto bastan al poeta, el cual no necesita, al emprender su canto, curarse de que éste pertenezca al género A ó al género B, sino de que exprese de un modo bello los encendidos afectos de su corazón y las luminosas visiones de su fantasía. Así encontramos en las colecciones de los más renombrados vates muchas y excelentes poesías que en ninguna de las categorías establecidas por los preceptistas caben. ¿A qué, pues, entretenernos en clasificar las obras poéticas? ¿A qué perder el tiempo en definir sus géneros y especies?

Dios nos libre de poner, ni aun de pensamiento, la más ligera cortapisa á la inventiva de los poetas, cuando precisamente tratamos de defenderla defendiendo á la *dolora*. Realicen ellos la belleza, y realícenla como mejor les plazca. Mas ¿en qué contrarían su libertad de invención las clasificaciones de la Preceptiva?

Tanto valdría decir que las clasificaciones de la Botánica, por ejemplo, se oponen á que hagan nuevos descubrimientos los exploradores de la naturaleza, siendo así que más bien les sirven de ayuda y guía que de estorbo, dado que para avanzar en

cualquiera serie de progresos conviene poseer un conocimiento claro y metódico de los adelantos ya conseguidos. Pues lo mismo sucede en literatura. Al clasificar las manifestaciones del numen poético, no dice:—«He aquí los eternos troqueles del arte,» sino: «He aquí las formas que hasta el día ha creado el ingenio.»—De esta suerte facilita al crítico el estudio histórico de las letras; así, enseñándole lo pasado, allana al poeta el camino del porvenir. Las clasificaciones literarias siguen, no preceden á los poetas; no son absolutas é inflexibles; se ensanchan y modifican progresivamente á medida que surgen nuevos tipos en la esfera del arte, bien como se modifican y ensanchan en las clasificaciones botánicas, según que el número y variedad de plantas observadas crece. Compárense las Poéticas del siglo pasado con las que hoy salen á la luz pública, y se verá cuán cierto es lo que afirmamos. La *leyenda* y la *balada*, v. gr., completamente omitidas en las Poéticas antiguas, aparecen ya clasificadas y definidas en las modernas. Todavía existen, es cierto, poemas irreducibles á las clasificaciones establecidas, pero esto sólo prueba que los límites del arte, lo mismo que los de la naturaleza, exceden á la comprensión humana, y que tales clasificaciones son por lo mismo incompletas y susceptibles de perfeccionamiento, no que sean inútiles y vanas, como no lo son, á pesar de sus defectos, las de las ciencias naturales. Cabalmente á perfeccionarlas tiramos, haciéndolas menos incompletas al intentar definir y caracterizar la *dolora*, la cual, del propio modo que la *fantasía*, tan cultivada por los poetas de la época actual, reclama un lugar en ellas, en nuestra opinión con justicia, atendidas su importancia y su esencial diferencia de las demás suertes de poesía que con nombres especiales se designan en los tratados de literatura.

por otro camino, si han de ser completas, exactas y precisas. De ello nos sumistra excelente prueba el mismo Sr. Ruiz Aguilera, cuando define la *dolora*, diciendo que «es una composición poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica.» Si esta definición fuese exacta, las citadas epístola y odas de Rioja y varias de Meléndez, de Lista, de Martínez de la Rosa, del Duque de Rivas y de otros muchos poetas antiguos y modernos, serían verdaderas *doloras*, puesto que en ellas se juntan la melancolía de los afectos y la importancia filosófica. De consiguiente, no son estas dos las únicas condiciones características de la *dolora*, por más que siempre las posea en mayor ó menor grado. Constituirán quizá su *género próximo*; pero ¿dónde está su *última diferencia*? Menester es buscarla en la *forma*; en esa forma de que, mirándolo como cosa accidental y accesoria, prescinde el Sr. Ruiz Aguilera.

¿Tiene la *dolora* en su forma caracteres propios y determinados? Los tiene sin duda alguna. Si nos fijamos en su expresión general, observaremos que, por lo común, el fin didáctico ó filosófico de las *doloras* se realiza constantemente, no de un modo directo, no disertando, como en las epístolas y en los discursos poéticos, sino indirecta, experimentalmente, mediante ejemplos, escenas dramáticas ó figuras simbólicas, como en la parábola, en el apólogo ó en la comedia. Notaremos en segundo lugar que su estilo es siempre ligero y con frecuencia humorístico, aun cuando aspira á parecer grave, como si el poeta jugase con sus penas y sus filosofías, ó quisiese hacerlas resaltar más y más por medio de los contrastes, mezclando todos los tonos y todos los colores. Advertiremos, por último, que la elocución de la *dolora* es naturalmente lacónica

y concentrada, diciendo mucho en poco, tanto que una sola redondilla contiene á menudo la sustancia, la quinta esencia de un libro.

Sintetizando ahora los elementos que nos ha dado el anterior análisis de la *forma*, y los que con el señor Ruiz Aguilera descubrimos en el *fondo* de la *dolora*, tendremos que ésta—«es una composición didáctico-simbólica en verso, en que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama, y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposición rápida y concisa de la balada y la intención moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola.»—Esta definición, abarcando todos los elementos integrantes de la *dolora*, impide confundirla con ninguna otra especie de poesía. Es casi la misma que hace tiempo dió Campoamor en su *Carta-contestación al Conde de Revillagigedo*, que figura á la cabeza de anteriores ediciones.—«¿Qué significa *dolora*?...—Significa una composición poética, responde, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica.*»—Las demás definiciones que, mirando á corregir ésta, se han dado de la *dolora*, son aún más vagas y defectuosas que la del Sr. Ruiz Aguilera, no por la causa que él señala, sino por una diametralmente opuesta: por no abrazarse en ellas el fondo y la forma juntamente.

Pero ¿es la *dolora* un género de todo punto nuevo, parto exclusivo del ingenio de Campoamor, sin raíces ni antecedentes en la historia del arte? No. El mismo Campoamor lo confiesa en su mencionada *Carta*.—«Algunas de las poesías ya escritas, dice, pertenecen por su *concepto* y su *expresión* á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido re-

ducir á *sistema* un género de poesía en el cual algunos autores sólo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*.» — Así es. En nuestros antiguos cancioneros y en nuestro teatro, particularmente en el de Calderón, se hallan no pocos fragmentos y composiciones que reúnen todos los caracteres propios de la *dolora*, que son, á no dudarlo, verdaderas *doloras*. Sirva de ejemplo aquella famosa décima de *La Vida es sueño*:

Cuentan de un sabio, que un día
 Tan pobre y mísero estaba,
 Que sólo se alimentaba
 De unas hierbas que cogía.
 ¿Habría otro (entre sí decía)
 Más pobre y triste que yo?
 Y cuando el rostro volvió
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro sabio cogiendo
 Las hierbas que él arrojó.

Sabido es también que Campoamor ya había escrito *doloras* mucho tiempo antes de que pensase en reducirlas á sistema, cual las han escrito, y muy notables por cierto, ignoramos si antes ó después, pero de seguro sin acordarse de la fórmula *cam-poamoriana*, poetas de tan subidos quilates como Carolina Coronado, el Marqués de Molíns y Eulogio Florentino Sanz. ¿Quién, por ejemplo, negará la calidad de *dolora* á la siguiente bellísima composición del segundo de estos escritores, que, con manifiesta impropiedad, la intitula *madrigal*?

EL 31 DE DICIEMBRE .

A MI AMIGO DON HERIBERTO GARC

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada
Y á la tarde derretida.

Hoy la que en el monte
Sirve á dos años rivales:
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.

Los dos con la misma pr
Van tras la propia fortuna:
El viejo hacia nuestra cun
Y el niño hacia nuestra hu

¡Ay, alma, y os dan á vo
Como presente importuno
Memoria el cincuenta y un
Anheló el cincuenta y dos

Decidme, ¿qué os satisfa
Si no hay presente, y se in
Que es nada el año que mu
Y nada el año que nace?

En las literaturas extranjeras,
entre otros, han dejado asimismo
en que brillan todas las propiedades
No otro título merecen algunas de
el *Fausto*, si bien se mira, más q
dolora dramática? No cabe, pue
Campoamor declara: hubo *dolor*
fuera de España, antes que nadie
matizarlas y determinar sus ley
genéricas. De todas las especies
decirse lo mismo: la práctica ha p

1. Pero esto, más
pro del nuevo gé-
lora no es un ca-
or, ni un mero acci-
ontemporánea, sino
niversal, y por ende
camente en tiempos y
presión propia y ade-
y estados de la vida de
en efecto, refleja y sim-
en su complejidad esas
is de la historia en que la
al y lo ideal es más percep-
iendo más que nunca mez-
y la fe, la risa y el llanto, la
ar y el pensar y la ligereza
Así la vemos despuntar en el
rpo en el xvii y desarrollarse y
xix, hasta que, por fin, recibe
mula y nombre.
eda ya establecida; ¿es admisible
era necesario uno, salta á la vista,
existía palabra equivalente. Cam-
estaba en su derecho al inventarle,
bien formado y sonoro de *dolora*,
si en honor de alguna Dolores que
zón señora de sus pensamientos, ó si
significar con él la índole un tanto ele-
s versos, ó bien, lo que parece muy pro-
ambas razones á la vez. Sea de esto lo
na, fuese una ú otra la causa ocasional de
te vocablo, lo cierto es que á su formación
ese superior instinto, propio de los gran-
genios, de los ingenios metafísicos que saben
otipar las ideas, vinculándolas á términos tan
s y apropiados, que parecen consustanciales
ellos. Sólo así se explica que la voz de que trata-

mos haya llegado á arraigarse y generalizarse tanto en España, á despecho de ceñudas críticas y de epigramáticas burlas. El uso, juez más sabio y filosófico en punto á lenguaje que los eruditos, como que se funda en el sentido común y tiene mucho de providencial, la ha sancionado y naturalizado en nuestro idioma, viendo en ella, no un sonido arbitrario, sino un cuerpo vivo de una idea también viva, la expresión legítima de algo esencial y permanente. De lo contrario, hubiera llevado el mismo camino que tantas otras, hijas de la moda, que con la moda nacen y con la moda fenecen. La intuición de los pueblos responde siempre á la del genio, y se compasa con ella y la confirma. ¿Qué mayor justificación necesita dicho nombre? ¿Tienen otra, por ventura, muchas de las palabras que forman el caudal de los idiomas?

Pero no sólo la novedad del nombre; también ha sido censurada — y esta es cuestión más grave — la tendencia moral de la *dolora*, tachándola de escéptica, cuando no de materialista. No negaremos que entre los diferentes géneros literarios, hay unos más peligrosos que otros bajo este punto de vista. El epigrama es más resbaladizo que el soneto, la anacreóntica más que la oda sublime, la novela más que la historia. ¿Podrá deducirse de aquí que la novela, la anacreóntica y el epigrama son esencialmente inmorales? No en verdad. Así como hay historias, odas sublimes y sonetos llenos de impiedad ó de lascivia, así también existen epigramas, anacreónticas y novelas inocentes y aun laudables bajo el aspecto de la moral y la religión; por donde se patentiza que ninguno de estos géneros es en sí mismo reprehensible, sino que lo vituperable es el abuso que de ellos han hecho algunos escritores, convirtiéndolos al culto de ideas perniciosas y de pasiones impuras. Otro tanto decimos de la *dolo-*

ra. Préstase indudablemente á la expresión de pensamientos livianos y escépticos; mas de aquí no se sigue que le sean connaturales la liviandad y el escepticismo. Muchas veces no hay forma más á propósito para la manifestación del sentimiento cristiano. De ello tenemos palpables ejemplos en las DOLORAS de Campoamor.

Limítanse éstas en ocasiones, cumpliendo el inferior entre los fines del arte, á pintar la superficie del mundo moral, los fenómenos fugitivos de la existencia, lo que hay de vano y deleznable en la vida de la humanidad. Suelen pecar entónces, efectivamente, de un tanto epicúreas, como reflejos de una filosofía puramente sensualista, siendo ligeras sus sentencias y poco intensa su melancolía, que, al decir de un eminente crítico, tiene más de la languidez que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. Tal vemos en las tituladas *Ventajas de la inconstancia, Quien vive olvida, Beneficios de la ausencia, Vaguedad del placer, Propósitos vanos*, etc., notables generalmente por la viveza, donaire y soltura del estilo. Otras veces, elevándose á miras verdaderamente trascendentales, revelan un pensamiento y sentido más profundos, exponiendo la vida y el universo en toda su diversidad, en sus aparentes contradicciones, y presentando el hombre y su existencia como un emigma insoluble. A esta clase pertenecen las *doloras, Nada de nada, ¿Qué es amor? Todo es uno y lo mismo, Las dos grandezas, Las creencias, Amar al vuelo, Vivir es dudar, Las dos linternas, La Trasmigración, El concierto de las campanas, La comedia del saber*, etc.; composiciones todas cuyo sentido más general, tácito ó expreso, se resume en máximas, sentencias y conclusiones del tenor siguiente:

XLVI

Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorado
*De un-cierto todo que es nada
De un cierto nada que es todo*

*Todo es según el color
Del cristal con que se mira*

*Todo espectáculo está
Dentro del espectador.*

*¡Ay' que el variar de dolor
Sólo es variar de dolor.*

Las sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hace
*Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.*

En todas las *doloras* de Campoamor de las que acabamos de escribir arriba hemos mencionado, rara vez para calificarle de liviano, sino para inferir de aquí que el arte tiene todavía que convenir preferentemente al dolor, o debe exponer el enigma del dolor, también resolverle, haciendo pasar de la luz, de la duda la fe, del dolor la gloria, de las penas la gloria. Campoamor realiza perfectamente el sublime ministerio del arte en sus *Porvenir de las almas, L*

y la Razón, y otras *doloras* que demuestran que el sentimiento creyente y el amor hermoso y la santa esperanza no están reñidas con este linaje de poesía. Díganlo, si no, los versos que á continuación trasladamos, y en que aparece compensado el espíritu que las anima y vivifica:

*¡No es mi verdad, la verdad,
No es mi razón, la razón!*

—
*La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.*

—
*..... para las almas puras,
Movir es resucitar.....;*

—
El poeta,—*¡un ángel más!*—

Campoamor ha ido subiendo progresivamente del mundo de los sentidos al mundo psicológico, y de éste al de lo absoluto; y esos tres grados de elevación moral, que señalan indudablemente otros tantos períodos culminantes de la vida íntima de nuestro poeta, mostrándonosle epicúreo al principio, escéptico luego, y por fin creyente, Horacio antes, Byrón después, Calderón á la postre, no aparecen inconexos en las *DOLORAS*, sino que, por el contrario, derivados unos de otros sucesivamente, como de la semilla que se corrompe en la tierra el árbol á quien combaten opuestos vientos é influencias, y del árbol el fruto con que el hombre se alimenta y regala, vienen á formar, en su relación filosófica, una verdadera trilogía, un solo y

completo y armónico organismo literario difícil percibir su mutuo enlace en los gérmenes escépticos que, al través de las *doloras* y *escépticas*, asoman, y en los principios de fe y escepticismo que entre las sombras de las *escépticas*, descubren. Miradas, pues, en conjunto—y así deben serlo para valorarlas con acierto—el punto de vista moral y filosófico—las *Escépticas* se ofrecen á la consideración de la crítica como cifra y compendio del complicado drama de la vida, con su *exposición* en la esfera de los sentidos, su *nudo* en las profundidades del alma, y su *desenlace* en el cielo. Así expone y pinta Campoamor esta lucha perenne y universal entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la vida y la muerte que llena los tiempos y los espacios; así la ve, dando la victoria definitivamente al espíritu sobre la materia, sublimándole purificado de dolor, y coronándole, en fin, con los eternos esplandores de la gloria en el seno del Infinito. Ahora bien; si el *desenlace* fija y determina el significado trascendental de todo poema dramático, si allí es donde el carácter é intención del poeta se manifiestan de lleno, ¿podremos con justicia calificar á Campoamor de sensualista y escéptico DOLORAS? No: antes bien deberemos calificarle creyente y espiritualista en sumo grado. De contrario, también merecería la nota de sensualista escéptico Calderón, el gran poeta de la fe, que, en sus más profundas y cristianas conmovedoras, recorre frecuentemente los mismos senderos que Campoamor, al llegar á la glorificación final de *La Vida es* *El Príncipe constante* y *La devoción de la Cruz*.

No faltan críticos que, aun prescindiendo de buena ó mala la filosofía de Campoamor, le censuran por haber concedido excesiva importa-

elemento racional en sus DOLORAS, y mostrado asaz al descubierto propósitos doctrinales que juzgan impropios de la poesía. Tenemos por exagerada, cuando menos, semejante opinión, que está en pugna con las más respetables tradiciones y con la naturaleza misma del arte. No existe literatura alguna, antigua ni moderna, asiática ni europea, en que, bajo una ú otra forma, no haya dado muestra de sí la poesía didáctica; lo cual efectuándose á la par en todas las naciones, prueba evidentemente que aquélla no es un género artificial y meramente escolástico, sino fruto legítimo, manifestación espontánea y natural del espíritu humano.

Por otra parte, toda obra artística, para ser bella, necesita encerrar cierto sentido didáctico, supuesto que, como dice Platón, y con diferentes palabras han repetido los más famosos estéticos, *lo bello es el resplandor de lo verdadero*. El arte no difiere de la ciencia por su fondo, sino por su forma. Ambos tienen por asunto la *verdad*; sólo que la ciencia nos la ofrece en fórmulas abstractas y generales, mientras que el arte la expone revestida de imágenes concretas y particulares: aquélla habla á la razón, que es el sentido de lo universal y de lo absoluto; éste á la imaginación y á la sensibilidad, que viven de lo relativo; pero en su fin principal—la expresión de la *verdad*—coinciden necesariamente la ciencia y el arte. El arte, vacío de *verdad*, pareceríase á una serie de fenómenos sin una sustancia que les sirviese de fundamento. No es, pues, censurable en sí la intención filosófica que las DOLORAS revelan. ¿Lo será tal vez la manera que Campoamor ha tenido de realizarla? Seríalo ciertamente si él hubiese tratado de enseñar directamente con simples y descarnados racionios á guisa de filósofo especulativo, en vez de verificarlo, como verdadero poeta, mediante cuadros y fi-

imados por el calor del sentimiento y visis ojos de la fantasía. Nada de esto sucede DOLORAS. Su importancia filosófica en nada a á su valor poético, antes bien le aumenmo éste, lejos de menoscabar aquélla, la corrobora, sensibilizándola. Esclarecen la el que como filósofo las considera; deleitan del mero aficionado á la poesía; pero apreny descubre mayores excelencias en ellas ijo ambos conceptos las abraza y estudia. echamente ligados están en las DOLORAS el ento y la imágen, el elemento filosófico y nto poético.

videnciar la exactitud de estas observacio- idremos por ejemplo *La Fe y la Razón*, idáctica, la más árida de todas las *doloras*, ie al Sr. Ruiz Aguilera le recuerda las ar- r nebulosidades del escolasticismo en su ecadente. Separad en ella dichos dos ele- ¿qué queda? Por un lado, lo que el señor uilera dice, un intrincado certamen meta- n sólo; por el otro, una historieta frívola é cial únicamente. Pero unidos, ¡cuánto mo- o é interés, cuánto realce y claridad no re- rrimero, puesto en acción, dramatizado por ! ¡Cuánto valor é importancia, el segundo, do de sentido trascendental por el filósofo- in felizmente se acuerdan la dialéctica y i para hacer brotar, aquélla de sus racio- sta de su animado relato, idénticas conclu-

il se verifica en *La Fe y la Razón*, donde nto didáctico predomina y se muestra sin qué no diremos de aquellas otras *doloras* esis aparecen desenvueltas y demostradas ios enteramente poéticos, y cuyo sentido o se siente más bien que se comprende,

emanando, como un aroma espiritual, del conjunto de los hechos, pasiones y figuras en ellas concertadamente expuestos? Dice el Sr. Menéndez Rayón, en són de censura, al juzgar la que se intitula *Todo es uno y lo mismo*, que «el arte prueba de diverso modo que la ciencia.» Ciertó; pero ¿qué hay de común entre el modo de probar usado en dicha *dolora* y otras por el estilo, y el de que un filósofo se valdría? ¿En qué se parecen la prueba que resulta de una cadena de argumentos lógicos y la que nace del contraste de los sentimientos y de las situaciones de la vida?—«Con estos ensayos, añade el Sr. Rayón, la filosofía no progresa y el arte padece.» No progresará la filosofía; pero se popularizarán sus problemas y se despertará el deseo de resolverlos. Y, por lo que respecta al arte, si tal vez sale mal librado de semejantes tentativas, acháquese á la falta de ingenio, no á que sean ajenas de su ministerio, ni tampoco á la índole especial de los asuntos. Por excelencia metafísicos son en el fondo los que Valera canta en *El fuego divino* y en *Las aventuras de Ciai Yahye*, composiciones notabilísimas, sin embargo, por la riqueza, elegancia y armonía de la elocución, llena de lumbres y matices poéticos.

Altamente metafísicos son también los que Campoamor desarrolla en *Todo es uno y lo mismo* y en *La Trasmigración*; y, á pesar de esto, el mismo Sr. Rayón alaba en la primera «la gracia y chiste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general la facilidad y tersura de la rima;» y en la segunda, «el estro, la energía y variedad de tonos... y la dicción poética;» es decir, cuanto constituye la legítima y sincera poesía; de donde se infiere que el arte en nada padece por hacerse eco de las lucubraciones de la filosofía, cuando un egregio vate lo maneja.

Pasando ya al examen de la manera de sentir y de expresarse nuestro poeta en las DOLORAS, parecen oportuno reproducir las felices observaciones de los Sres. Menéndez Rayón y Ruiz Aguilera, pues difícilmente pudiéramos juzgarla con más discreción, perspicuidad y acierto.

«Es Campoamor, dice el Sr. Menéndez Rayón, un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con mucho carácter; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio, y sus cuadros tienen una determinación feliz y bien graduada, el estilo es á menudo más nervioso que flúido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen en cambio por el brio y por la sentencia.»

«El estilo de las DOLORAS, según Ruiz Aguilera, no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: «El nuevo género se »distingue por una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicación el canon del derecho marítimo: *el pabellón cubre siempre la mercancía*, y el »pabellón es en nuestro autor el estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leído algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pie, leyendo después otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñón, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las te-

sis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus irónicas genialidades, cruelmente amables, ya con rasgos de ternura, casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serían insoportables, yo los perdonaría en éste por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.»

Por lo que á nosotros toca, no sólo le perdonamos sus paradojas, antítesis, conceptos y retruécanos, sino que, por regla general, se los apludimos, pues contribuyen notablemente á la energía y claridad de su estilo, sin menoscabo de la naturalidad ni aun de la sencillez, haciendo que las ideas hieran vivamente la imaginación de los lectores y se graben de un modo indeleble en su memoria. Quizá no haya existido un poeta más feliz en el empleo de las mencionadas formas de expresión, lo cual proviene, sin duda, de la exacta correspondencia que las mismas guardan con la índole de su ingenio y con la naturaleza de los argumentos sobre que escribe, tanto que, despojado de ellas, nos parecería menos propio y natural su estilo. Pero esto mismo indica con cuánta parsimonia deben usarlas los que de diferente constitución mental se hallan dotados y en asuntos de otra especie se ejercitan. Así es que, alabándolas en Campoamor, distamos muchísimo de recomendarlas á los demás cultivadores de la poesía. La imitación, casi siempre peligrosa para la sinceridad del estilo, sería en este punto peligrosísima:

Véanse ahora, en confirmación de lo expuesto, algunas muestras del de Campoamor. En *¡Quién supiera escribir!*, dolora llena de fuego y de efusión, en medio de sus contrastes humorísticos, leemos, entre otros muchos conceptos igualmente delicados, los siguientes:

Escíbidle, por Dios, *que el alma mía*
Ya en mí no quiere estar,
 Que la pena no me ahoga cada día,
Porque puedo llorar.

.....
 Que mis ojos, *que él tiene por tan bellos,*
 Cargados con mi afán,
 Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

.....
 Que, *siendo por su causa,* el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!
 Dios mío, *¡cuántas cosas le diría*
Si supiera escribir!

Principalmente los versos que hemos puesto de cursiva son de una belleza insuperable, sobre todo la exclamación contenida en los dos últimos, encantadora por su sencillez é ingenuidad.

Admirable es también la conclusión de *Nunca olvida quien bien ama*, por lo verdadero é intenso, á la vez que extraño, del sentimiento, por la novedad de la idea y por la enérgica concisión de la frase. Próximo á morir el poeta, dice á la mujer querida:

Con toda el alma perdono
 Hasta á los que siempre he odiado:

*¡A tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!*

¡Qué extremada ternura no se descubre al través de éste, en la apariencia, rencor sin límites!

No son menos dignas de encomio las quintillas de *La Trasmigración*, singularmente la que el poeta pone en boca del sabio:

Hombre, al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,
*Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.*

He aquí un pensamiento profundo, vigorosamente concebido y formulado.

Las mismas buenas prendas brillan, no obstante la diferencia de tonos, en *Los dos espejos*:

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.
Y es que en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y peor!

Tendríamos que transcribir la mayor parte del libro de Campoamor si hubiésemos de citar todas las sentencias profundas, todos los pensamientos atrevidos y originales, todos los pasajes patéticos,

todos los rasgos de vis cómica, todas las bellezas, en fin, de estilo, lenguaje y versificación que contiene; lo cual, sobre no caber en los términos de este artículo, nos parece excusado, siendo, como son, aquéllos de tanto bulto, que el lector menos perspicaz puede por sí mismo advertirlos y saborearlos, cuanto más que ahí están para ayudarle á ello las discretas notas del Sr. Menéndez Rayón.

Distínguese este ilustrado comentarista por su copiosa doctrina filosófica, por su sagacidad en entrañar el sentido esotérico de las DOLORAS, y por su clara comprensión de las leyes estéticas á que las mismas deben ajustarse para la conveniente ponderación y armonía entre las partes y el todo, entre el espíritu y el cuerpo de ellas, condición necesaria de lo bello. Sus juicios, con frecuencia nuevos y casi siempre acertados, son por su profundidad notables en ocasiones, si bien más sintéticos que analíticos, más atentos al conjunto que á los pormenores, no siempre corre parejas su utilidad práctica para la juventud estudiosa con el interés que en todo entendimiento filosófico despiertan. El crítico no ha de mirar sólo á hacernos sentir la belleza general de las creaciones del arte, sino también á dirigirnos por las sendas del buen gusto, poniendo á nuestra vista los elementos particulares que la constituyen, y las manchas que, en mayor ó menor grado, la deslustran. Debe ser, por lo mismo, analítico-sintético su procedimiento. ¡Cuántas veces un giro prosaico, un verso poco cadencioso, una metáfora incongruente ó una cláusula mal construída destruyen el encanto de las más bellas poesías! ¡Cuántas veces no depende de estas, al parecer, pequeñeces gran parte del placer ó desagrado que muchas composiciones nos causan!

Sentimos, sin embargo, que el Sr. Menéndez Rayón no haya comentado todas las *doloras* de

Campoamor, por más que en la elección anduviese, generalmente hablando, acertado. Todas encierran perfecciones dignas de estudio y alabanza; de todas ellas pueden sacarse muy útiles enseñanzas, así morales como literarias. Por otra parte, tiene especial atractivo para los amantes de las letras el ver reunidas todas las producciones de un autor, especialmente cuando, como las DOLORAS, constituyen, no sólo por su unidad genérica, sino también por la del espíritu que las anima, un organismo íntegro y completo, según queda notado en lugar oportuno. Así, pues, rogamos al Sr. Menéndez Rayón que no omita *dolora* alguna, ni deje ninguna sin ilustración cuando se reimprima su trabajo. Desearíamos igualmente que reuniese, anotase y publicase una colección selecta de *doloras* de diversos autores, antiguos y modernos, cual medio el más eficaz de demostrar la realidad y consistencia de esta especie de poesía, de fijar sus límites y condiciones propias, y de asentarla definitivamente en la espaciosa esfera del arte de las artes.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

DOLORAS.

PRIMERA PARTE.

,

,

1

DOLORAS.

I.

COSAS DE LA EDAD.

I.

—«Sé que corriendo, Lucía,
Tras criminales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos. —

»Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

DOLORAS.

»¡Ay! ¡No rindiera, en
corazón lastimado
dura cautividad,
yo volviera á tu edad
lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades
que son, oh niña, no más
amargas las verdades
tanto allá en las mocedades
n más dulces las mentiras

»¡Y que es la tez seducida
en que el semblante se
iz que la edad descolorida
as ¿no me escuchas, traidor,
ero, señor, *si es tan n*

II.

«Conozco, abuela, en
vuestra estéril razón,
le en el tiempo que habéis
habéis perdido ó gastado
s llaves del corazón.

»Si amor con fuerzas mata
un tiempo mata y con

Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soléis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos
Cerráis los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

»¿Y no adoráis las ficciones
Que, pasando, al alma deja
Cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)»—

III.

No entiendo tu amor, Lucía.
yo vuestros desengaños.
es porque la suerte impía
entre tu alma y la mía
erto mar de los años.

is la vejez destructora
to templará tu afán.
is siempre entonces, señora,
os recuerdos serán
uenas dichas de ahora.

¡Triste es el placer gozado!
Is triste es el no sentido;
yo decir he escuchado
siempre el gusto pasado
e deleitar perdido.

Oye á quien bien te aconseja.
útil es vuestra riña.
ento tu mal.—No me aqueja.
'ero, señor, *si es tan niñal...*)
'ero, señor, *si es tan viejal...*)

II.

GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego, cartas de adorados seres,
Por quien la sangre derramé viviendo!
Arde á impulsos de esa luz, y ardiendo,
Con vos se extinga *mi fatal pasión*.

¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos;
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*

—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
Que humo las glorias de la vida son!

DOLORAS.

nigmas de infernal :
ro el desengaño os p
madre me alejaba e
or de *mi fatal pasión*
ce—el amor, porque
e la ilusión de un dí
, alma del alma mía,
glorias de la vida s

III.

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

*Después de amarla, olvídala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.*

(PATRICIO M. DE RAYÓN.)

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fe,
Le jurabas fe eternal.

¡Imprudente!

Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Yíme lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,

Ya no lloro

Ni mi engaño ni tu engaño;

Pues no ignoro,

Que la inconstancia es el cielo

Que el Señor

Abre al fin para consuelo

A los mártires de amor.

DOLORAS.

s, ¡ingrata! ¿qué
ido de un beso a
cuando dijiste:
e otro tanto con
r, Victoria,
¡il es tu memoria
Dios que siempre
iente del valle...
añas, ya antes, a
engañé;
unque me amaba
bien sé,
constancia es el
e el Señor
n para consuelo
tiros de amor.

mo, ¡horrible pa
partir, de mí:
..»—¡Ah! Mas, ¡
> antes de tí.
gacela;
ue no corre, vue
hoy de mí, yo a
á otra mujer.
res en amores
iestrados,
engañadores
engañados;
constancia es el

*Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.*

Adiós. Te juro leal,
Por el que nació en Belén,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Conque, adiós.
Navia y Julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
O imprudente
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

LOS

ollozo
sa esta
que ya
tiguos

vez, c
postr
que a
lor p

uietud
na ha
ozos c
ntos d

V.

QUIEN VIVE, OLVIDA.

*Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento;
Porque cansa al corazón
Siempre una misma pasión,
Siempre un mismo sentimiento.*

(EL CONDE DE REVILLAGIGEDO.)

ÉL.

¡Cuánto amor, Adela mía,
Aquí un día
Me juraste y te juré!

ADELA.

Por cierto que fué en Noviembre,
Y en Diciembre
Me olvidaste y te olvidé.

ÉL.

habé con pasi
La expresi
e *vivir es am*

ADELA

xpresión tan
Graba ahora
vir es olvida

ÉL.

or tí mi amor
Porque el qu
olvida, si an

ADELA.

gas de tu amor
Que, aunque
amor gran

ÉL.

estas ramas,
Me dijiste:
te olvidaré ja

ADELA.

No acerté, en mi error profundo,
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

ÉL.

¿Cuándo con locos extremos
Volveremos
A amar con tan ciego ardor?

ADELA.

Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amor.

ÉL.

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA.

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

VI.

LAS DOS ALMAS

—¿Adónde vas, alma mía,
Hacia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envía

• Y tú, alma mía, ¿qué buscas
Sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura
Y voy caminando al cielo

—Puesto que subes, he aquí
Y te hallo al bajar al mundo
Dime si es...—Un caos profundo
Que llaman cárcel humana

Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajas ahora;
Porque vas, siendo señora,
A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
Busca el oído armonía,
El paladar ambrosía,
E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Mientras que á merced, flotando,
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.

DOLORAS.

a, el cielo ganando,
tan fiera,
re, compañera,
mas dando?

ay, hermana, en el
bién se adoran,
arlos, se lloran,
los del cielo.

que dejo escalas,
oy que tú dejas,
es, tú mis quejas
en las alas.

adonde me alejo,
estire tu llanto,
ayes en tanto
oso que dejo.

tídico arde
rio el día,
da, hermana mía.
mía, El te guarde.—

VII.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

De niño, en el vano aliño,
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.

Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela,

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?*

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida

No hay mal que al alma no

¡Ah!

La dicha que el hombre a

¿Dónde está?

La paz con ansia importu

Busco en la vejez inerte,

Y buscaré en mal tan fuerte

Junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la ir

Todos los males consuela.

¡Ah!

La dicha que el hombre a

¿Dónde está?...

VIII.

LA VIRTUD DEL EGOÍSMO.

Si anoche no estuve, Flora,
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me da sueño á deshora.

¡Pecadora!

Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
—«¡*Qué egoísta es la virtud!*»—

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo menos
Desde mi casa á tu casa?

DOLORAS.

¿qué pasa
s frente á frente?...
mientes sin guarisr
lo mismo.
r consiguiente,
ó es egoísmo?

ratia, el otro día,
mi amor harta,
stezo de á cuarta
«aloma» y un «mía.
falsía
zar amando;
con más pulcritud
quietud,
amar bostezando,
no ó fué virtud?

y no vuelvo á tu ed
lora, el sereno:
egoísmo, bueno,
virtud, también.
mi bien,
or mi salud,
a tu cinismo
e es lo mismo
le la virtud
ifo del egoísmo.

IX.

PROPÓSITOS VANOS.

*Nunca te tengas por seguro en
esta vida.*

(KEMPIS, lib. I, cap. xx.)

—Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

—¡Siempre es viento
A esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

DOLORAS

LA PENITEN

-El *mismo* del
le es el *mismo*
uestro gesto,
o ayer, predic
ray Modesto,
inútil la más p
ontrición,
nuestra tern
as del corazón

padre, por eje
misa el sacrist
z de correr al
la huerta con

EL CONFES

-¡Triste don,
ras su perdici

LA PENITEN

señor, mas do
lo tenemos mi
niña que á am
lás que á misa
liantre, á toda

Nos avisa
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

—Dulcemente
Fascina así la serpiente!

LA PENITENTA.

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
Nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Y mañana, ¿qué he de hacer,

DOLORAS.

nar la campana
e hoy, como a
a huerta mañan

EL CONFESOR.

r de vos!
y siempre Dios

LA PENITENTA.

o, mas entre a
suele ser antes
de ser cautiva
repiento,
éis mientras vi
siento
l la más pura
ición,
estra ternura
el corazón.

X.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

*Amargando tu existencia,
De tu corazón en daño,
Ya te enseñará esta ciencia
El libro de la experiencia,
Página del desengaño.*

(E. FLORENTINO SANZ.)

Seguid; veremos á qué luz impura
Del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO.

—Mas ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?

Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
¡Dios los da al hombre por amor profundo!
Después se augura un mal, porque en el mundo,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

XI.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

Á OCTAVIA.

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque ésta es un vano aliño,
Y además,
Aquél una sombra oscura.

OCTAVIA.

—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

DOLORAS.

OCTAVIA.

—¿Nada más son que ceniza
—*Nada más.*

Y en tu contento no escaso,
¿é dirás que es un contento
Qué dirás?

OCTAVIA.

—¿Nada más que viento aca
Nada más, niña, que viento
Nada más!

En la edad de las pasiones,
rueltas de mil enojos,
Hallarás
de, sombras é ilusiones:
ida más, luz de mis ojos,
Nada más!...—

XII.

VIVIR ES DUDAR.
—

Si vivir no es dudar, prenda querida,
Decidme, en mal tan fuerte,
*¿Es el fin de esta vida nuestra muerte,
O es la muerte el principio de otra vida?*

Porque es nuestra existencia
Turbio fanal de inescrutable esencia;
Pues cual luz mortecina,
Sólo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
Quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
Si el aire sombra hiciera,
Como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
De esta que vuela inconsolable vida,

es e
el

esti
os s
e es
el q

ma
is g
es s
ide,

tan
abe
fin
mu

XIII.

PODER DE LA BELLEZA.

¡Me caso! Yo, que odio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¿Podréis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento),
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo, que amante meritorio
Llevé en España mi ardor
De un jolgorio á otro jolgorio,

iendo el dor
doncellas c

oy mi indón
y yugo al fi
f dió fin el
poder de la

, que canté
me da pena
pecho no
la mancha
otra *blanca*

no por una
parte) rabio
nto se extie
z belleza el

, que amé
 cien días á
nace un mes
iento de mi
esencia de

z mes en mi
e treinta añ
vida... es e
poder de la

Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebató el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!

Y á fe que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas
El poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atrás;
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiación llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,

DOLCE

al li
el po

en of
ror c
lesva
pad
ísima

éis c
alino
e sal
bella

is g
i, Di
lant
me
el es

que
cas a
o bu
pod

o, ei
perd
on y
Pan
Gije

fin, mi bien empieza,
ni mal acaso:
r modo, ¡me caso!
R LA BELLEZA!

—

OD

, 200
or e
te d
que
or v
flor,
esto
lona
ndo

, se
a fre
con
idóc
rsé
des

El ver seco da enojos,
 Arbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
 Perdí un día la llave,
 Y cuanto en él guardé, perdí con ella;
 Ilusiones amantes,
 Toda la villa sabe
 Que para tí guardaba, Rosa bella.
 Mas, ¡cuán tarde mi estrella
 Hizo que al fin recuerde
 Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
 ¿Qué fué de mi terneza?
 De la flor que te dí, dime ¿qué ha sido?
 Perdióse la flor pura,
 Lo mismo que (¡oh tristeza!)
 Mi amor y tu hermosura se han perdido.
 En el mundo es sabido
 Que, sin que uno se acuerde,
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! ¡todo se pierde!

XV.

LA COMPASIÓN.

—Niña, ¿por qué, desvelada,
Suspiras con tal empeño?
—El porqué, madre, no es nada;
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto,
Viendo las sombras, se abulta.
—Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando;
Que si ahora duermo soñando,
Después soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sonos,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaría el pecho,
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.

—Mas ¿quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino
Cantaba en llanto
—Y soñé que era
Buscó albergue en
Por la tormenta .

Nieves y cierzo
Húmedos ya sus
Vino á la puerta
Y yo se la abrí, n
La compasión en

—¿De cuándo .
Recordar tal desah
—Dejadme en mi
¡Bella será una es
Pero es muy dulce

Aun me ocupa
Cuando la lumbre
Entre ilusiones de
Una historia y otr
Me fué, amorosas

Siempre en ella
Uno que á su ingi
Como á sus ojos c
Mas no me contó
Hombres ingratos

Dióme, con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que, cual si fuese beleño,
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre,
Se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
—Creí sus perfidias luégo,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mía;
Ya el sol derretido había
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
Fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgracia?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan ti
A escuchar su frenesí,
Más ciega que él te impel
—La *compasión*, madre n
—Y... ¿quién la tendrá de

XVI.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
Cierta viajero escuchando,
Y vió un ave que, rendida
Al pie de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hacia la flexible rama,
Que era el sostén de su nido:

—«He aquí—dijo en su sorpresa—
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pie de la cuna.»—

XVII.

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA.

*No eres más santo porque te
alaben, ni más vil porque te des-
precien. Lo que eres, eso eres.*

(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
O no es cierto aquel capítulo
En que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
Después que la palma vió,
Riéndose maldiciente
Cierta galán exclamó:

—«Mal nuestra honradez se a
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcón.»—

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruel,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruin:
—«Ya hay alientos que han me
Las flores de ese jardín.»—

Mas tú niega el hecho, Elena
Porque en materias de honor,
Antes, el Código ordena,
Ser martir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atre
Siempre será necio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad;
Que la virtud, en su esencia,
Es opinión la mitad,
Y otra mitad apariencia.

Palma ostenta, pues es uso;
Que, aunque mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazón en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honor,
Es en los hombres *vergüenza*,
Y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcón.

XVIII

EL CONCIERTO DE I

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí
Y aquí por un *muer*
Cuando allí tocando
 ¡*Din don, din*
Tocan aquí en bron
 ¡*Din dan, din*

Allí un *vivo*, y aquí
A tan monstruoso c
Labrando mis goces
 ¡*Din don, din*
Su tumba en mi cor
 ¡*Din dan, din*

¡Ay, cuán falsamente unida
Va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
 ¡Din don, din dan!
¡Qué breves las dichas son!
 ¡Din dan, din don!

XIX.

GLORIAS PÓSTU

Á DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ, CON LA
MUERTE DE UNA AMIGA

Aun el pesar me asesina
De cuando aquí por muy ciega
Se dijo de CAROLINA
Que (¡Dios nos libre!) había
El que menos,
Con ojos de espanto llenos,
«¡Cuánto lo siento!», exclamar
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, PASTOR,
Ó se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fe en morir
¡Cuánto yerran!
*Bueno ó malo, á lo que entierra
Al que se muere lo entierra*

No hay sér que, al «¡Dios le perdone!»
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo*.

Cantan esto
Los que no aman, por supuesto;
Porque los que aman muy bien,
Dicen: *Requiescat... Amén*.
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete,
Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben
Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales*;
Total, *cuartos* ciento dos.
Y aun dos misas
No son del todo precisas,
Pues con una solamente
Cubre un hombre el *expediente*...
¿Para qué, ansiando, vivimos
Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos
Oro y oro...
Si al fin un deudo allegado,

DOLOR.

mir,
el lienzo h
á al mori

tsencia y
hecho gan
is males
ición hun
ción
condición
deudos ni
as y los d
miga, Pa
muere,
ia ni amo
espere;
el ataúd
ncierran,
oria y vir
ere lo ent

XX.

VIVIR MURIENDO.

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.
(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
La vida y la muerte en brazos;
Y al ver tan opuestos lazos,
Con torva faz prorrumpieron:

—«¿Qué buscas aquí, perdida?»
Dijo á la vida la muerte.
—«¿Nació para tí, por suerte?»
Dijo á la muerte la vida.

—«Dios, á mi eterna morada,»
Responde aquélla, «de envía.»
—«Soy, para entrarle en la mía,»
Dice ésta, «de Dios enviada.»

Y así van el alma mía
Sueño y desvelo asediando,
Uno tras otro pasando,
Como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confín de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
Daré mi primer vagido,
O por fortuna habrá sido
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿A qué me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿Por qué me sigue la muerte?

¿A dónde, en tan ciego abismo,
Voy tras de ensueños que adoro,
Tanto, que entre ellos ignoro
Si sombra soy de mí mismo?

DOLORAS.

ya, Dios clemente,
o tan horrendo,
ite muriendo,
ternamente!

XXI.

DA.—NADA POR NADA.

*Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay mal que no acabe,
Ni bien que dure.*

(CANTAR.)

*ta.—Al sentimiento extraño,
ni en los males peno;
importa» el propio daño,
ciencial» el daño ajeno.
mi bien engaño;
uardar lo bueno;
misma sepultada,
aber—nada de nada.*

*il.—Nada el placer me importa,
del dolor me irrito.
le mi vida acorta,
or:—Estaba escrito.*

DOLORAS.

ras mi destino ab
lante á mal tiempo
do á la pasión la
corazón:—*Nada*

: importa.—Que
ien y al mal en
ior han de curar,
gusto, otro place
ilusión temple mi
delirios la experie
en lid tan encont
ni fe:—*Nada de n*

do igual.—Como
esengaño carnice
erida, sin placer
al universo ente
il, de pesares ller
undo, donde el b
esta fe desespera
ida—os doy;—na

XXII.

VAGUEDAD DEL PLACER.

I.

—«Al que antes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo.»

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del Iris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que, poco á poco,
Va el Iris su luz menguando.

cuando de su c
n la sien orlac
n su luz disipa
o fantasma en

Cómo es?—de
intan cuantos
an los ojos, su
responden:—,

Mentira!—baja
ue ven clara s
tanto ganan la
os los otros su

II

que sus lindos
l tocarlos, fice
on de cerca ill
e venturas de

is, siempre in
mostrando ins
que bajan, osci
que suben, b

—¿*Cómo es?*—en ronco alarido
Gritan los antes burlados;
Y los de ahora, extasiados,
Tristes responden:—¡*Ya es idol!*—

—¡*Mentira!*—dicen bajando
Los que poco antes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III.

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ansia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente,
Tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan:—¡*Adelante!*
Y los de adelante:—¡*Atrás!*—

Y así, sin orden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucía.

Y al verle desvan
Con más vergüenza
Vuelto al cielo los
Exclaman todos:—/

IV

Así en eterno cuic
Aquí y allí nuestro
Corre fugaz por el
Tras un placer nun

Que el hombre, e
Llama, al verle en l
Si es delante, una e
Y si es detrás, un re

Y aun no marcó e
El gusto una vana l
Cuando, imprecand
Suspira y dice: ¡YA

XXIII.

ÚLTIMAS ABJURACIONES.

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Este el centón de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*).

—«Cuna de rosas, al nacer, hallamos.»

EL PADRE.

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

—«Rosas, la vida al comenzar, hollamos.»

¡Fal

*¡Yo:
ie el
úmu
ed,*

«Su

‘Ay!

«Hu:

Hor

*Voy
ia er
otra
inca*

ndo la presencia!»

i postrar adiós!

n la existencia.»

bienestar sois vos!

—

*instancia una estrella
más densa muere,
s con ella quiere,
en con ella.*

un amante
tra, un día,
rer—le decía—
de morir.

s avenida,
to la muerte,
por verte.—
divertir

*instancia una estrella
más densa muere,
s con ella quiere,
en con ella.*

ia, y cumpliendo
amor los gustos,
los justos,
vuelo tendió;

egre á su amante
igel cubría,
jé—le decía—

SIEMPRE.

JA.

is á mi memoria,
 pre al huir de vos,
 le historia
 mer *adiós*.

os, afable,
 . cual vos.»
 an adorable,
 pre *adiós!*

ontó su muerte.»
 erte á vos!
 le suerte,
siempre adiós!

VI.

LA AUSENCIA.
—

sta cuándo,
cir;
orme llorando,
reir.
era,
ibera,
dos pasos,
¡ escasos!
, Irene,
día
ligiene

a experiencia
or,
ausencia
e amor.

—

Cu
Au
Co

Sei
Ma
Qu
Est

Qu

Qu

Es
Qu

—

Te
—j(
Y s

Mil
Ay
Las
Her

Vo

Que

octor,
la ausencia
s de amor.

, ya amanece;
los dos;
que no tropiece
os de Dios.
e adoro
ción de un moro,
ande mañana
ra cristiana.
este amor es cierto,
sumo
: un *ido* ó un *muerto*,
es humo;
: á la experiencia
octor,
la ausencia
s de amor.

er su sepultura,
as crueles,
s predica el cura
l Dios de la altura
sa á los fieles.

zucen traidores
sus mastines,
ndas de amores,
de los jardines
bas las flores.

e en tal desacierto
ordura poca,
; y ten por cierto
uy poco un muerto
ión de una loca.—

que en su quebranto
la tierra consuelo,
el cielo santo,
abién el cielo
cierra á su llanto!

ía, que á esa puerta,
rnos reflejos,
de una muerta
que vaga incierta
astos añejos.

que de amor e
magen de la n
ote *el alma en*
r la comarca l
s puertas al ve

loca, que en s
le su afán se co
ardor violento
s que el tiempo
que lleva el vie

uy loca es qui
scarnecerla pu
ste mundo fing
an con olvido
van, los que

CVIII.

MAL DISPUESTAS.

A Á EMILIA.

EL GÉNERO HUMANO.)

*Verdadera miseria es vivir en la
ra. Quanto el hombre quiere ser
espiritual, tanto le será más
traga la vida, porque siente me-
y ve más claro los defectos de
corrupción humana.*

(KEMPIS, lib. 1, cap. xxii.)

DUCCIÓN.

1, las virtudes canto,
cantar, siempre sin calma,
ni risa el llanto.

noral la palma
comparando;
cuerpo tiene el alma.

cción concluyo:

mejores dones,
optó por hijo,
endiciones.

su Señor bendijo,
u existencia,
o,—dijo.

l munificencia,
al contento
la *conciencia*,
timiento.

NTO.

ombre, aun inocente,
nto?
guiente:

al momento,
ora mala,
timiento.

, no fué tan mala,

en su alma e
siempre fácil pe

el dolor de la
aire se lo trae,
aire, cuando pa

í el alma, en s
o antes por la
apetus brutale

¡Por eso se ol
erto padre, qu
encia de un ai

í al alma en su
bre de unos c
alado aliento c

or eso nunca o
o, con voces d
razón contra l

lamente con l
bre vil con co
lpes y estocad
afectan el ca.

has oído, bien
e afectan el ca

II.

LA CONCIENCIA.

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
Se puso en el *estómago*, y no es broma,
La augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
Y por eso en el hombre nadie extraña
Que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende en implacable saña
Ver la *conciencia* á la opresión expuesta
De un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
Contra esta rectitud del hombre fiero,
Puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fe de un caballero,
Si otro contrario regaló su panza
(Hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
Qué un cuarterón de... (cualquier cosa) inclina
De la justicia la inmortal balanza?

UD.

o te asombre,
y por lo mismo
bla el hombre.

mismo
is hablando,
no.

erásle alzando
ostente,
nando.

namente
us amores;
niente!

es
ca,
flores.

or evoca,
explico
ción provoca.

uracán azota,
indo ardiente,
sentidos brota.

orcha diligente
por plazas,
: gente en gente.

gelicales trazas
es confundiendo,
s razas.

ryugal corriendo,
: al tronco honrado
nen ingiriendo.

disfrazado,
en la cabaña,
onado.

nontando en saña,
perial diadema
honor empaña;

isión extrema,
iosamente
acimos quema.

ón ardiente,
ria humana!

los

a lo
ical
ia r

seg
mo
que

te c
a, l
iza

ese
am
tas

gar
lo i
a ó
am

te,
s ar

A GLORIA.

, ó la simpleza ,
doner FE y GLORIA
a la cabeza.

ente transitoria
placer veneran,
memoria.

los que en ella esperan,
! sí, simple embeleso,
de ustedes quieran.

istra, á cuánto exceso,
que créa
del seso!

tal llegar desea
nbre rotundo!
to que lo crea!

lago profundo,
ras la losa;
a del mundo!

Y sólo por la *gloria*
 habíamos en sonoro
 DON FULANO DE T

Y por más que en
 la existencia malga
 su destino es corre
loria y fe para el l

No lo olvides, mi
loria y fe para el

con

Ya que mi atroz p
 oy, Emilia, á decir
 que es el hombre

Ahoga el *interés* p
 el *honor* y su *virtud*
 con *frío* y *calor* t

En fin, porque ya
 las virtudes llora
 es mi pasión por

¡FE, SENTIMIENTO,
 es se os desprecia
 sueños de mi cán

en, tornad el vuelo,
t gente,
el cielo!

juro tiernamente
is atroces
dé inocente.

veloces,
lo humano,
s voces!

desoos la mano,
al despecho
lico en vano.

sus virtudes hecho,
esar mío
esgarra el pecho),
mor ó frío...

AMOR Ó FRÍO!...

[AMOR.

*alcanza lo que deseaba,
'go pesadumbre por el
fiento de la conciencia
la su apetito...*

1: Imitación de Cristo,
p. vi.)

es incierta;
lo sabe
ive
erta.

ahora
,
diremos,
gnora.

ria,
tormento
ar la gloria
ento.
n cumplida

la olvida.
y, no!—

ibe
res;
o vive,
seres,
smo,
dí,
an sér mismo?
r, sí!—

renas
nto,
penas
o.
asada
ontró

AS ALMAS.

la

,

le bien quiere,

e,

inas,

re?

nsuelo,

in vida,

chida.

al cielo!—

luelo

carga

a

uita,

arga,

a afligida

re

re

.

da

ndo

ido,

desconsuelo

—
s ha
n t
un

éis
á]

ies
[or

Cuento la histo
De esa pasión des
Que, aunque ame
Sin ella la vida es

Pues tras de ese
Siempre queda en
Todo el dolor del
Todo el placer de

No hay mortal
Para quien la tris
De un buen quere
Eterno dogal no e

Si la mujer con
Paga tan tiernos c
Si es tan cruda en
Hombres, *¡lo que*

1

Pues cuento de
Copiaré letra por
El libro en que su
Grababa la hermo

De esta man
Sigue nombre.
Y al fin concl
Mujeres, ¡lo q



Si á los dos
Es porque infi
Que, si es el h
Es la mujer ne

Donde las to
Asienta un ref
Y cual dice ot
A un pícaro, c

A buena fe,
A un adelante
Quien más mi
Tan bueno es .

Con cuyos v
Probar á los h
Que el que es
En otro paso e

PLAC

Que te admira
Si á bostezar
La turba que á
¿Quién ha de
Que pertinaz
Una vez, y otra
¡Ay, prenda
Ahora sé, á ¡
Que es el place

Si el ver tan
Tu bostezo ¡
¿Qué haras cua

s la vi
s tan s
ament
, mal l
que ap
s el pla

Una congoja, al em,
 —¿Cómo sabe
 -Para un viejo, una
 El pecho de c

Qué es sin tí el mu
¿Y contigo? l
 -Haced la letra cla
 Que lo entien

'l beso aquel que de
Te dí...—¿Có
 -Cuando se va y se
 Siempre... no

' si volver tu afect
Tanto me har
 -¿Sufrir y nada más
 ¡Que me voy

-¿Morir? ¿Sabéis qu
 —Pues, sí, sei
 Yo no pongo *mori*
 ¡Quién supien

II.

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día...
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

III.

EPÍLOGO.

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
A don Ramón... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín.—

XXXVIII.

AMAR AL VUELO.

A LA NIÑA ASUNCIÓN DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

I.

Así niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asunción querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;

Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
Ó en la inconstancia constante;
Que en amor creen los más duchos,
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos,
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;

Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, mientras vivas, quisieres
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos que, aunque viejos,
Aun, Asunción, al mirarte,

Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendría,
Si yo hubiera hecho algún día
Lo que te aconsejo que hagas.

V.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
—Que lo fijo es pasajero,
Que sólo es real lo que *vuela*,—
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI.

Sigue el plan á que te exhorto,
Amando *al vuelo*; hazte cargo
Que el viaje es largo, ¡muy largo!...
Y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora,
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa;
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

XXXIX.

EL BESO

Mucho hace el que mucho ama.
(KAMPIS, lib. 1, cap. xv.)

I.

Me han contado que al morir
Un hombre de corazón,
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasión...
¡Y todavía, Asunción,
Aquel frío que sentí
Hace arder mi corazón!

II.

la atracción,
pedernal,
la oración,
ental,
expansión
elestial
creación,
rso inmortal
crisol
a á verter
del sér
encendió el sol.

II.

ataúd
so, á su vez,
entud,
a niñez,
rtud,
la vejez.

IV.

¿Vas comprendiendo, Asunción,
Que es el beso la expresión
De un idioma universal
Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnación
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusión*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasión*?

V.

¿Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asunción,
Que en alas de no sé qué,
Trae la imaginación.

VI.

la oscura señal
incubación,
men inmortal
fermentación,
sunto fiel
mundo moral;
lo aquel
cual y bajo el cual
de Platón!

VII.

sa condensación
ernidad,
rna efusión
manidad
religión;
a caridad
el mundo el perdón;
perpetuidad,
oso són,
ga el corazón,
posteridad!

VIII.

¿Vas comprendiendo, Asur
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y después
Un beso verás cómo es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festín,
De una en otra boca, al fin
Llega, de afán en afán,
A tu boca de carmín
Desde los labios de Adán.

IX.

Prueba en mí, por compasi
Esa clara iniciación
De un oscuro porvenir;
Y entonces, bella Asunción,

l morir,
zón

l
intón,

XL.

LO QUE ES ETERNO.

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACIÓN
DEL TEATRO ESPAÑOL.

I.

LA INTELIGENCIA.

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa
Como Escita que mata á la carrera;
Verdugo y creador, en cuanto impera,
Lo humilde encumbra, y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa,
Mas, siempre inútil, su guadaña fiera
Sobre el grande Platón, era tras era,
Con excusado afán pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota,
Fija cual Dios, como de Dios esencia,
Del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia,
De entre las ruinas de los mundo brota,
Crisálida inmortal, la inteligencia.

II.

LA VIRTUD.

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
En destejer la vida ayer tejida;
No hay en el mundo edad que un sol no mida,
Ni hay un sol que resista á algún mañana.

Solo del tiempo en la extensión lejana
Sobrenada de Sócrates la vida;
Que es bella espuma la virtud, salida
Del Océano de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo
Burla del tiempo la eternal victoria,
Sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria,
Va cual perfume embalsamando el cielo
Sagrada eflorescencia de la historia.

III.

EL TEATRO.

El tiempo, ese Saturno cuya saña
Se goza en devorar sus creaciones,
Jamás en sus sangrientas irrupciones
Tu templo arrasará, gloria de España.

No estirpará del tiempo la guadaña
Ese estadio de heroicas acciones;
No se extingue la voz de los Platones,
Ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre,
Mostrando ejemplos de virtud y ciencia,
Glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiere su existencia
A la virtud, perpetuo bien del hombre,
Y á la eterna verdad, la inteligencia!

XLI.

E INAGOTABLE.

DON TEODORO GUERRERO.

I.

dos, inmensamente,
 acaso más!
 extingüible fuente
 a jamás!

l baile! ¡Encantadora
 endida así!
 da en una hora
 encia aquí.

osa está! ¡Si no la miro
 a ilusión,
 aire que respiro!...
coraxon!

II.

Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
Pero ¿qué hemos de hacer?
La vida humana al fin sólo es la tela
De que se hace el placer.

Allí va. ¡No, no va! Mi pensamiento,
De su imagen en pos,
Aquí y allí, en la tierra y en el viento,
La créa, como Dios!

¡Maldito corazón, que nunca cesa
De mudar y querer;
La carne de mi espíritu es hoy esa,
Como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna,
Baila con otro... ¡Oh Dios!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dos...

¡Ni una mirada de su amor merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diez...

¡Y once van ya! ¡la eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera
Gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa,
Y con esta también...
—¡Divino! Concepción.—¡Bravo! Teresa.
¿Que si vas bien? ¡Muy bien!

No quisiera más días de contento,
Mercedes, por quien soy,
Que de besos te dan de pensamiento,
Cuantos te miran hoy.—

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
¿Cómo huir, ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me hastía?
¡Otra vez, corazón!

III.

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!
—¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido, Inés, con el contento
Al rostro el corazón;
Y eso no es, vive Dios, el sentimiento:
Eso es la sensación.

¡En baile! ¡En baile!—Tu semblante augura
Castidad y salud;
Bien dicen, Asunción, que la hermosura
Es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
¿Dices que es la pasión
Ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razón!)

IV.

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
Que se lo forja así...)
—¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En tí.

¿Quién besará, mi bien, labios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
Quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
Un pecado venial...
¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
Me llena de embriaguez;
No eres mía, Leonor, y tengo celos.
¿Que es envidia? Tal vez.

—¡Bella música, á fe! ¡Cuál corresponde
Su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé dónde...
¡Siempre *ella*, corazón!

¡Qué sufrir!—Luz, no sufras; es el modo
De que sufran por tí;
Una mujer que me lo cuenta todo,
Me lo ha contado así...—

Pasó el baile y la noche. ¡Con el día
Ya vendrá otra embriaguez!...
¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
¡Otra vez, corazón! ¡ay! ¡Otra vez!

XLII.

¡MAS!... ¡MAS!...

*¿Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.*

(KEMPIS, lib. I, cap. xx.)

I.

Brindemos por Salomón,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condición
Del alma de la mujer.
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasión quizás,
Y sin quizás, de elixir,

Sintiéndose derrumbar
A una postrer libación,
¡Oh insaciable corazón!
Aun dice en sueños: ¡MÁS!... ¡MÁS!...

II.

¡MÁS! ¡MÁS! suprema explosión
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocación
De un oscuro porvenir,
Prolífica emanación
Que entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascensión
Corre en eterna espiral
De eslabón en eslabón
Una cadena inmortal.
¡MÁS! divina aspiración
A otra trasfiguración,
Como así nos lo hacen ver,
En perpetua evolución,
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;
Y en su anhelo de llegar
A más alto porvenir,
Cuanto siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar;

•

Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y además
Llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mía. ¡Más!... ¡Más!...

III.

¡Rhin! El *más*, en conclusión,
Es el anhelo eternal
De toda la creación,
Siendo en fuerza desigual.
En la materia, atracción,
Tendencia en el vegetal,
En lo vital, sensación,
Pensamiento en lo humanal:
Más, como alma, es religión;
Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazón;
Como tiempo, eternidad;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir
A un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser,
Ya fruto, ya árbol, ya flor.
¡Elixir! ¡*Más* elixir!
¡Brindis!... al *más* de Leonor.

V.

¡Venga Rhin!
d el balcón,
tensión
celestial,
oral
arias son,
cípío sin fin
ación
le caudal,
cesión,
in jamás,
io, expresión
imo *más!*...

I.

en el tiempo qué es?
r un mes,
después mil;
después
ebril
plicad;
cumuléis
nidad,
vuestro ardor

Jamás, jamás y jamás,
Aun acumular podéis
Cien eternidades más,
Del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más!* ¡Gloria á Leonor,
Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...

VI.

¡Rhin, Rhin! como en la evasión
Del tiempo que se nos va,
También se halla en la extensión
Ese eterno más allá.
Sumad un mundo, dos, tres,
Y cuatro, y mil, y un millón
Y mil millones después,
Y hallaréis, en conclusión,
De vuestras sumas al fin,
Del postrer mundo al través,
Siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...
¡*Más!*... ¡mucho *más!*!... mucho *más!*!...

XLIII.

COSAS DEL TIEMPO.

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mio! ¿y ésta es aquella?...)

XLIV.

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

- ¡Cuánto creía en tí, cuánto creía!
—Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
Sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.»—

XLV.

TODO ESTA EN EL CORAZÓN.

La reina que enloquecía
 Por Don Felipe el Hermoso,
 La tumba al ver de su esposo,
 —¡Todo está allí!!—se decía.
 Sus restos exhumó un día,
 Mas nada allí vió; y así,
 En vez del—todo está allí,—
 Desde tan triste ocasión,
 Señalando al corazón,
 Decía:—¡Todo está aquí!—

XLVI.

¿QUE ES AMOR?

*Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.*

(KEMPIS, lib. XI, cap. IV.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
pretendes que diga mi amarga experiencia,
Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
¡O Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
Dementes sublimes! decid ¿qué es querer?

—Querer, un misterio,—comienza la Estuardo,—
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.
Qué son tus amores, amor de Abelardo?
Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada,—prosigue,—*no es vida*;
No ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
Querer, el *infierno*, no siendo querida;
Mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falanje divina,
Tomando á mi acento las formas de sér:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
Ó sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor!

Teresa la santa, más bien la divina,
—Amor—dice—junta ternura y deber.
—Amar es—replica la vil Mesalina—
Hallar el descanso, cansando el placer.

—Amor pierde—dicen la Cava y Elena—
La fe y patria siempre, los goces jamás.
—Es—dice gimiendo de amor Magdalena—
Gozar mucho, y luego llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—Morir por quien se ama—prorrumpe—es querer.
—Es cierto,—responde Lucrecia altanera:—
Morir por quien se ama, si se ama el deber.

—Vivir en la mente—prosigue Artemisa—
De aquel que amó mucho, y amó porque sí.
—Vivir siempre en otro,—murmura Eloísa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí. .

—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorrumpe Ninón:—
Amores sin crimen, son sueños sin fecha;
Pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca,—¡el incesto!—
Teresa,—aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
Que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios-

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
Pues sois siempre un caos, ¡tornad al no ser!

¡Maldito aquellarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
—Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor?—

XLVII.

LAS DOS GRANDEZAS.

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
Que no me quites el sol.

—Mi poder...— Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.

quezas sin tasa,
n dosel.
quiero casa
e este tonel?

ales gastarás
—¡Nada, nada!
e abriga más
endada?

ijares devoro.
duro me allano.
pre en copas de oro.
gua en la mano.

uanto tú mandes.
cosas vanas!
rias tan grandes
chas humanas?

á cuantos gimen,
á socorrer.
apa del crimen;
pa ¡el poder!

erra iracundo
la ante mí.
eño del mundo,
ño de tí?

—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio !
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no pui
De tu cinismo el crisol.
—¡Adios! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mutuo agrav
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice:—¡Miserable!

II.

LA VEJEZ.

*lo confies, ni estribes sobre
añá hueca, porque toda car-
s heno y toda su gloria cae-
omo su flor.*

(KEMPIS, lib. XI, cap. VII.)

los pies
io lo es,
el fin
ardín.
cha, pues!
dos,
e Dios!
ja, Inés.

II.

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
De tus ojos el color;
El mismo con que Rafael
Nos pinta la caridad!
A su dulce claridad,
Cien vueltas á este verjel
Diera de buen grado, Inés;
Mas ¿qué importa ¡maldición!
Que me arrastre el corazón,
Si me flaquean los pies?

III.

¡Bien! De nuevo tu beldad
Nueva extensión da á mi sér,
Y de mi primera edad
Ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
Si ahora á mi voluntad
Igualase mi poder!
Ya dí un paso. ¡Vuelve á mí,
Fuego de mi corazón,
De ese éter universal
Donde en deliquio inmortal
De expansión en expansión

Toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Venus, también,
Inés, tu talle español
Arrastra á cuantos lo ven,
Subiendo de sol en sol
Derechos hasta el Edén.
¿Ves? Ya me siento ascender;
Demos la vuelta hasta el fin
De este escantado jardín;
¿A ver como marchó, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
Es que la tierra, cual yo,
Vibra también de placer!
¿Oyes? ¡Cuan bien con su amor
Celebra ese ruiñón
Nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
Que á los tres pasos, Inés,
Del exceso del sentir
Se me van algo los pies...
Y además, al percibir
Cómo me hiela el sudor,
Ya comienzo á presentir
Que ese inocente cantor
A la entrada del Edén,
En vez de este mutuo amor,
Acaso ¡fatalidad!
Está cantando más bien
Mi unión con la eternidad!

IV.

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
Siempre está donde tú estás
El oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crees
Que este corazón senil
No es un árbol sin calor,
Cuando con tan tierno amor
Mi mano coges, Inés,
Con el mismo aire gentil
Con que se coge una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
Como ignoró mi ilusión,
Que es inútil la beldad
Cuando ya en el corazón
Queda sólo la razón,
Flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,
A las puertas del Edén;
Y mientras maldigo así
Este cuerpo baladí,
Perdona el error de quien
Se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!

voy
a soy
de mí.

zo al honor
s ó tres,
valor,
rés;
h dolori
s pies,
como ves,
amor.
egado á ver
ntrar
er
ian de llevar,
rosa Inés,
tenga pies,
a tí
o que ves,
alla...
¡Ay de mí!
aquí;
¡hí está!!...

XLIX.

SUFRIR ES VIVIR.

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO.

Maldiciendo mi dolor,
A Dios clamé de esta suerte:
—Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.—

Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De orden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien, volando,
Como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar—
Dijo; y cuando el bien que adoro

Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afán de llorar
Que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazón
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.—

L.

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y... mal!
¡Se ve en el alma, y... peor!

FE Y LA RAZÓN.

LI.

E Y LA RAZÓN.

MEDES MARTÍN MATOS.

I.

de Suecia un día,
gravemente
lososía,
le decía
d lo siguiente:

maestro, al exceso
ancia la fe:
o soy; no es eso:
o *sé que sé*.

le empiezo á dudar,
ara creer.
e comenzar,

Decidme: ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
Probaré que vuestra ciencia
Puede resumirse así:
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
No hay verdad en la experiencia,
Ni dicha fuera de mí,
Pues que saca la conciencia
Fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
A vuestra tesis sentada:
Yo *soy sólo el ser*; de modo
Que si es mi conciencia todo,
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estáis viendo, hombre inhumano,
Que con atroz ateísmo
Lanza vuestra impía mano
A Dios y al mundo á un abismo,
Siendo el pensamiento humano
De sus juicios soberano,
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí;
Que hasta de la fe el consuelo

des juzgando así,
Dios en el cielo,
porque existe en mí

tro! vuestra opinión
lusión confesad,
es una ilusión,
te es la autoridad;
a es mi corazón;
que es; y en conclusión,
ad es la verdad,
n es la razón.—

II.

rtes, después de oír
imna en aquel día,
eza que tenía
el pobre á morir,
uriendo decía:

¿qué puedo conocer,
ios, si ignoro yo mismo
¿al pensar y ser?
salvaré el abismo
y entre el ser y el saber?
estás, razón que adoro?
ne, adorada fe!
¿la verdad que exploro?

Ya sé que *soy*: bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡santa fe!
¿Eternamente estaré
Entre una y otra en suspenso?
No hay duda: pienso que pienso,
Mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
Va del ateísmo en pos,
Y que, sin fe ni experiencia,
No existe más ley de Dios
Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
Soy porque pienso; ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
Pues cada hombre entonces es
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
En este mundo quietud,
Sin virtud que dé la calma,
Sin fe que dé la virtud?

¡Sacadme, Dios de bondad,
De esta eterna confusión!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razón es la razón?—

III.

Cuando Descartes murió
Cristina del *sé que sé*
Las consecuencias sacó,
Y á Monaldeschi mató;
Dió á su trono un puntapié;
Su religión abjuró;
Y al fin refugio buscó
En la católica fe.
Tal fué su historia. De suerte
Que, de cuanto hay aburrida,
Yendo hacia la eterna vida
Que no muere con la muerte,
El célebre *sé que sé*
Dió al olvido, y de este modo
Halló la ciencia en la fe,
Ultima verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
A aquel último momento
En que engañar el pesar
Es nuestro sólo contento,
Decía con humildad,
Pidiendo al cielo perdón:

—Recibe, Dios de bondad,
Mi postrera confesión;

Es la fe mi autoridad,
Es el mal mi corazón:
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razón la razón!

LII.

LAS CREENCIAS.

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso?

(KEMPIS, lib. III, cap. I.)

I.

Queriendo un Rey discutir
Las creencias, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II.

BELLEZA.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hacia el suelo,

Abre la sesión, y empieza:

—Se discute la *Belleza*,
Raro presente del cielo.

—Es lo negro la hermosura,—
Dice uno de negra tez.

Otro blanco:—Es la blancura.

—Lo azul,—un indio murmura;
Y un chino:—la amarillez.

—Sí tal,—clama uno.—No tal,—
Gritan otros replicando.

Dice un griego:—Es lo ideal.—

Un francés:—La gracia andando.—

Un inglés:—Lo original.—

Queda el Rey meditabundo,
Siguen los demás sus huellas,
Y piensa:—En creer me fundo
Que si hay en él cosas bellas,
No hay tipo bello en el mundo.—

Pausa. A tan locos extremos
Calla el concurso. Y después
Dice un sabio:—Según vemos,
La belleza no es lo que es,
Sino que es lo que queremos.—

Fijada así la cuestión,
Pregunta otro sabio:—¿Qué es

1 conclusión,
n lapón
: un inglés?—

o respuesta da.
calla y suspira,
bemos ya;
lo está
: quien mira.—

III.

GLORIA.

etación. Después
ey:—Discutamos
oria sólo es
en que dejamos
treinta y tres.

es la indignación.
la grandeza.
en acción.
mana simpleza,
na ilusión.

lo extraordinario.
despide luz.
spide un osario.

—Dicha de llevar la cruz
A la cumbre de un calvario.

—¡Gloria! grandeza pequeña.
—Dolor que canta una trompa.
—Verdad de todo el que sueña.
—Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.

—Espacio que un aire llena.
—Abrir tumbas con la espada.
—Morir viviendo en escena.
—Es un néctar que envenena.
—Es darlo todo por nada.—

No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
—¡La gloria!—el gran Rey murmura,—
¡Poca cosa, poca cosa!—

IV.

JUSTICIA.

—¿Qué es justicia, y dónde se halla?—
Dice el Rey. A nombre tal,
Se alzan grandes y canalla,

Gritando unos:—¡La metralla!—
Diciendo otros:—¡El puñal!

—La justicia es el humor..
—Lo justo es la autoridad.—
Los grandes:—Es la bondad.—
Los reyes:—Es el rigor.—
El pueblo:—Es la libertad.

—Es—dicen los escogidos—
Que al bueno el que es malo tema.—
Y exclaman los oprimidos:
—La justicia es este lema:
¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!

A tan discorde rumor
Dice alto el Rey:—¡Basta ya!—
Y en voz baja:—Pues, señor,
‘Todo espectáculo está
Dentro del espectador.—

V.

VIRTUD.

Sigue el Rey con emoción,
Pero con noble actitud:
—¿La virtud es ilusión?

¿Es prueba una buena acción
De que hay tipo de *virtud*?—

Y un sabio:—Hay virtud cumplida,—
Responde—si hay quien se atreva
A obrar siempre como deba;
Mas ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba?—

De este sabio á la opinión
Se adhiere otro sabio más:
—¿Qué es virtud, en conclusión,
Si hay puntos donde jamás
Resiste nuestra razón?

—La virtud—dice un pagano—
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano.
—La virtud—dice un cristiano—
Es el deseo vencido.—

Y exclama la juventud:
—La virtud no es la fortuna.—
A lo cual la multitud
Dice:—Mas, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud.—

Y un hombre que irracional
Toma por ciencia el desdén,
Dice:—Regla general:

Dudad cuando os hablen bien;
Creed cuando os hablen mal.

—Es tristeza.—Es el contento.
—Es sufrir.—Es la salud.—
Y un epicúreo opulento
Prorrumpe:—¡Virtud! ¡virtud!
Cuestión de temperamento.—

A este axioma el Rey.—No hay tal,—
A replicar se apresura;
—La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.—

VI.

RELIGIÓN.

Una tras otra ilusión
Mirando desvanecidas,
—Veamos la *Religión*,—
Dijo el gran Rey, ya caídas
Las alas del corazón.

Uno:—Es fe.—Y otro:—Es conciencia.
—Es lo eterno.—Es el no ser.
—Es fuerza.—Es benevolencia.

—Es de Confucio la ciencia.

—Es de Mahoma el placer.

—¡Silencio!—el gran Rey profiere,
La religión viendo hollada;—
Creer sólo en lo que agrada,
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!—

VII.

Calló, y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pie,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

LIII.

AMOR Y GLORIA.

¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
Sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena,
Y aire las del corazón!

LIV.

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA.

Ya que este mundo abandono,
Antes de dar cuenta á Dios,
Aquí para entre los dos,
Mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado;
¡A tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

LV.

TODO ES UNO Y LO MISMO.

(Axioma de Schelling.)

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE MOLINS.

PRIMERA PARTE.

À LO IDEAL POR LO REAL.

I.

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis quería Juana;
Y aunque me exponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos,

Tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podéis creer firmemente
Que, aunque no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

II.

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y á Juana,
Solos dejó á Luis y á Luísa.

III.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
A las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,

no al perder á Juan Luisa,
que nadie amenguar pueda
lágrimas ¡ay! que llora,
no se queda el que queda,
ando al que se va se adora.

IV.

Desde entonces, poco á poco,
loca ella como él loco,
cuantos sitios frecuentan,
andan con pasos inciertos,
¡tristes! ¡tan pensativos!...
parece que alimentan
almas de los dos muertos
cuerpos de los dos vivos.
verlos tan sólo atentos
ventura ilusoria,
bras de dos pensamientos
alumbran desde la gloria,
na la gente liviana,
iendo al vulgo de risa,
¡loca por Juan—á Luisa,
Luis—el loco por Juana.—

V.

¡Luisa feliz, que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hacia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha soñada
¡Es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
En su ensueño delicioso,
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Días de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

À LO REAL POR LO IDEAL.

I.

Rogar con cierto misterio
 En un cierto cementerio
 Una sombra se divisa;
 Es que por Juan reza Luisa.
 Otra sombra que hay cercana,
 Es Luis que ruega por Juana.
 Se lamentan los dos vivos
 Por sus muertos respectivos
 Con corazón tan ardiente,
 Que al mirarse frente á frente,
 Dicen la una y el uno:
 —¡Qué importuna!—¡Qué importuno!
 Y Luis huyendo de Luisa,
 Y Luisa de Luis huyendo,
 Se marchan, casi corriendo,
 Y corren, casi de prisa.

II.

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y mientras Luisa exclamaba:
—Cuando mi amante vivía,
Le hallaba donde le hallaba,
Y hoy, que en la tumba me espera,
Su sombra está donde quiera,—
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
—Si todo estaba en tí antes,
Ahora tú estás en todo.—
Y esta vez menos esquivos,
Ó de agradarse más ciertos,
Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III.

Desde entonces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oración antes,

égo;
porta
nos días,
rgo
corta,
rgo.

terio,
sterio,

reería!
Pues es bella!
¡Pero aquella!...—
ando,
; loco,
urchando;
poco.

la bella,
na,
..!

—¡Se parece á Juan!—dice ella;
Y él dice:—¡Parece Juana!—
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él, por supuesto,
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado,
Con temor aun no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aun el muerto era querido.

VI.

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea.

VII.

En conclusión; cuando se aman
 Con un amor verdadero,
 Así mutuamente exclaman;
 —¡Como á él y por él te quiero!
 —¡Te amo como á ella y por ella!—
 Y así el buen mozo y la bella,
 Fingiendo vivo lo muerto,
 Y haciendo falso lo cierto,
 Que eran los muertos creían,
 Creyendo lo que querían;
 Y desde entonces, el duelo
 Trocando todos en risa,
 Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
 Después de aquella semana
 Se prestan mutuo consuelo;
 Creyendo que Juan y Juana
 Harán lo mismo en el cielo.

LVI.

EL SEXTO SENTIDO.

I.

Viendo en el mundo el Señor
Desorden por donde quiera,
Quiso darle un director
Y dijo de esta manera:

—Cinco sentidos dí al hombre,
Y no me entiende jamás.
Daré á un sér que al mundo asombre
Un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo don
De un hombre de alma gigante,
Grande cual la religión,
Como la gloria brillante.

broten sus labios
verano flores,
e los más sábios,
e los mejores.

una criatura
e moral.
mejor hechura!—
Blas Pascal.

II.

r su existencia,
o, ya orando,
e y más paciencia,
bre meditando:

! Cuanto más comprendo,
o comprendido;
s tan horrendo,
sexto sentido!

. hombre llamé,
nurmuraron;
! le apellidé,
e calumniaron.

y su talento
acuerdo jamás;

O quítame el pensamiento,
O dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
Sus pensamientos informes,
Sus remordimientos pocos,
Sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostienen
De lo presente el afán;
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que van!

Da fe el hombre á su provecho,
Y cree sólo en su interés;
Y el que ve el mundo al derecho,
Dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
Mi corazón se rindió
Enfermo de mal del cielo.—
Dijo Pascal, y enfermó.

III.

Entre oración y oración,
Entre llorar y gemir,
A un hombre un santo varón
Le ayuda así á bien morir:

perdidos
 echura!
 los,
 l.

o ahito,
 te,
 o,
 nte.

menguada!
 alma y lodo,
 la,
 o.

idia llenos,
 trás,
 i menos,

sin fe
 poco,
 i ve,
 loco.

nto anhelo
 ial,
 l cielo!...—
 scal.

LVII.

LOS DOS PECADORES.

Tú pecas porque me adoras,
Y yo peco por gozar;
Y en tan diverso pecar,
Yo río cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peco y no me arrepiento!

N.

(A VALDÉS,
RMINA.

r,
,
!
vía
—
1
ido
do,
t.

LIX.

LAS DOS LINTERNAS.

Á DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

I.

De Diógenes compré un día
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mía
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
*Todo es según el color
Del cristal con que se mira.*

II.

—Con mi linterna—él decía—
No hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
A Alejandro, un miserable,
Y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia,

Para él virtud fué simpleza;
El más puro amor, escoria;
Vana ilusión la grandeza,
Y una necedad la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algún *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III.

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

X.

CASTIGO.

rgilio en pos
infierno á dar,
nija de Dios,
el entrar.

á salir volvió,
l Dante hallando.
ez cargó,
pirando:

, en lo profundo,
sentencia
r por el mundo
conciencia.—

LXI.

MÚSICAS QUE PASAN.

*Todas las cosas pasan, y tú
con ellas.*

(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

A MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO GOÑI.

I.

¡Música!—¡Qué aliento dan,
Y qué esperanzas sin fin;
El *re-tin-tín* del clarín,
Del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

II.

¡Conforme avanza
ó ya el clarín,
o el *re-tin-tín*,
lán esperanza!
y ya en lontananza,
gozoso afán,
ecos dan!
seguro en el mundo!
son, Facundo,
que se van!

III.

principio ni al fin,
unos ardor
del tambor,
re-tin-tín!
Facundo, y mi esplín...
están!
antiguo afán
ntretienen,
gres se vienen,
ites se van!

LXII.

EL CAFE.

Á MI AMIGO DON ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑÓN.

I.

¡Café! — Tal es la cuestión:
¿Hizo Cabanís tan mal
Al decir que es la razón
Fruto de una digestión
De la masa cerebral?
Sin ir más lejos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
Ó es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espíritu material;
Ó, si os parece mejor,

ñal;
e hacedor
rtificial;
ador
acional!
iré, pardiez,
al probar
a vez,
nbriaguez,
de cantar!

r ¡otra!—A fe
on razón,
sé por qué,
qué centón,
rano el café
en embrión...
abio... ¿oís?
ente, pues,
s, y tres...
rido Marqués:
Cabanís?

II.

café!—Ven, tú,
gre ardor,
ible bu;
a el dolor;

Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
El sólo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no?—Pues yo sé
De un sapientísimo autor
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade, poco después,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,
El genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talismán
Han vuelto el mundo al revés,
Del uno al otro confín,
Sócrates, Numa y Satán,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaivén,

stró
na al bien?
a creyó?—
eo yo
feliz,
ás
e Austerlitz,
uizás
aterló.
cosa, y es
Marqués,
d
lad,
ndés,
mensidad
n pos
rdad,
sa impiedad:
todo es Dios.—
razón?
pluir,

inición
á herir
ción:
resumir,
sér
otra edad
omprender
dad?

¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III.

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal,
Pues en eléctrico ardor,
En el sér más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre tí
Del orbe la bendición,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusión,
A cuya mágica acción
Es un Etna el corazón,
Es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñón, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que da al brazo más vigor,
A la mente inmensidad,
A los ojos claridad,
Al corazón más amor,

¡pics...
¿ves,
¿un tris?...
Marqués!
anis?

LXIII.

DRAMAS DESCONOCIDOS.

Cuando el pueblo á Oteló vió
Que, matando á la que adora,
Dice:—Muera la traidora,
Que el alma me asesinó,—
Tu rostro el color perdió
Llorando el fin de la bella;
Yo de él pensando en la estrella,
Dije mirándote.—¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
Me asesinaste como ella!—

XVI.

TEMPSÍCOSIS.

I

historia, lector,
ergamino,
a un sabio autor
ariar de destino
de dolor.

II.

FLOR.

mero abandonada,
erbas broté,
o envidiada,
e marchité,
n ser llorada.

BRUTO.

—A bravo alazán subí,
Y de victoria en victoria,
Tras mil riesgos, conseguí
Para mi dueño la gloria,
Y la muerte para mí.

PÁJARO.

—Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
Con las dulzuras del canto:
Canté, sí, mas canté tanto,
Que al fin me mató el cantar.

MUJER.

—Mujer, y hermosa, nací;
Amante, no tuve fe;
Esposa, burlada fuí;
Lo que me amó aborrecí,
Y me burló lo que amé.

SABIO.

—Hombre al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,

fui,

;

.

lora

os

t

todos,

.

,

,

ó flor

,

LXV.

LAS DOS TUMBAS.

¡Cuán honda, oh cielos, será,
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
¡Ni un sér de los que me amaron,
Ni un sér de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
Y allí sólo hallo el vacío,
¿Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI.

LA COMEDIA DEL SABER.

Á MI AMIGO DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

I.

*(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Época, en la antigüedad.)*

*(Gran pausa.—Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO llorando,
Y dice de esta manera:)*

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé;
Si sé que hay Dios, es porque
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
Que es de los inicuos valla...
—¡Falso!—(*grita la canalla*),
(*Los nobles dicen:*)—¡Verdad!

HERÁCLITO:—Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.

Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demás...
(*Aquí le silban los más,*
Y le aplauden los mejores.)

Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer y siempre creer.

(*Rumores.—Después quietud.*)
HERÁCLITO:—En conclusión,
La justa moderación
Da saber, paz y virtud.

II.

...ITO, y á poco
y mira,
otro suspira,
como un loco.)

...— *El pueblo está
callado.)*
esgraciado!
! ¡ja! ¡ja!

Es duelo todo.
todo es juego.
alma es fuego.
alma es lodo.

...ITO y murmura:)
vida es miseria!
—¡Es materia
todo, y locura!

bedrío
nombre y el bruto;
absoluto;
vacío.

Filósofos, que en el mundo
Buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
Parte nuestra alma también...
(*Muchos, casi todos:*)—¡Bien!
(*Y pocos, muy pocos:*)—¡Mal!

DEMÓCRITO:—Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
De lo que existía se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
Nacerá de lo existente,
¡Pueblo! goza en lo presente,
Y olvida lo porvenir.

(*Risa.—Aplauso general.*)
DEMÓCRITO:—En conclusión,
El alma es la sensación:
El placer es la moral.—

—

into

SÓCRATES:—Sin ton ni son
Riñe aquí un loco á otro loco;
¿No veis que entre mucho y poco
Está la moderación?

La fe del uno es menguada;
Grande es del otro la fe;
Yo sólo una cosa sé,
Y es que sé QUE NO SÉ NADA.

CONÓCETE, debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo
Sabrá cuanto hay que saber.

Para la ciencia, rehacias
Las plebes... (*El pueblo todo
Lo silba aquí de tal modo,
Que SÓCRATES dice:*)—¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano.

(*Nueva silba.—Sensación.*)
SÓCRATES:—De mi alma rey,
Sólo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razón.

isma indignada.)
de tal modo,
es centro de todo,
hombre es nada.

Dios... (*Gran rumor*
ultitud.)
os de virtud,
ello autor.

ólo, fe tributa
mo el mío...
rita:)—A ese implo,
cicuta!

del pueblo el celo
tan mala suerte,
)—¡La muerte!
d del cielo!—

legando excusa,
vida ruin,
iel, le da fin
racusa.

or su juicio emplea?
pueblo homicida?
loria á la vida!
maldita sea!)

IV.

*(Acto cuarto.—Se alborota
La plebe á DIÓGENES viendo
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.*

*Al empezar iracundo
DIÓGENES silba á los tres,
Como le silba después
A DIÓGENES todo el mundo.)*

DIÓGENES.—Pruebo que es vana
Toda regla de razón,
En este sueño en acción
Que llamamos vida humana,

Si á preguntaros me atrevo
¿De quién antes se origina,
El huevo de la gallina,
O la gallina del huevo?—

*(Todos tres su menosprecio
Le hacen á DIÓGENES ver,
Y éste hace á los tres saber
Su desprecio hacia el desprecio.)*

*(Yo al ver á todos, me río,
Pues llorar no puedo ya:
¡Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mío!)*

V.

*(El pueblo á la conclusión
Muestra, al partir tristemente,
Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazón.)*

*(Dice éste al irse:)—¡A pensar!
(Y aquél murmura:)—¡A sentir!
(Uno:)—¡A reir! ¡A reir!
(Y otro:)—¡A llorar! ¡A llorar!*

*(Resumen:—¿Qué es el vivir?
—SENTIR, uno. Otro:—CREER.
Este:—CREER Y SABER.
Y aquél:—NI CREER NI SENTIR.*

*¿Qué es el mundo?—Lo que vemos.—
¿Y el saber?—Lo que se ignora.—
Y ¿qué es Dios?—Lo que se adora.—
¿Y virtud?—Lo que queremos.—*

ids el pueblo alcanza

—ARMONÍA,

IDURÍA

·ESPERANZA,

il escuchar,

blo qué hacer,

r ó creer

ó llorar.)

A SEGUNDA ÉPOCA.

Y luégo, allá en lontananza,
Gritan en acorde són:
—¡Será feliz!—la esperanza;
Y—¡será Rey!—la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religión va diciendo:
—¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
—¡Será un Creso!—la avaricia;
Y el orgullo:—¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
—¡Será Homero!—el sentimiento;
Y la razón:—¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
Al morir, como al nacer,
Repite:—No hay remisión;
¡Polvo es, y polvo ha de ser!—

LXIX.

LOS GRANDES HOMBRE

De Yuste en el santuario,
Carlos Quinto, Emperador,
Valientemente al calvario
Subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
Cual resuelto capitán,
Doblado como la encina
Rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
Como en lecho sepulcral,
Cayó cual león herido
Que lleva el dardo mortal.

Y es cosa particular,
No pueda un varón tan fuerte
Una burla despreciar,
El, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo
El corazón hecho trizas,
Y el canto prosigue:—¡El mundo
Se convertirá en cenizas!—

La vieja, del funeral
Oye entretanto el solfeo,
Como diciendo:—Sí tal,
Muy viejecito y muy feo.—

Y airado su Majestad
Sigue:—¡Bruja del infierno!—
Y el canto:—¡Por tu bondad
Líbrame del fuego eterno!—

Calla el coro; alza el semblante
Pálido el Emperador,
Surgiendo allí semejante
A la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial
Vuelve á su celda apartada,
Mostrando algo de fatal
En su frente devastada,

a sér refleja
 lad, puro amor;
 ó á la vieja
 le Emperador.

LXX.

LOS RELOJES DEL REY CARLOS.

•
Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y los hace ir á compás,
Ni minuto más ni menos,
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba:
—Más despacio, ¡majadero!—

Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia

Y cuando esto profería,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí había
Parece que le decía:
—¡Majadero! ¡Majadero!...

—¡Necio!—prosiguió,—al c
Debí unir mi sentimiento,
Después, si no antes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento.

Y los relojes sin duelo
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Tenéis razón:
Empleando mi paciencia
En más santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien,
Siento decir lo que digo;
Pero, ¿quieres que te engañe
Yo también?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
A su gusto se acomoda

¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

ÉL lleve tu labio ayuno
A algún manantial querido
De placer,
Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siempre el destino inconstante
Nos da cual vil usurero
Su favor:
Da amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la fijeza,
Ni del mal.

¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo:—¿Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor?—

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fe en la ventura,
Mucha fe.

Si eres feliz algún día;
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor
No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre son
Los que bendicen sus penas,

¡Sí! corre hacia Dios, y É
Que tengas siempre una vie
Juventud.
La tumba todo lo traga;
Sólo de tragarse deja
La virtud.

Prefiriendo el no ser á no ser bella,
Cogió el dogal, y se lo ató de suerte,
Que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
Y más que vivir fea y venturosa,
Prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud,
Reyes—Pastores—Proteo.—
Cambises; la esclavitud.

¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos—Esparta—Atenas.—
Filipo; la humillación.

Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento
Rodando van pueblos y hombres
Cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidón,
La reina antigua del mar.
Cartago—Pigmaleón.—
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses—Héroes—Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,
Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma! Tras su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa—Catón—Mesalina,—
Reyes—República—Imperio.

Pasan así en raudo giro,
Y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleón.—

II.

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino,

—Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé qué pensar,—
Dijo al maestro de pronto
El sacristán del lugar.

—No es gran mérito el zurcir
La historia de esa manera;
Nacer, crecer y morir;
Eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿No valdría mucho más
Decir á todo: *Polvo eres,*
Y en polvo te volverás?—

Mira el maestro al que cree
Llegar de Vico á la altura,
Como quien dice: (—Este lee
Los libros santos del cura.—)

Y en su silencioso afán,
Que esto imagina se infiere:
(—Dice bien el sacristán,
Todo lo que nace muere.—)

Y murmuró: (—De manera
Que mi ciencia está de más,
Si un libro santo cualquiera
Enseña esto y mucho más.—)

Y al fin,—¡niños!—prorrumpió,
—Después de círculos tantos,
Podréis saber más que yo
Leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sabio que Vico
El sacristán de una aldea.—

IAU

V.

E
-

á l
rad
; se
act

7 si
en
e R
ce

culj
ent
cuc
ren

—¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana*?—
Dijo á Ovidio, el salteador
De la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto,
Después que se venga Octavio.

Y—francamente; señor,—
Dijo, de modestia lleno,
—Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.—

—Ó—con altivo semblante
Replicó el Emperador
—Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.—

Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II.

io en el deslíz
oco después,
mperatriz,
uardapiés.»

y por ofensivo
l tan bello,
o por motivo
é de aquello.

desterró Augusto
a á un rincón,
irano, injusto;
uen histrión.

III.

Octavio inmortal,
s dignos de él,
así:—¿Qué tal
si papel?—

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:
—Representó como un sabio
Lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Ya ha dejado al mundo en paz.

Conque, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razón que despecho:
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como Emperador, muy mal.—

Y cuando ya á traslucir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa,
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
Sintió el héroe compasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente
Pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se pára,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorara de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

J. GEN

ruin
ecer
lacer
ín?

ión
fecto
in in
Colo

pren
e esta
la m
rida.

iguic
esí;
sí,
no.

—¡vi
l
acia
oria.

a, pa
s inn
el in
es!

Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
¡Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuenta á la Francia la gloria,
Luégo la Francia á la historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañón*,
Dí por él:—¡Oh compasión,
Tú eres sólo la virtud!—

—

AS

DE C

lolo
na

nor
uen

ent
i

acid

Perdona si en mis doloras
Siempre mi pecho destila
La ansiedad
De unas sombras vengadoras
Que asaltan mi no tranquila
Soledad.

Jamás en ellas escrito
Dejaré, imbécil ó loco,
El error
De que el bien es infinito,
Ni que es eterno tampoco
El amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
Nuestras venturas, amemos;
Pero ¡ah!
Bienes de acá son mortales,
¡La dicha y el bien supremos
Son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
Da el ver, desde la rendida
Senectud,
Los tesoros disipados
De la por siempre perdida
Juventud!

¡Qué manantial tan fecundo
De engañosas esperanzas

E

.

Más siento el haber venido
Que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
Hastiado, y arrepentido
Del vivir,
Huye cual remordimiento
Que del crimen cometido
Quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
La vida ven placentera
Los demás,
Si la despreciara menos,
Yo acaso la aborreciera
Mucho más.

Deja ya, corazón mío,
Cuanto encuentras deleitable,
Sin saber
Que al gozar, mueres de hastío,
Galeote miserable
Del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
Sus más aciagos momentos
Soportar,
Si en el pecho se pudiera
Algunos remordimientos
Enterrar!

Al deber,
Y los lazos desatemos
Que habrá el tiempo tristemente
De romper.

¿A qué esperar á mañana
En dejar esto, y de aquello
En huir,
Si aunque tú lo sientas, Juana,
Lo que no dejemos, ello
Se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
Las huellas de buena gana
Sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
Todo lo que siente, Juana,
Va con él.

Ya en mi inútil existencia
Sólo el ímpetu modero
Del dolor,
Con paciencia y más paciencia,
Ese valor verdadero
Del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
Sus culpas el alma mía
Va á expiar,
¡Perdóname, Dios eterno!

ORAS.

sabía
r!

utable creo
mnipotente;
n
deseo
clemente
bien.

bien cumplido
nca, fuerte,
¿
me ha vencido,
la muerte

que extasiado,
que anhelo
s.
venturado
al cielo
Dios?...

LXXVII.

LA GRAN BABEL.

Á DON RAFAEL CABEZAS.

I.

Refiere el vulgo agorero
Que de los cantos del mundo,
El *tarará* fué el primero,
Y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
De *tururú* y *tarará*,
Son los últimos gemidos
Que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,
¡Dichosos, Rafael, los dos,
Si al perder la fe en la gloria,
Aun nos queda la de Dios!

Después de mucho aprender,
Ni al cabo de la jornada
Llegó el Romano á saber
Que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
Pudo asegurar un día,
Que era el pájaro del cuento
El que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
Cual lo mezquino también,
Hasta aquello que merece
De Dios y la historia bien.

III.

Pues dando á esta historia cima,
Refiere otra tradición
Que siendo virrey en Lima
Nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día
Un loro experto en historia,
El sólo eco que existía
De la peruviana gloria.

IV.

Muy pronto, Rafael, quizá,
Por más que de ello te espantes,
Cual Homero un *tarará*,
Será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
Viendo el eclipse total
De estas estrellas que brillan
En nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
Brillando un vate cual tú,
¿Dará fin en *tarará*,
Ó acabará en *tururú*?

Corre el tiempo, y confundido
Lo grande con lo pequeño,
Juntos en perpetuo olvido
Los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba,
Pues ya sabemos los dos,
Que allí donde todo acaba
Es donde comienza Dios.

LXXIX.

LOS DOS CETROS.

1860

Á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS.

(DON ALFONSO XII.)

I.

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel había
Que, por don Pelayo escrito,
De esta manera decía:

*Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!*

*Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.*

*Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.*

*Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento,
Que en la sombra reza y llora.—*

*Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.*

III.

A vos, Príncipe y Señor,
Desde la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
A un Rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algún día;
La caña, más venturoso,
Al menos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de Rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que, entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
Desde mi humilde rincón,

os lleven perseguido,
ania, si vencido;
is, la adulación!

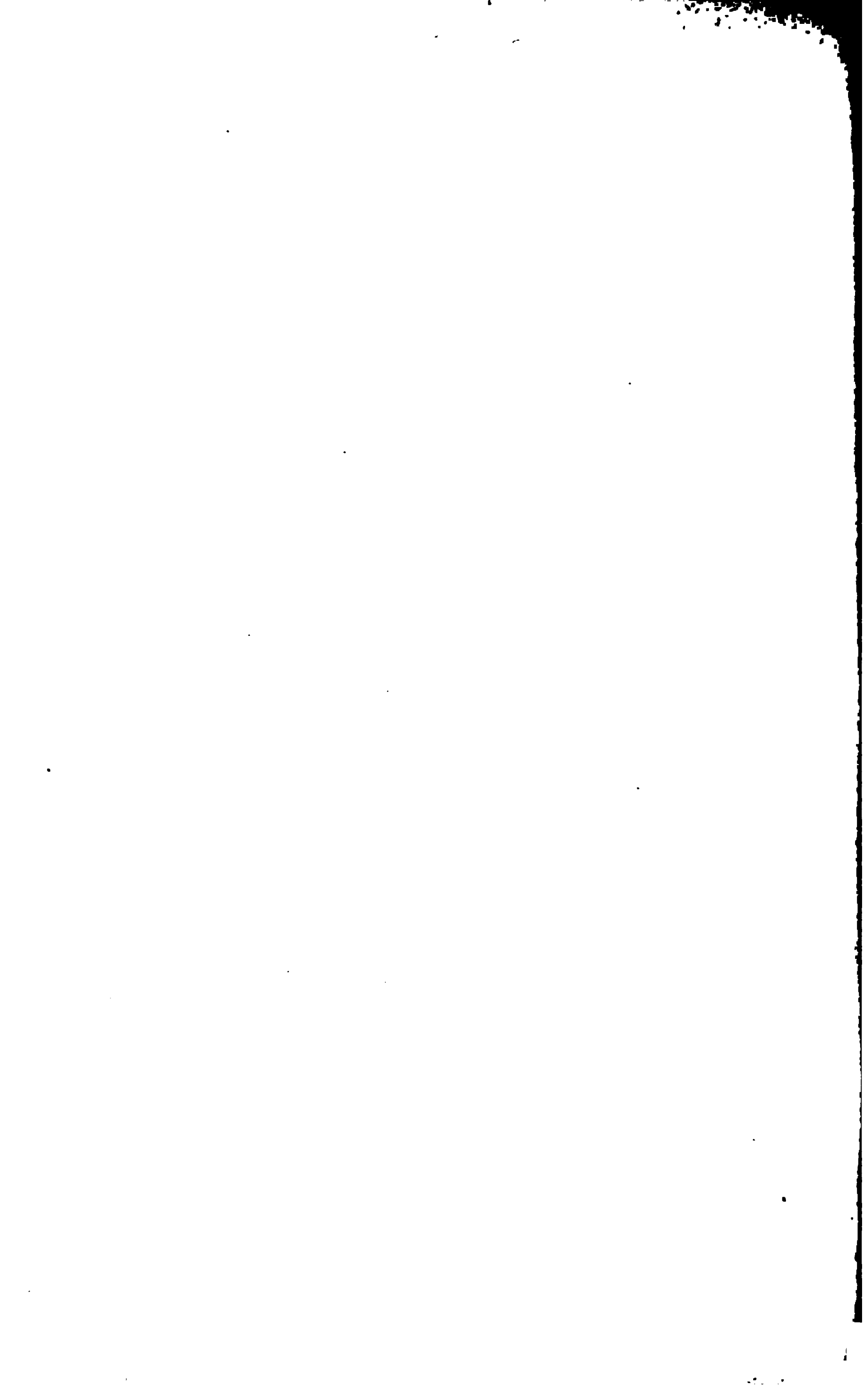
lo yo ande indiferente
onte ó por el llano,
; dirá la gente,
lébil!—si sois clemente;
iero,—¡tirano!

será vuestro cuidado,
s que todo, Señor,
vidaré, olvidado,
ono recostado
ildes yerbas en flor!

, cual vuestra Nación,
a Madre imitad,
Real corazón,
justicia y perdón,
an dicha y verdad.

s, para bien de España,
acia os dé el tesoro.
mi pobre cabaña;
y de cetro de caña,
y de cetro de oro.

DE LA TERCERA ÉPOCA.



LXXXI.

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?...

PUESTO.

PUESTO.

*incipio de toda tenta
uno constante...*
eis, lib. 1, cap. xii.

al otro día
miramos;
alsía
ugiamos.
os bellos.
e triste,
ellos,
e dijiste.
gemimos...
pasando...
o salimos,
este suspirando.
ntierro!...
trenza!...
el encierro!...
o! ¡Vergüenza!

LXXXIII.

HASTÍO.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía!

II.

Rosa luégo, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.

»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razón,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazón.

»Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.

»Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, según el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.

»Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.

»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»—

XXXV.

DE MUCHAS.

or, la arrebató á la vida?—

¿ con desconsuelo.

doctor, de una caída.

cayó?—Cayó del cielo.—

•

LXXXVI.

BODAS CELESTES.

Te ví una sola vez, sólo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

•

VII.

SPOSAS.
—

osaura cierto día
n Blas,
n bello! se decía,
o es más!—
del mortal miraba
nor,
diar, ¡lloraba
Señor!

LXXXVIII.

CONVERSIONES.

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.

Ante Rosaura bella,
Ángel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

XCI.

NUEVO TANTALO.

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.

¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

Pasó el tiempo, y los nuevos ruseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura:
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III.

Después, al pie de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emoción, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
Uno mismo el amor!

IV.

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
De amores, que aun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

ya extinguido
belladas
ido

endo,
otros mundos,
endo:
!...—

XCIII.

¡ASÍ!
—

I.

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II.

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

XCV.

EL OJO DE LA LLAVE.

*No te ocupes en cosas ajenas,
ni te entremetas en las cosas de
los mayores.*

(KEMPIS, lib. I, cap. XXI.)

I.

Á LOS QUINCE AÑOS.

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á espiar comienza,
Oye lo que le da miedo,
Ve lo que le da vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
Su amiga á quien cree una santa?
No sé qué le da sonrojo,
Mas... debe ver algo grave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
Ve caer su ingenuidad
La barrera que separa
La ilusión de la verdad.
Pero ¿qué ha visto, señor?
Yo sólo diré al lector
Que no hallará más que enojo
Todo el que la vista clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
Que habla un hombre á una mujer,
Y van su cuerpo inundando
Oléadas de placer.
Su amiga de gracia llena,
¿No es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
¿Pero hay alguien cuyo arrojo
De ser mirado se alabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave?

—¿El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado. .
Voy á cerrar mejor.

XCVII.

A...

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados,
Porque, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

XCIX.

TEJER Y DESTEJER.

Gracias á tí, he caído
En el horrible estado
De olvidar cuanto puedo lo pasado,
Y despreciar después cuanto no olvido.

CI.

Para querer á un rico, que es un necio,
Por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio;
Si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CIII.

ELLOS Y ELLAS

Se quieren dos; y él y ella
De amor, ó de bondad, el pecho
Mientras él nos pregunta—¿es be
Ella va preguntando:—¿es buen

CV.

CUESTIÓN DE NOME

De una hermosa pagana la
Salvó un cristiano, y, con fe
La pagana dió gracias al *Desi*
Y el cristiano alabó la *Provia*

II.

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
Toda dicha se ha perdido,
Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomo derretido!
Mas, como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero,
Toca con resignación
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

III.

¡No vió una madre más bella
La nación del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
Le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
No bala como un cordero,
Pues ruge como un león
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

IV.

más bailadora,
—le dice—¡aprisa!
ro sopla y llora,
cara de risa.
que de esta suerte
tiempo y los divierte,
como Zoilo á Homero,
in compasión
,
de Gijón!

V.

triste en su agonía,
lar y soplar:
mía, madre mía,
ia el suspirar!
en sus entrañas zumba
e apagó la tumba;
pese al mundo entero,
a oirá el corazón
o,
o de Gijón!

VI.

Decid, lectoras, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!
Preguntáis ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
Doloras y más doloras,
Mientras yo de pena muero,
Vos la recitáis, al són
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón?...

CVIII.

LA CONDICIÓN.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
La niña al suyo soltó;
Al pájaro que quedó
No se le pudo soltar,
Porque el niño, por jugar,
El cuello le retorció.

III.

Ya es Luz una mujer; mas suele ahora
El zapato colgar lo mismo que antes;
Y un Creso, que en poder no hay quien lo venza,
Pasa haciendo de Rey, y ella á la aurora
Al ver lleno el zapato de brillantes,
Se pone colorada de *vergüenza*.

CXI.

AMOR AL MAL.

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,
No te amé buena, y pérfida te adoro.

CXIII.

MAL DE AMOR.

¡Ya no tengo esperanza
De que acabe jamás la pena mía,
Pues al perder en tí mi confianza
No he perdido el amor que te tenía!

III.

Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.

IV.

Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.

V.

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan?—decía,
—Ya llega—le respondía
La madre... y ¡llegaba el viento!

VI.

Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando.

TA.

omo ella

L,

venido—

a...

da,

nido.

¡Desvarío!

piente:

y la muerte

ío!

yerta,

itrae,

ae

..

XI.

Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta...
Y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Noche-Buena!...

AS.

DORAS.

ntas llenos
ta calma,
l menos; .
l Dios el alma

CXVI.

LA LEY DEL EMBUDO.

De su honor en menoscabo,
Faltó un esposo á su esposa;
Ella perdonó amorosa,
Y el público dijo:—¡Bravo!
Faltó la mujer al cabo,
Harta de tanto desdén,
Y el falso esposo ¿también
Perdonó á la esposa? No:
El esposo la mató,
Y el público dijo:—¡Bien!

CXVII.

GAD Á TIEMPO.

En su madre, Inés resbala,
hierre, y disputando
después las dos llorando:
«¡Tan mala!...—No soy mala.
¡No caer?...—¡Iba rezando!

CXVIII.

HERO Y LEANDRO.

I.

A Hero Leandro adoraba,
Y, por verla, enamorado
El Helesponto cruzaba
Todas las noches á nado.

II.

Y, según la fama cuenta,
Hero una luz encendía
Que en las noches de tormenta
De faro al joven servía.

ida

fa,
cio.

illa,
-fero

o.

pend

nas

”

da,
o.

VII.

Y queriendo, ó sin querer,
De pena se dejó ahogar,
Sin que él pudiese saber
Si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII.

Lo cierto es que al desdichado,
Al rayo del sol primero,
La tormenta le echó, ahogado,
Al pie de la torre de Hero.

IX.

Y cuando muerto le vió,
Hero, cual Leandro fiel,
Se arrojó al agua y murió,
Como él, por él, y con él.

X.

¡Que ellas, fuertes en amar
Y flacas en resistir,
Si duermen para esperar,
Despiertan para morir!

CXIX.

AS INÚTILES.

I.

quieres que hablemos, Lola,
 ¿dos?
 señor, nunca está sola,
 ¡madre ó está con Dios.

II.

que un día os encontraron
 ¿dos?
 ¡el día se quedaron
 ¡y en el cielo Dios.

CXX.

CONTRASTES.

I.

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó,
Todos te oyeron gemir.
Mas yo, Inés, al presentir
Que lo habías de olvidar,
Sentí, viéndote llorar,
La tentación de reir.

II.

Al año justo ¡oh traición!
Al baile fuí de tu boda,

da,
zón.
panteón!
de él
l,
ní,
ll

égo olvido!
o
e llorado
eído.
ste ha sido
ensar!
extrañar
porvenir,
reir
llorar!

CXXI.

UN CIELO EN EL INFIERNO.

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno
En que, unidos en raudo torbellino,
Se dan *Paolo* y *Francesca* el beso eterno.

CXXII.

OS DE MEMORIAS.

I.

EN EL LIBRO DE ÉL.

o uno querer.
o á aquella fatua
uras de estatua!
a... al fin, mujer.
hacer ver
 manos bellas.
sigo sus huellas,
a su rubor
nuerta de amor.
todas ellas.

II.

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA.

Aquel don Juan de parada
Pone para entermecerme
Los ojos como quien duerme.
Cree el muy necio que me agrada.
¡Qué osadía en la mirada!
¡Qué modos tan importunos!
Me voy, me voy; hay algunos
Que, amantes dignos de algunas,
Creen que todas somos unas
Porque ellos todos son unos.

EL GRAN PROTEO.

CXXIII.

EL GRAN PROTEO.

Porque amaste en tres años á tres ho.
¿Te juzgas una infiel? No, vida mía.
El amor se transforma, y no varía;
Un mismo amor puede tener mil nomb.

CXXIV.

LO QUE SE PIENSA AL

I.

Cree la vulgar opinión
Que el alma de un moribundo
Piensa, más que en este mundo
En Dios y en la salvación.
Oye, Leonor, la canción
Que hirió el pensamiento y
Al són del eco sombrío
De mi funeral campana:
—«Cucú, *cantaba la rana,*
Cucú, *debajo del río.*»

II.

Partiste, y del sentimiento
En cama enfermo caí,

MR.

:

,
fo,

ana
,

ida

ado

,
,
nio,

etuc

,

Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado.»—
Y ella prorrumpe:—«¡Es que, el ingrato, ya ama
Al hijo más que á mí!»—

III.

Despues de algunos años la escribía:
—«Espérame. Ya sabes lo que quiero:
Mucho orden, mucha paz y economía.
¿Estás? Yo soy así.
Cierra el coche; me espanta el reumatismo.
Avísale que voy al cocinero.»—
Y ella pensó:—«Se quiere ya á sí mismo
Más que al hijo y que á mí!»—

I.

AMOR.

ra mujer muy bella;
l hado,
y él
artan de ella
e ha derramado
y hiel.

ie entre tanto
unque tardío,
edad,
le llanto,
ño mío,
d!»...

CXXVII.

VENUS SACRATÍSIMA.

Una estatua de Venus Citerea
Vió un Abad en un huerto abandonado;
La vistió, y con fervor
Llevándosela al templo de una aldea,
Transformó aquella afrenta del pasado
En virgen del pudor.

¡Grande impiedad! La Diosa que en Oriente
Se hace adorar porque al desnudo ostenta
Su hermosura carnal,
Cubierta con un velo, en Occidente
Encantando á los fieles, representa
La belleza moral!

rios de la fe que ignoro!
contemplar sin velo,
ideal lo real.
espués con seda y oro,
del Olimpo al Cielo,
lo real ideal.

CXXVIII.

UNA CITA EN EL CIELO.

—«En la noche del día de mi santo»
(A Londres me escribiste)
«Mira la estrella que miramos tanto
La noche en que partiste.»—

Pasó la noche de aquel día, y luego
Me escribiste exaltada:
—«Uní en la estrella á tu mirar de fuego
Mi amorosa mirada.»—

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,
Con harta pena mía, .
No pude ver nuestra querida estrella...
Porque en Londres llovía.

—

AS.

iano
a m
nbe
resa

ma
fres
o al
i ro

.

CXXX.

EL GRAN FESTÍN

I.

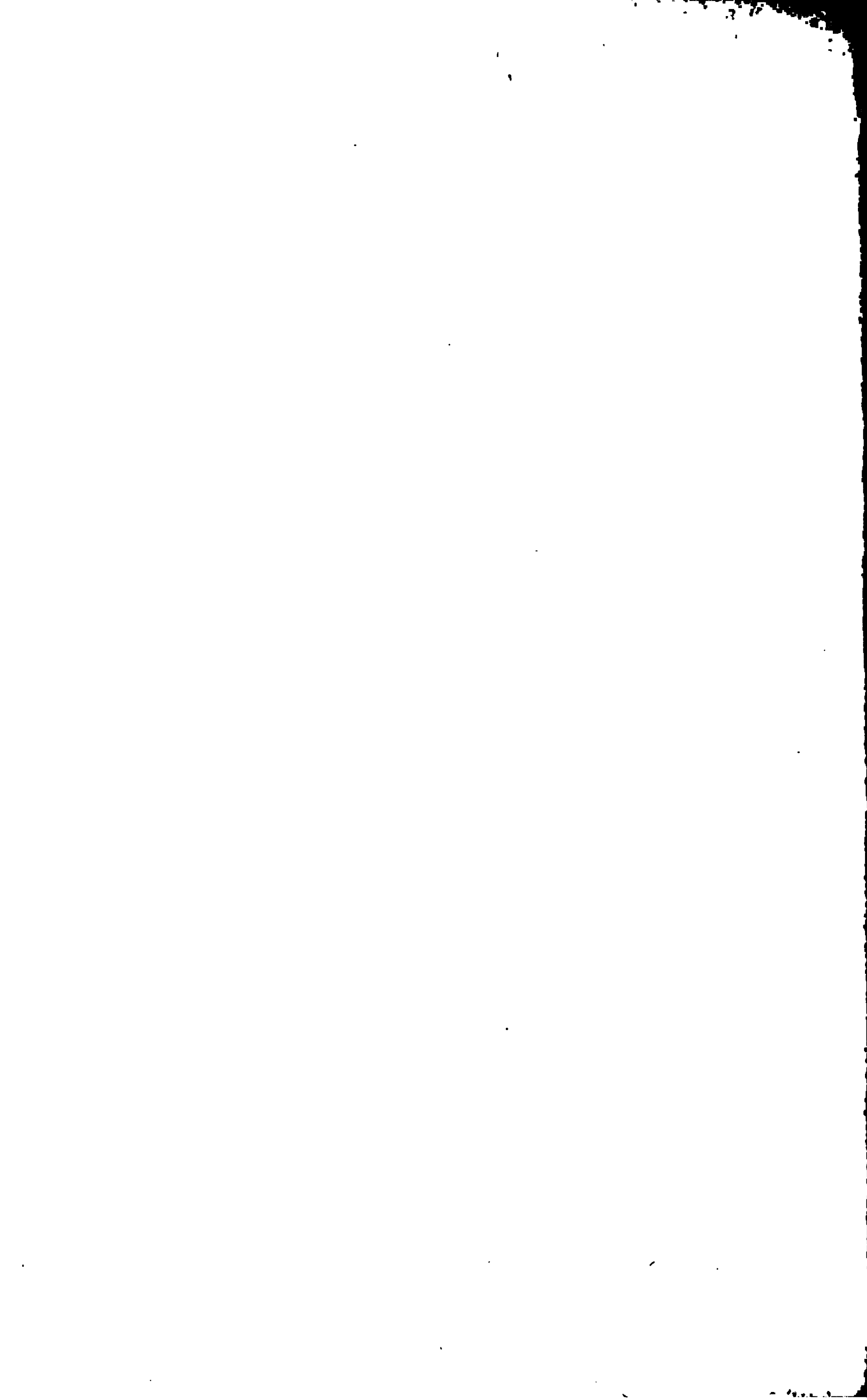
De un junco desprendido, á una corriente
Un gusano cayó;
Y una trucha, saltando de repente,
Voraz se lo tragó.
Un martín-pescador cogió á la trucha
Con carnívoro afán;
Y al pájaro después, tras fiera lucha,
Lo apresó un gavilán.
Vengando esta cruel carnicería,
Un diestro cazador
Dió un tiro al gavilán, que se comía
Al martín-pescador.
Pero ¡ay! al cazador desventurado
Que al gavilán hirió,

cencia, y en vedado,
arda lo mató.
os gusanos dará vida
uerto la hediondez,
rueda concluída,
ezar otra vez.

II.

Y la dicha? Los nacidos,
in de tener más fin
omedores y comidos
iverso en el atroz festín?...

LA CUARTA ÉPOCA.



DOLORAS.

CXXXI.

LA LEY DEL HAMBRE.

Corre la madre al motín,
Adonde el rencor la llama,
Dejando un niño en la cama
Bello como un serafín;

Niño que al ver junto al lecho
De una Virgen el retrato,
Que da alegre y sin recato
A un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí
Ansioso á la Virgen toca
en los pechos y en la boca,
como diciendo: «¡á mí, á mí!»

Pero, aunque con vivo anhelo
El niño el pecho pedía,
La Virgen se sonreía
Más impasible que el cielo.

Y mientras la madre hiere
Gritando: «¡muera el tirano!»
Y hambrienta y puñal en mano
Lucha y lucha, y mata y muere,

El niño, exánime y yerto,
Hunde el dedo en el papel,
Gime airado, tira de él,
Rasga el cuadro, y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos
Del hambre la dura ley,
Ella, inicua, mata al Rey,
Y él, impío, rasga á Dios!

CXXXII.

¿O QUE ES EL OLIMPO.

¿O?—Para el niño un juego
 de juegos y flores.—
 ¿O?—Lupanar de amores,
 el Elíseo griego.—
 ¿O?—Para el hombre ciego
 glorias y de honores;
 en sus dolores
 de paz y de sosiego.—
 ¿O?—¿en qué convierte
 la plérida morada?—
 ¿O?—¿es menos que la muerte.
 ¿O?—¿y la vejez helada
 el Olimpo de esta suerte
 ¿O?—*en paz, en nada!*

CXXXIII.

LOS TRES GUARDAPELOS.

I.

La madre de mi amor, que está en el cielo,
Cuando era niño aún, como un tesoro
Llevaba en un hermoso guardapelo
Cabellos míos del color del oro.

II.

Otra mujer, que con el alma toda
Me quiere, tan leäl como hechicera,
Aun guarda desde el día de mi boda
Un rizo de mi obscura cabellera.

PAPELOS.

horror al frío,
beza el hielo,
io,
apelo!

—

.

CXXXIV.

VIAJE REDONDO.

I.

Á LA IDA.

Parte el buque, y lo bate inútilmente
La tempestad. ¿Por qué?
Porque al ir, la tormenta es impotente
Contra el genio y la fe.

Sobre el buque los pájaros cayeron
Cansados de sufrir.
Los hombres, sin piedad, se los comieron;
Salió el sol, y ¡á vivir!

¡Qué hermoso es el principio de la vida!
¡sentir, creer, triunfar!
¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida
Un festín sobre el mar!

II.

Á LA VUELTA.

alta, á resistir alcanza
petus del mar.
, sin fe, sin esperanza,
til luchar!

el buque haciendo naves,
ando otro festín,
ctitud vieron las aves
fragio hasta el fin;

las después lo que antes vieron, .
¡ hambre voraz
¡ hombres se comieron...
o quedó en paz!

CXXXV.

CABALLOS Y CABALLEROS.

I.

Cercado un francés quedó,
Pero, escapando ligero
El caballo, al caballero
De los prusianos salvó.
De éstos el corcel huyó
Con tanto ardor y constancia,
Que el francés con arrogancia,
Después que pasó el rastrillo,
Desde su propio castillo
Libre gritó:—¡Viva Francia!—

II.

Sitiado por hambre, y fiero
Destrozándolo á sablazos,

adazos

ro.

imero

spués?—

is

e callo

aballo

CXXXVI.

LA INSURRECCIÓN DEL AGUA.

Una fuente de un valle en Santa Elena
Ve correr Napoleón,
Cierta día de invierno en que la pena
Le atrófia el corazón.

—«Como yo—murmuró—que impenitente
Caeré en el ataúd,
Aspirando á ser mar vive esta fuente
En perpetua inquietud.»—

Y una pobre aguadora que le oía,
Contestó á Napoleón:
—«El agua con su eterna rebeldía
Huye de la opresión.

io, señor, el agua de las fuentes
Tranquila podrá estar,
arrastrar, en tierra las pendientes,
Los vientos en el mar?»—

ando un frío que le llega al alma,
dice el héroe:—«Es verdad:
ando el agua en su nivel la calma,
Busca la libertad.

surrección del agua de esta fuente
No se podrá calmar
que halle cabida suficiente
En la extensión del mar.

os diques que alzó mi tiranía
He faltado al deber,
io, en vez del orden, la anarquía
Mi omnímodo poder.

fi! Pese á mi nombre, no es la historia
Una vieja locuaz,
do dice que el mundo, antes que gloria,
Pide á los dioses paz.»—

ninó diciendo:—«En el planeta,
La loca humanidad,
esa agua que corre, estará quieta
Cuando esté en libertad.»—

¡Y al pensar que ha llev
Al mundo su po
Con la cara más lívida
Mira el agua cor

CXXXVII.

LA FE DE LAS MUJERES.

Cierto monte por su altura
No dejaba ver el mar
Desde la casa del cura
De un lugar.

Para ampliar el horizonte,
Con un cuento baladí
Trasportó el cura aquel monte.
—¿Cómo?—Así:

—«A las que una piedra—dijo—
Lleven de aquel monte, Dios
Les dará á algunas un hijo,
Y á otras dos.»—

Hubo mujer diligente
Que se llevó de una vez,
No una piedra solamente,
Sino diez.

Con fe rubias y morenas
Fueron al monte á buscar
Más hijos-piedras que arenas
Tiene el mar.

Despojando grano á grano
Las niñas el monte aquel,
Lo pusieron con el llano
A un nivel.

Perdió así el monte su altura,
Y al fin vino á resultar
Que desde casa del cura
Se vió el mar.

¡Como cree con las entrañas
Toda mujer, cuando cree,
Trasporta hasta las montañas
Con la fe!

CXXXVIII.

EL SOL PERDIDO.

I.

¡cuya hija fué la muerte
la cuna á arrancar,
o, á la madre de esta suerte
quiere consolar:

é inmenso dolor! ¡esas estrellas
e ves resplandecer,
an á un sol más grande que ellas
e se ha apagado ayer!

ijos y padres sin consuelo
orán muerto quizás
que se perdió en el cielo
a siempre jamás'» —

II.

Mirando con desprecio al
Mientras el padre
—«¿Qué le importa tu cien
La madre replicó:-

Si hoy falta en el espacio
El pálido arrebol,
La cuna de tu hija está sin
Como el cielo sin

No hay locura mayor que
De querer compar
Un sol con aquel sér cuya
Al cielo fué á aleg

¡Ha muerto un sol, mas de
Al invencible imár
En el espacio azul, al paso
Mil soles brotarán.

¡Ay! ¡desde el día en que s
Quedaron sin color
No habrá sol que á los tuy
Les devuelva el cal

EL SOL PERDIDO.

« Vacía nos condena
« rpa soledad!... »—
« muró con honda pena:
« s verdad! ; Es verdad! »—

III.

« lo los padres sin fortuna
« emencia de Dios,
« , cayendo ante la cuna
« dillas los dos!

FIN DE LA QUINTA ÉPOCA.

•

.

CANTARES.

SEXTA PARTE.

CANTARES.

AMOROSOS.

1.

La amo tanto, á mi pesar,
Que, aunque yo vuelva á nacer,
La he de volver á querer
Aunque me vuelva á matar.

2.

Desde que perdí el encanto
De mi primera pasión,
No he entrado en mi corazón
Por no morirme de espanto.

3.

No esperes que una mudanza
Me dé la tranquilidad;
Que amo en tí más la esperanza,
Que en otras la realidad.

4.

Si hago al juicio una llamada,
Me responde el corazón
Que si hay juicio no hay pasión,
Y si no hay pasión no hay nada.

5.

Como no vives tú en mí,
Vivo en tí, mas no contigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo sólo en tí.

6.

Está tu imagen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.

7.

Perdí media vida mía
Por cierto placer fatal,
Y la otra media daría
Por otro placer igual.

8.

Más cerca de mí te siento
Cuanto más huyo de tí,
Pues tu imagen es en mí
Sombra de mi pensamiento.

9.

Sueño ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro,
Y cuando sueño te veo.

10.

Prometo que te he de amar,
Pero me has de prometer
Que sólo me has de engañar
Si me dejas de querer.

11.

Tu bien es mi gran contento,
Tu mal mi mayor sufrir,
Pues siento más tu sentir
Que lo que yo mismo siento.

12.

¡Qué razón tiene mi amor
Cuando te jura y rejura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor!

13.

¿Quién, niña, se te figura
Que amará con más verdad,
Mis sentidos tu hermosura,
O el corazón tu bondad?

14.

Cuantos te han tratado y tratan,
En tu amor aprender suelen,
Todos, las penas que duelen,
Yo, los dolores que matan.

15.

Aunque esté muerto de cierto,
En nombre suyo llamadme;
Si no respondo, enterradme,
Porque de cierto estoy muerto.

16.

Marcho á la luz de la luna
De su sombra tan en pos,
Que no hacen más sombra que una,
Siendo nuestros cuerpos dos.

17.

Me causas tanto pesar,
Que he llegado á presumir
Que mucho me debe amar
Quien tanto me hace sufrir.

18.

Todos pagan la traición
Con el odio y el puñal;
Yo te pagué el mismo mal
Con el amor y el perdón.

19.

Si indócil á mis consejos,
Vas de mi cariño á huir,
Yo me voy mucho más lejos,
Porque me voy á morir.

20.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

21.

Dios, que nos crió á los dos,
Podrá hacer que yo me muera;
Pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

22.

Un día á Richmond subí,
¡Y cuán bello lo hallaría,
Que, perdóname, aquel día
Fuí feliz hasta sin tí!

23.

Las malas son esas penas
Que sin matar nos maltratan;
Las que de un golpe nos matan,
¡Esas sí que son las buenas!

24.

Ten paciencia, corazón;
Que es mejor, á lo que veo,
Deseo sin posesión,
Que posesión sin deseo.

25.

Así, en inútil porfía,
Pasa esta vida traidora:
Yo pidiéndote que *ahora*,
Tú diciendo que *otro día*.

26.

Aun dí poco por tu amor,
Aunque por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

27.

Vengo á pedirte perdón;
No puedo luchar contigo,
Pues mi mayor enemigo
Es mi mismo corazón.

28.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
Dos veces fatal mi historia,
Me arrebatas la ventura
Dejándome la memoria?

29.

Para pintarte, querida,
Mi existencia de una vez,
Lee el resumen de mi vida:
—Una tarde en Aranjuez.—

30.

Absorto en tí mi deseo,
Tan sólo en tu amor creí;
Pero ahora en nada creo,
Desde que no creo en tí.

31.

Si en tu gracia he de creer,
Quiero tus gracias mirar,
Pues mal te podré aprender
Si no te puedo estudiar.

32.

Ir hacia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no *vine*, *ví* y *vencí*;
Yo vine, ví, y me venció.

33.

Es tanta mi ceguedad,
Que te amo, aunque estoy seguro
Que con amarte aventuro
Mi dicha en la eternidad.

34.

Tú presumes, y no es cierto,
Que yo te oculto una cosa;
Y sólo te oculto, hermosa,
El llanto que por tí vierto.

35.

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

36.

Vuélvemelo hoy á decir,
Pues, embelesado, ayer
Te escuchaba sin oír,
Y te miraba sin ver.

37.

En la fiesta de San Blas
Reíste tanto con él,
Que desde entonces ¡infel!
No he vuelto á reír jamás.

38.

Mientras bebí descuidado
El filtro de sus amores,
Me mató, cual los traidores,
Al descuido con cuidado.

39.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
—Sólo por verla, nacer;
Después de verla, morir.—

40.

¡Pérfida! te odio; mas creo
Que al mismo tiempo te adoro,
Pues maldigo, si te veo,
Y si no te veo, lloro.

41.

Tras tí cruzar un bulto
Ví por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.

¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

42.

Que es matarme, confieso,
El olvidarme:
Aborreceme, que eso
Ya es recordarme.

Por Dios te pido
Que me entregues al odio,
Mas no al olvido.

EPIGRAMATICOS.

I.

Que me vendiste se cuenta,
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.

2.

Que es corto sastre, preveo,
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

3.

Siempre se rinde mejor
La fuerza de tu conciencia
A un grano de violencia
Que á cien quintales de amor.

4.

Porque esté más escondido,
De tal modo te lo cuento,
Que entre mi boca y tu oído
No quiero que esté ni el viento.

5.

El mismo amor ellas tienen
Que la muerte á quien las ama;
Vienen si no se las llama,
Si se las llama, no vienen.

6.

Sin antifaz te veía,
Y una vez con él te ví;
Sin él no te conocía,
Mas con él te conocí.

7.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

8.

A un mármol Pigmalión
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

9.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
Ó tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

10.

Por mucho que el tren corría,
Corre tanto un «yo te adoro,»
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

11.

¡Qué bien supiste aprender
Lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
Ser la mentira un deber!

12.

¡Que no me con
Juró por no sé que
¿Cómo me ha de c
Si yo la conozco t

13.

Mira que ya el r
Que, al mirarnos c
Tú te pones color
Yo pálido cual la i

14.

Cuando pasas p
Sin tenderme una
¿No te acuerdas de
Ó te acuerdas derr

15.

Aunque al salir
Quedé más muerto
Verás, por ésta qu
Que, con efecto, n

16.

Levanta ese rostro inquieto
Y el mirarme no te asombre;
Que, aunque agraviado, soy hombre
Que muero con mi secreto.

17.

Yo no soy como aquel santo
Que dió media capa á un pobre;
Ten de mi amor todo el manto,
Y si te sobra, que sobre.

18.

Es el amor un galán
Que ni hambre ni hartura quiere,
Pues lo mata el mucho pan,
Y con poco pan se muere.

19.

Con desdén me has molestado,
Y hoy con celos me molestas,
Y más bostezos me cuestas
Que suspiros me has costado.

20.

No engañarías, ¡
Su fe con tan buer
Si este, y aquel, y
Supieran lo que yc

21.

Cual vil cazador
La cazadora á quie
Se esconde, saca e
Va la perdiz, y la i

22.

Testigo de etern
Le dí una flor á m.
Mi suerte fué que l
Tan sólo duró un l

23.

Quisiera al jardín
De tu cariñoso am
Si se pudiera coge
Dos veces la misma

24.

Pues yo la perdiz anheló,
El mochuelo es para tí;
¿ bien para tí el mochuelo,
¿ la perdiz para mí.

25.

Como en la iglesia te ví
Después de lo de la fiesta,
Me santigüé y prorrumpí:
—¿Quién dirá que aquélla es ésta?—

26.

Sin saber decir por qué es,
Para los malos amantes,
Todas son discretas antes,
¿ todas tontas después.

27.

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
—¿No habrá otro túnel, gran Dios!—

28.

Lo recuerdo de tal modo,
Que aun creo que estoy mirando
Cómo fuiste colocando
Mano, pie, cabeza y todo.

29.

Cuando cobrar una de uno
Quiere prenda que aun no dió,
Esa una vendió á alguno
Lo que alguno no pagó.

30.

Ya sé que aunque perdí en ello,
He perdido tu amistad,
Desde que hablando de aquello,
Te dije aquella verdad.

31.

Por más que sobre árbol bueno
Otro mejor he ingertado,
Nunca hay fruta en mi cercado
Como en el cercado ajeno.

32.

No hay quien en suerte te venza,
Pues aun cree la multitud
Que es pudor de tu virtud
El rubor de tu vergüenza.

33.

En vano al pie de un retablo
Le juras á Dios ser fiel;
Después que fuiste de aquél,
Sólo puedes ser del diablo.

34.

De noche, solo y á pie,
Voy á tu lado, me acuesto,
Me vuelvo, y nadie me ve...
Todo en sueños, por supuesto.

35.

Casi te lo agradecí
Cuando el engaño toqué,
Pues si loco me acosté,
Filósofo amanecí.

36.

Loca por mí te figura
Mas ya ven los que te a
Que nunca haces más lo
Que aquellas que te divi

37.

No inquieras con tal c
Si soy ó no soy leal;
Que toda dicha cabal
Nace de alguna ignoran

38.

Te pintaré en un cant
La rueda de la existenci
Pecar, hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empez

39.

¡Cuántos deseos cauti
Te manda mi corazón
Velados en la expresión
De estos puntos suspens

40.

Entonces, con el deseo,
Sin mirarte te veía;
Pasó algún tiempo; y hoy día,
Si te miro, no te veo.

41.

Diciéndolo, no diré
Lo que aquel pinar esconde;
Allí, ya recuerdas dónde,
Nos pasó, ya sabes qué.

42.

Pensando que he de morir
A tal desventura llego,
Que como un muerto me entrego
A la dicha de vivir.

43.

Si es fácil una hermosa,
Voy y la dejo;
Si es difícil la cosa,
También me alejo.
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

FILOSÓFICO-MORALES.

I.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde
Que la siento no sé dónde
Y nace de no sé qué.

2.

Fuí un día á la ciudad,
Y me volví al otro día,
Pues mi mejor compañía
Es la mayor soledad.

3.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

4.

Dejándome en paz sufrir,
Puedes, ventura, pasar,
Pues como te has de marchar,
No gozo en verte venir.

5.

Cuando las penas ajenas
Mido por las penas mías,
¡Quién me diera á mí sus penas
Para hacer mis alegrías!

6.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero supiera.

7.

Decía yo, de amor loco:
—¡Penar tan poco por tanto!—
Y dije, al perder mi encanto:
—¡Penar tanto por tan poco!—

8.

Con tantos pesares lidia
Mi corazón en el mundo,
Que cuando ve á un moribundo,
Casi se muere de envidia.

9.

¡Qué divagar infinito
Es este en que el hombre vive,
Que siente, piensa y escribe,
Y luégo borra lo escrito!

10.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

11.

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
—Unos estamos por poco
Y otros por poco no están.—

12.

Tanto suelen mi sufrir
Las desdichas apurar,
Que á veces me echo á reir
Por no poderlas llorar.

13.

Corro de aquí para allí
Sin que halle mi afán parada,
Y no es porque busco nada,
Es que ando huyendo de mí.

14.

Tenga penas ó contento,
Me nacen á manos llenas,
Por cada placer cien penas,
Por cada pena otras ciento.

15.

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste, se para,
Y si soy dichoso, vuela.

16.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

17.

¡Cómo cansan, cómo cansan
Las horas que van pasando,
Y el no descansar, pensando
Cómo los demás descansan!

18.

Pasa un día, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pasa un día,
Sino que no pasen dos.

19.

Mi deseo es desear,
Más que alcanzar lo que quiero,
Y mejor que lo que espero,
Lo que quiero es esperar.

20.

Cuando más desesperado
Voy del cielo á maldecir...
¡Bendigo á Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

21.

Con más fe se soportara
La vida, si se pudiera
Llorar cuando se anhelara,
Morir cuando se quisiera.

22.

Ya lo gozado y sufrido
Se ha pasado, y claro está
Que si pasó lo venido,
Lo que venga pasará.

23.

Si ayer tropecé bastante,
Hoy tropiezo mucho más;
Antes, mirando adelante,
Después, mirando hacia atrás.

24.

La tumba es al lecho
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme
Y en otra se duerme bi

25.

Sufro poco, al record
Que ha de acabar mi su
Ni gozo cuando, al gozo
Recuerdo que he de me

26.

Si, como se sabe ya,
El que *espera desespera*
Quien, como yo, nada e
¡Cuál se desesperará!

27.

Si entre no haber sido
Hubiera el hombre eleg
Claro es que hubiera es
El no poder escoger.

28.

Del mundo entré en el bazar;
Mas ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

29.

Tengo un consuelo fatal
En medio de mi dolor,
Y es, que hallándome tan mal,
Nunca podré estar peor.

30.

Nunca he podido olvidar
Lo que me dijo al partir:
—Tú piensa para decir,
Mas no hables para pensar.—

31.

Tarde ví lo inútil que es
Dar gusto á nuestra esperanza,
Pues cuando una cosa alcanza,
Quiere otra cosa después.

32.

Con permiso del
Dudo cuál será may
Si aquel dolor del i
Ó este infierno de c

33.

Ya ni por saber t
Que es este mundo
Quien sabe por qué
Ya sabrá por qué n

34.

Yo no siento que
Me abrume cada ve
Lo que siento es q
No llega á tiempo

35.

La dicha es una
Pues se puede, en
Una tragedia escrib
Del más feliz coraz

36.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mía,
Pues lo alegre me da pena,
Y lo que es triste alegría.

37.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazón,
Pues traes en la ilusión
Envuelto el remordimiento.

38.

Dáme la vida, ¡oh dolor!
Compañero eterno mío,
Pues si no fuera tu amor,
Ya hubiera muerto de hastío.

39.

Después que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

40.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración
Que, aun con el placer, nos duele.

41.

Mucho sabría, en verdad,
Si supiera la razón
Dónde acaba la ilusión
Y empieza la realidad.

42.

¡Infeliz del que en la tierra
Las ilusiones perdió,
Y está además, como yo,
Con sus recuerdos en guerra!

43.

Llaman vida á ir de esta suerte,
Hasta que el cuerpo sucumba,
En agonías sin muerte,
Y en una muerte sin tumba.

44.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

45.

Cuando con fe inextinguible
Pretendas dichoso ser,
Lo primero que has de hacer,
Es discutir *si es posible*.

46.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo menos.

47.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
—¡Consuelo mío!—

¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel Consuelo!

48.

Te enseñó, pues quisiste,
Toda su ciencia,
¿Y hoy le preguntas ¡triste!
Por tu inocencia?

¿Cómo ¡imprudente!
Querías, siendo sabia,
Ser inocente?

NOTAS.

ADVERTENCIAS SOBRE LAS NOTAS.

La estimación por el poeta, el amor al arte, la novedad del género, las vivas controversias que ha suscitado, y otros motivos, han sido causa de que nos decidiésemos á tomar la pluma para poner notas críticas á la presente colección; método, á nuestro juicio, tan útil y oportuno en este caso, como una disertación dogmático-crítica, que no sería más que una de tantas, inferior, sin duda, en mérito á las publicadas hasta el día, y mucho más á la de mi excelente amigo Aguilera, tan competente en esta materia, y con que va encabezado el libro.

Las dificultades habidas en el desempeño fueron mayores de lo que en un principio pudimos figurarnos. Seducidos por el ejemplo del ilustre Quintana, no alcanzamos al pronto la diferencia que hay entre juzgar cincuenta y seis poetas de índole, estudios y tendencias tan diversas, eslabonados en el largo período de cuatro siglos, y anotar á éste, de carácter ceñido y concreto, en una sola de sus manifestaciones. De aquí lo laborioso del juicio, la monotonía y las repeticiones enfadosas á cada paso, que impiden toda variedad; razón por

la cual, si hubiéramos de perfeccionar este trabajo, no acabaríamos ni quedaríamos nunca satisfechos, y más tratándose de un escritor que tanto refleja su tiempo, pues en él están encarnados el realismo y el escepticismo de la época, el espiritualismo cristiano y el panteísmo moderno, la fe y la duda, el pesar y la alegría, la exaltación y el abatimiento.

Como la dolora, lleve ó no tal nombre, si bien alguno ha de tener, y nadie más respetable que su autor para ponerle, es realmente un género nuevo, sin filiación bien notoria en nuestra literatura patria, pareciéndonos oportuno, con las citadas notas, tratar de escudarle contra todo extravío en que pudieran dar los imitadores, exagerando los pecados veniales de que adolece, sin desarrollar sus bellezas, como ha sucedido con Góngora.

El lector no debe considerarlas como un trabajo completo hasta en sus detalles; no ha sido, ni debía ser, este tal propósito; porque, de serlo, pecaríamos de enfadosos y pesados, partiendo del supuesto de una ignorancia completa en el que leyere. Queda, por lo tanto, que estudiar bastante sobre el mérito de la rima, la variedad de la combinación de metros y de estrofas, la belleza de la versificación, el uso de tropos y figuras, la corrección del estilo; en general, la filiación de algunas doloras con otras en que á veces se sigue un pensamiento fijo, hasta agotarle bajo puntos de vista diversos en composiciones sucesivas.

Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio,

y sus cuadros tienen una terminación feliz y bien graduada; el estilo es á menudo más nervioso que flúido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen, en cambio, por el brío y por la sentencia.

Confesamos, en fin, haber dicho poco sobre el arte de componer y presentar sus asuntos, porque es una de las cosas que más le caracterizan, puesto que tiene una *manera propia*, verdadera causa de dificultad para imitarle, y en que se correrá riesgo de seguirle, haciéndolo sin el estudio ni la meditación conveniente. Queda también otra cuestión, que nace de la lectura de las doloras: la de saber si el octosílabo es su mejor forma de expresión popular, y del género que el endecasílabo, como lo parece indicar la insistencia del poeta en el uso del metro corto.

Puntos son todos estos que, perteneciendo más á la belleza extrínseca ó plástica que á la intrínseca ó filosófica, puede el lector examinar por sí con poco esfuerzo; y el no consignarlos con minuciosidad descarga la crítica de una muchedumbre de observaciones que, á la altura que ha llegado hoy la educación, parecerían impertinentes y acaso pueriles.

En la elección de las doloras escogidas para ser anotadas no ha habido un rigor extremado; se han incluido algunas doloras más de lo que quizá se debiera, porque esto ofrece ventajas al estudio y á la comparación, pues señalados el mérito de las unas y las imperfecciones de las otras, se ve con más relieve el contraste, y la enseñanza puede ser eficaz y práctica.

Nada más tengo que decir de un trabajo delicado y espino-

so, que estoy seguro no satisfará
ánimo, puesto que he tenido pi
viene y no á la generación que p
tudio el pequeño caudal de mis e
del árbol de la experiencia, adqu
la vida, los placeres del estudio
años.

Madrid 31 de Mayo de 1864.

DOLORA I.—*Cosas de la edad.*

Damos comienzo por esta dolora, una de las primeras que han salido de la pluma del autor. En ella están contenidas en embrión muchas de las calidades que, andando los años, desplegó el poeta. Su *manera* de componer, la forma dramática, la intención social y filosófica, la abundancia de refranes y sentencias como tesis y como conclusiones de sus poesías, la estructura y distribución ordenada por parte de sus cuadros, la pintura real de los caracteres, la abundancia, variedad y riqueza de situaciones que escoge para sus asuntos, como se irá viendo, todo está aquí de un modo latente.

En esta composición, un argumento sencillo y un pensamiento trascendental se unen á un desempeño fácil y de efecto seguro. El interés del diálogo nace del contraste de dos edades tan difíciles de comprenderse. Los raciocinios de la abuela son concluyentes; sin embargo, la nieta no se enmienda; contesta, y al contestar es el intérprete de toda la posteridad, que será, como ha sido en este caso, incorregible; de aquí parte el poderoso resorte de la dolora, que da la clave de la historia de la vida. ¡Cómo habla la cabeza y cómo responde el corazón! El tema está bien planteado y queda sin resolver, porque no tiene solución posible en esta situación en que cada uno obedece al influjo de su edad, probando la abuela y la niña que la generación que pasa es y será siempre un problema para la generación que viene. El contraste que resulta de las edades respectivas y de las situaciones y profesiones de la vida es, como tendrá ocasión de ir notando el lector, uno de los buenos recursos del poeta para el artificio y éxito de sus composiciones.

Esta dolora, como otras muchas, permite que puedan ser representadas con feliz éxito, siempre que se hallen intérpretes que comprendan bien al autor, lo cual no sería uno de los entretenimientos menos agradables en las largas veladas del

invierno. Podrá hallarse la niña maliciosa que quiera hacer su papel; pero ¿se encontrará con tanta facilidad la abuela desengañada que quiera encargarse del suyo?

II.—*Glorias de la vida.*

Esta dolora es digna de un pincel. El cuadro es sobrio, completo y acabado en todos sus detalles; la ejecución esmerada, fácil y correcta. El poeta, triste y desesperado, arroja al fuego las cartas de sus novias, y aquellos dulces rasgos de amor vuelan en pavesas al impulso de la devoradora llama. Ocúrresele entonces que *¿humo las glorias de la vida son!* El pensamiento es poético, de gran melancolía y de un carácter general, porque es la faz dominante de nuestra naturaleza en cierta época de la vida; por eso esta dolora vivirá siempre, y tendrá una aplicación diaria en las mutuas relaciones de ambos sexos. Una duda, sin embargo, se nos ocurre. ¿Tenía motivos razonables el poeta para quejarse con tanta amargura, siendo él tan fácil en querer á tantas? Creemos que no: por eso vemos aquí un proceso general del amor, más que un caso de desdicha particular, lo cual debilita el concepto y da á la obra un tono satírico contra el bello sexo. El poeta debe tener razón siempre en sus pasiones, y quien ha amado á muchas deja de tenerla. Por esto aseguramos sería de un mérito superior esta poesía si, en vez de muchas, fuesen de una sola las cartas, deduciendo de un desengaño particular que son humo todas las glorias de amor. Hemos insistido en esto, por creerlo importante para la mayor perfección de una obra tan acabada y tan bella como lo es esta dolora.

III.—*Ventajas de la inconstancia.*

Dolora del género de las festivas. Su forma, su composición y hasta la rima le dan fisonomía propia. Muchos moralistas de la literatura han vituperado esta y otras de igual índole. Tienen razón; pero el arte ¿es siempre un sermón? La pintura de la realidad de la vida, ¿no modera? ¿no corrige? Esta dolora, contra las falsas y coquetas, es de una gran enseñanza, pues predica muy alto que debe haber lealtad en los compromisos, porque, de lo contrario, ¡adiós amor! pasión la más bella y noble de nuestro sér. Aquí, como en otras composiciones del mismo género, el poeta parece escéptico, y no obstante, sería aventurado calificarle de tal, teniendo á la vista otros lugares del mismo; y aun cuando otra cosa fuera, ¿sería esto una verdadera contradicción? De ninguna manera; ¿y por qué? Porque el arte abraza todos ó muchos particulares de la vida, de géneros y órdenes diversos, ya armónicos entre sí, ya contradictorios. Pintar el bien y el mal dentro de sus propias condiciones es una ley á que obedece el poeta, á quien en muchos casos no se le puede exigir entera responsabilidad, porque no sabemos si piensa lo que pinta, ó pinta lo que siente. Aquí un tunante engaña á una joven, y viéndose á su vez burlado por ella, se consuela, en desquite, con que la ha faltado antes. Ambos salen castigados, cumpliendo el refrán: *d'un pícaro otro mayor*. ¿No hay aquí enseñanza? Después de leída esta poesía, lo primero que se ocurre es obrar con sinceridad y mucha cautela en un negocio de los más espinosos de la vida, y la dolora es una voz de alerta contra las falsías y la mala fe embozadas. Firma el poeta en su pueblo natal, con lo que nos da también á entender que fechorías de esa índole pasan lo mismo en la ciudad que en el campo, en lo cual anda acertado, pues la humanidad en este caso es igual en todas partes, á pesar de las santidades pastoriles tan celebradas por nuestros mayores.

Permítasenos decir dos palabras sobre el autor del epígrafe, asunto de la composición. Inteligencia clara, fina y cultivada, dedicó los cortos años de su juventud al estudio del derecho, hermanándole en sus ocios con el cultivo de las humanidades y de las bellas artes, en cuyos ramos dejó muestras de sus felices disposiciones, buen ingenio y exquisito gusto. Quizá algún día demos á luz sus poesías, como testimonio de tierno cariño por un hermano tan querido, arrebatado á la vida en 1855, á los treinta y cuatro años de edad. Campoamor le consagra aquí un recuerdo de la amistad que profesó siempre al que había sido desde la infancia su compañero querido por aquellos pueblecillos de Vega, Andés, Piñera, Anleo, Otur y márgenes del río Navia; testigos todos de las primeras é inefables impresiones de ambos, traducidas más tarde en hermosas poesías.

VI.—*Las dos almas.*

Esta composición, tierna y delicada, es de las que pertenecen á los buenos tiempos del autor, en que la lectura, la instrucción y la filosofía no habían dado aún á sus versos una dirección más calculada y razonadora.

VII.—*No hay dicha en la tierra.*

Si no hay dicha de niño, de joven, ni de viejo, ¿dónde la habrá? En la muerte. Véase, pues, la dolura que sigue, de la cual ésta no es más que una premisa. La composición es agradable por la tristeza y la inquietud que reina en toda ella, por

la poética expresión de las tres edades cardinales de la vida, y por los hermosos versos con que termina:

*Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.*

XI.—*Vanidad de la hermosura.*

Cuadro completo y conciso, con arte pensado y con habilidad y sentimiento desempeñado. El realismo de la belleza y del amor no es más que *aire, sombras é ilusiones*. Sin embargo, la interlocutora no comprende esta verdad, y se muestra incrédula, según se colige de sus maliciosas preguntas. ¡Cuán pronto la edad y los desengaños habrán puesto á la pobre Octavia en consonancia con las opiniones del poeta!

XV.—*La compasión.*

Excusado nos parece decir nada sobre el mérito de la composición, que se recomienda por sí sola. El lector gozará con la lectura de esta leyenda, de un desempeño y carácter *arromanzados*, que la hacen muy agradable.

XVIII.—*El concierto de las campanas.*

Este instrumento de la cristiandad, que llama á los fieles á la oración en los templos, y habla siempre en todas las ceremonias alegres ó tristes de la Iglesia, ha servido de tema cons-

tante á la inspiración de los poetas. Campoamor nos da aquí, en forma y ejecución sencillas, llenas de armonía imitativa, una muestra del efecto que produce en su ánimo el eco triste del melancólico tañido de las campanas en dos opuestas situaciones, y que le trae á la memoria el vano afán de las cosas de la vida.

Ésta y *Musicas que pasan*, son doloras de un mérito particular, á que no será ciertamente insensible el lector más frío.

XXII.—*Vaguedad del placer.*

Bajo la hermosa y poética alegoría del arco iris perseguido por unos niños, se describe lo que es la felicidad y todo el cortejo de venturas que soñamos, las cuales, unas veces nos parece que han pasado, y otras que están por venir. Esta poesía es rica por su colorido poético, animada por la narración, dramática por el diálogo, pintoresca por las descripciones y feliz por la conclusión que la resume.

XXV.—*Adiós para siempre.*

Hermosa composición. Modelo de sobriedad, de suavidad y de ternura. Es una de las doloras más perfectas por el conjunto, la ejecución y sencillez del plan. El poeta va á explicar los motivos que tiene para decir *Adiós para siempre* á Carolina, y lo hace con una concisión, verdad y naturalidad que encanta, envolviendo al mismo tiempo una delicada lisonja á Carolina en los dos primeros versos del segundo cuarteto.

Un adiós con más belleza poética expresado, de seguro que no lo habrá oído ninguna Carolina, ni llevado consigo á su partida una impresión más grata.

XXXI.—*Porvenir de las almas.*

El consuelo que el poeta procura á su hermana por la muerte de su hija es natural, nace del fondo mismo de las creencias religiosas, se desenvuelve y termina con sencillez y sin artificios extraños y no adecuados. *Morir es resucitar*: he aquí la tesis cristiana; y como una niña resucita para la bienaventuranza eterna, he aquí su felicidad y el consuelo para la afligida madre. Nótese los razonamientos que emplea el poeta para convencer, y se verá con qué naturalidad están hechos. No quisiéramos, sin embargo, ver en la penúltima estrofa un pensamiento que debilita la base de la dolora, pues implica duda y hasta contradicción, toda vez que la poesía estriba en el fundamento de la fe.

Si esta composición en su pensamiento y en el arreglo del plan es buena, no nos parece igual en la pureza del desempeño. Hay a'gunos versos duros, como el primero, y demasiadas asonancias y consonancias en *eo* y en *ia*, que siempre deben evitarse en cortas composiciones.

XXXV.—*La dicha es la muerte.*

Pertenece esta dolora á uno de los móviles más pronunciados en el autor, muy dado á tratar y resolver estas tesis filosóficas, que han sido y serán el eje sobre que giren las ideas y los sentimientos de la humanidad y del individuo. El poeta afirma resuelto, que la dicha es la muerte; ¿y por qué? Porque se ha dirigido á diversas clases y edades, y todas á la vez le responden con acento de dolor, que el sufrimiento es la condición ineludible de sus respectivos estados. De aquí deduce que no hay dicha en la vida, y que es preciso atravesar el

triste pórtico de la tumba para alcanzar en otras mansiones de eterna bienandanza la ventura que se niega á los mortales en esta región de penas y desolaciones.

Esta composición, como se ve, es altamente espiritual y cristiana; afirma en la creencia de la inmortalidad del alma, y en que las penas y sufrimientos de este mundo servirán de expiación para alcanzar la dicha en la otra vida, que es lo que piadosamente debemos pensar de nuestros hermanos. Aparte de lo dicho y de la vigorosa dialéctica empleada por el poeta, tememos que predique en vano, pues dudamos que los magnates, los ancianos, las hermosas, ni nadie, crea que la dicha es la muerte. ¡Tan poderoso es el sentimiento de la vida! Y sin embargo, no por eso será menos cierto el tema.

Más bella por la idea y el arreglo de su plan que por la riqueza de su poesía, tiene, sin embargo, esta dolora una de las supremas condiciones del arte, la melancolía; por eso simpatizaremos todos siempre, á su lectura, con aquel Judío errante de la felicidad, que va por todas partes *preso de infernal batalla*.

XXXVI.—*La opinión.*

La concreción más posible de una idea, la reducción más completa de un pensamiento y el menor desarrollo alcanzado en el plan y dimensiones de la obra, son facultades en que campea y de que hace alarde este poeta, en un tiempo en que la poesía tiende y es con frecuencia exuberante y gárrula hasta el fastidio. En el arte todos los extremos son vituperables, si bien es preferible la extremada concisión á la dilución fatigante de la obra. El asunto de ésta es difícil y vago; tema de disertaciones y diatribas en pro ó en contra; ha sido y es un palenque donde combaten plumas hábiles. ¿Qué es, sin embargo, la opinión en el hecho más natural de la vida? ¿Es la

uniformidad del juicio? No; pues entonces no hay singular para esta palabra. Sabemos cómo el poeta piensa en este asunto, cuando nos ha afirmado resueltamente en una dolencia que la dicha es la muerte. Ahora vamos á ver qué piensa la generalidad sobre la misma cuestión. Una niña se muere y la llevan á enterrar. A su paso por delante de las gentes, cada uno exclama de diverso modo, pero perfectamente adecuado. ¿Qué se deduce al fin? Que la opinión no puede ser una, sino la resultante de las variadísimas condiciones de la vida, de la edad, del sexo, de la educación, de las profesiones, etc. Conclusión veraz, y que nos conduce como por la mano de lo particular á lo general, para saber lo que es la opinión según los tiempos, las personas y las circunstancias.

¿Nos atreveríamos á indicar que, á pesar del mérito de esta composición, aun dado el género, se echa de menos la armonía rítmica, que tanto poder tiene siempre sobre nuestra organización.

XXXVII.—*¿Quién supiera escribir!*

Composición bien sentida, diálogo animado con reticencias maliciosas y llenas de gracia. Aunque el protagonista es una mujer vulgar, que ni aun sabe escribir, nótese la conveniencia del lenguaje, que no se aparta de la naturalidad, aun en medio de una pasión ardiente al par que tierna. Nótese también cómo circula el fuego por toda ella, y cómo desde la estrofa octava, parte creciendo en ardor, en violencia y en colorido. Al leer esta y otras composiciones del autor se advierte pronto un sagaz conocimiento del corazón y sus flaquezas, como también el arte muy meditado de saberlas exponer con verdad y sencillez. La elección del amanuense, sobre ser natural para una aldeana, está bien calculada, por cuanto suministra grandes medios de contraste y hace posible el desempeño

del asunto; posible en lo que cabe, pues no acertando á ser el rápido ni exacto intérprete de aquel corazón apasionado, prorrumpe la hermosa aldeana en la preciosa arenga de lo que hubiera de poner si supiera escribir.

XXXVIII.—*Amar al vuelo.*

¿Qué diremos del arte y desempeño de esta composición? ¿Qué armonía, qué versificación tan fácil, tan ligera y enca-
denada desde el principio al fin! Nos parece difícil hacer más en rima libre, sin sujeción á ley alguna, más que la del tacto y el buen gusto. El carácter de la dolora es adecuado al de la edad de la niña, y de aquí su recíproca consonancia y cadencia. Recomendamos el estudio de estas irregulares estrofas, que tan buen efecto producen en el oído, y que tienen la ventaja de no caer en el martilleo ó monotonía á que propenden las regulares y compasadas.

Del fondo de esta composición no podemos decir otro tanto. Hay una gran amargura bajo apariencias dulces, y abundan las sentencias veraces y desoladoras, producto del desencanto que trae consigo la edad, y que viene á parar á esta terrible conclusión: *el amor no existe*. Verdad es que, penetrando un poco en el sentido íntimo, asoma la influencia de cierto panteísmo, que podremos llamar amoroso.

¿Qué quiere decir si no:

*Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.*

.....
.....

*Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada*

*De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo?*

Si el amor no existe, ó existe en esta forma, toda niña oirá como quien oye llover semejante desatino; y en fin, si la mariposa, como símil de amor, es uno de los temas constantes de los poetas, no es menos cierto que la pertinaz y oscura ostra le ha seguido de cerca para bien de los verdaderos amantes.

XXXIX.—*El beso.*

Esta composición no es lo que aparece á primera vista, pues no se trata de un hecho particular, sino general. Aquí se canta el amor universal de ambos sexos en una de sus manifestaciones más poéticas; en una palabra, la totalidad de la vida del amor, en cuyo caso la humanidad es la resultante de la armonía de un beso general en todos los tiempos desde Adán hasta nuestros días, como indica el autor. Este nos define con exactitud las diversas clases de besos que hay, y que no son otra cosa que *la expresión de un idioma universal*. La rima tiene novedad, es de difícil manejo, y su éxito pende del buen gusto del autor; pero la dolura se distingue más por el pensamiento que por la forma, pues siendo tan vasto aquél, se diluye algo ésta, y no impresiona con viveza el ánimo. Hay además en ella, aunque con deliberado modo, demasiadas consonancias y asonancias, que dan monotonía al conjunto. Las estrofas 3.^a, 4.^a y 7.^a sobre todo, son, sin duda, las mejores. También debemos notar que no faltan aquí pensamientos alambicados y conceptuosos, á que es dado á veces el escritor, y que son lunares con que empaña de cuando en cuando sus hermosos cuadros. Esto, que nace

del fondo filosófico ó subjetivo de su propia *manera*, tiene graves riesgos en los imitadores, pues volveríamos desgraciadamente á los tiempos de la poesía culta.

XLVI.—¿Qué es amor?

No siempre el poeta subyuga ni fascina. *Alicuando bonus dormitat Homerus*. Si esto acaeció á tan grande ingenio, ¿cómo no ha de suceder á los demás? Una niña hermosa, con la ingenuidad propia de sus años, le pregunta qué es amor. El interlocutor no puede ser más bello, ni la pregunta más natural é inocente; ¡hermosa situación! y sin embargo, el poeta no ha atinado con la respuesta, que, sobre ser erudita, conceptuosa y no pertinente por su poco acierto, es débil y vaga, con ribetes de atea en sus conclusiones. Añádese á esto el empleo de una metrifricación poco elástica y de enfadoso martilleo.

El amor, idealismo puro ó puro realismo, es, por consiguiente, todo lo sublime y todo lo vulgar, todo lo grande y todo lo pequeño, todo lo hermoso y todo lo prosaico: esto lo sabemos muy bien; por tanto, esperábamos una respuesta más acabada de quien escribió *Vivir es sufrir*. Otro modo mejor de desempeño, ya que el poeta no quiso dar su opinión, sería, en nuestro sentir, la exposición de lo que han dicho los más levantados pensadores y artistas con que se honra la humanidad, lo cual valdría más que la mayor parte de los protagonistas citados. Entretanto, ¡sombras, adorables siempre, de Marcilla, de Inés de Castro y de Macías, perdónad á este poeta un momento de mal humor!

XLVII.—*Las dos grandezas.*

Esta leyenda griega de la entrevista de Alejandro con Diógenes, transmitida por Plutarco y otros escritores de la antigüedad, fué objeto siempre de comentarios, porque implica la pregunta de ¿quién de los dos es más grande? La humanidad, sin embargo, se ha ido con Alejandro, no por vanagloria, sino por razones poderosas, que no son de este lugar. Cualquiera que fuese el mérito de Diógenes, no podemos dudar que éste era un hombre excéntrico, si no extravagante, según las cortas noticias que han llegado hasta nosotros, y por tal tenido entre sus conciudadanos. Rousseau, que es su semejante en nuestros tiempos, le lleva gran ventaja, porque es el iniciador más poderoso de la libertad moderna y una de las protestas más fuertes del espiritualismo y del sentimiento contra el grosero materialismo de los enciclopedistas, como se ve en muchas de sus elocuentes páginas. Herida la imaginación del poeta, como lo ha sido la de otros muchos, por la singularidad del caso, le pinta dramáticamente en esta escena conforme á la tradición, procurando ser fiel á la verdad moral de ambos caracteres, y pareciendo quizá inclinar nuestro ánimo á que la gloria militar, como la científica, son dos grandes miserias, que nunca habrán de comprenderse ni hacerse mutua justicia.

Dos extremos tan fuertemente acentuados como Alejandro y Diógenes son imposibles de conciliar; y la humanidad sería muy desgraciada marchando exclusivamente por cualquiera de los dos caminos. No obstante que el poeta se mantiene neutral, al parecer, entre ambos y sólo como mero narrador, sin indicarnos siquiera cuál es su *concepción de la vida*, le vemos simpatizar con Diógenes, puesto que en su boca están las réplicas más acertadas y las sentencias más enérgicas y profundas, hasta el punto de parecernos débil y pequeña la figura de Alejandro.

En cuanto á la forma, observaremos que la elección del metro no ha sido la más oportuna, teniendo en cuenta el asunto y los protagonistas. La redondilla no da, según pensamos, nobleza suficiente, y hace mezquina la forma de ciertas composiciones serias; verdad es que el poeta ha sacado todo el partido posible, y mostrado en algunas un vigor, una concisión y energía notables, enseñando cuánto se puede hacer aún con las más humildes combinaciones de la rima castellana.

XLIX.—*Sufrir es vivir.*

El tema de esta dolencia no es una paradoja: está fundado en el verdadero conocimiento de la naturaleza humana. Si se necesitase una prueba fisiológica y razonada á la vez de que *sufrir es vivir*, esta composición bastaría por sí sola para convencernos: tal es el arte singular con que está concebida y ejecutada, debiendo considerársela como una apoteosis de la fe y del amor, que triunfa de los sufrimientos que le acompañan en esta vida. El asunto ha sido tratado en todos tiempos, y sin embargo, ¡cuánta novedad se advierte aquí! Con los medios más sencillos y triviales el poeta sabe remontarse á la más alta concepción de la vida: ¿qué es ésta sin el amor, su forma universal? Nada. Además, ¡qué moralidad! Un poeta vulgar hubiera pedido y consumado el suicidio, con escándalo de la razón y de las gentes de buen vivir; éste, al contrario, comprendiendo mejor las exquisitas fuentes de la vida y cuál es la naturaleza humana, termina por el arranque magnífico de un corazón realmente apasionado:

*Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.*

Mucho más pudiéramos decir sobre esta preciosa dolora; pero lo indicado basta para que el lector, con sus propios conocimientos, pueda apreciar verso por verso todas sus bellezas de fondo y de forma. •

L.—*Los dos espejos.*

La forma por sí constituye una gran parte de la belleza. En poesía, como en pintura y escultura, debe haber ciertas leyes de proporcionalidad si se aspira á conseguir en la obra un carácter grandioso. Ni la estatua de la Baviera de Rauch ó el coloso de Rodas, ni las graciosas figuritas de Pradier son el verdadero arte escultural; como tampoco el Prometeo de Rivera, ni los diminutos cuadros ó miniaturas son la expresión genuina de la pintura. Esto por regla general; mas las Parcas y las Niobes, la Venus de Milo y el Apolo de Belvedere, el Pasma de Sicilia y la Toma de Breda serán siempre tipos de composición, basados sobre los más perfectos modelos de nuestra propia naturaleza. Verdad es que la poesía lírica, aunque parecida á las anteriores, no tiene un punto de partida tan preciso y seguro para determinar la debida y armónica proporción de sus obras; sin embargo, cuando se estudia atentamente á Horacio, Fr. Luis de León y otros grandes maestros, que admiramos todos cada vez más, á pesar de los siglos transcurridos, vemos el tino con que procedieron dejándonos modelos acabados en la *ponderación* conveniente de las formas; pues parece que, como guiados por su exquisito gusto, acertaron con la ley ó regla de proporcionalidad que deben tener en su desarrollo los géneros más selectos de la poesía lírica.

Estas sucintas observaciones son aplicables aquí al poeta. Él nos presenta buenos modelos de lo que debe ser una dolora, como puede verse en *Glorias de la Vida, Adiós para siem-*

pre, Porvenir de las almas, Vivir es sufrir, etc.; mas no así en *La comedia del saber, Todo es uno y lo mismo*, y otras, faltas de elegancia, á nuestro parecer, por su demasiada extensión, que atenta al equilibrado conjunto de la forma, asimilando la composición á otros géneros que tienen su categoría especial y formal, llámese elegía, sátira ó epístola. Por otro extremo, y en contraposición á las citadas, hallamos: *Cosas del tiempo, Todo está en el corazón, Amor y gloria. Muertos que viven, El mayor castigo, Los celos causan olvido, Los dos pecadores, Nunca olvida quien bien ama*, que pueden considerarse más como apotegmas ó epigramas que como doloras.

LIII.—*Amor y gloria:*

No aceptamos el pensamiento. Esto será llevar el despecho ó el escepticismo hasta sus últimas consecuencias. El amor y la gloria son los móviles más poderosos á que obedecemos, y por consiguiente, los generadores de cuanto grande hay en la vida, cuando estas dos pasiones van noblemente encaminadas. El arte, pues, debe tender siempre á fomentar y levantar las más bellas porciones de nuestro espíritu y de nuestros sentimientos. Este es su rico venero; lo contrario sería matar la poesía. Aparte de esto, ¡qué décima tan épica, por decirlo así, y cómo trae á la memoria el estilo grandioso de Calderón!

LIV.—*Nunca olvida quien bien ama.*

Feliz conclusión: no es posible un pensamiento más apasionado, más triste, más desgarrador. Perdonar á todo el mundo menos á la que se ama, es una idea bella, expresada con una

concisión y energía admirables. ¡Qué conocimiento del corazón humano y de nuestra flaca naturaleza! Para un alma cristiana podrá ser esta confesión motivo de escándalo; y sin embargo, ¡cuántos, víctimas de una pasión en lo más florido de su edad, habrán hecho lo mismo! No sé qué hay de singular en esta conclusión, que, á pesar de la amenaza, el cariño va á ser más profundo y porfiado en la otra vida. A pesar de tanta belleza en el pensamiento, repetimos lo dicho en *Los dos espejos*.

LV.—*Todo es uno y lo mismo.*

En esta composición, como en otras, habrá notado el lector el empeño en hacer pasar al dominio de la poesía ciertas conclusiones de la filosofía alemana de Hegel, y de Fichte sobre todo. No aplaudimos tal propósito, el cual, si hubiera de imitarse, daría malos resultados para el arte, encaminado por esta senda más bien á probar tesis difíciles de metafísica que á levantar nuestros más nobilísimos sentimientos y pasiones hacia un ideal puro de perfección y de grandeza. El arte prueba de diverso modo que la filosofía. Siendo el fin uno, los medios difieren mucho, ó son, cuando menos, muy poco perceptibles sus analogías para la mayor parte de los lectores. En fin, con estos ensayos la filosofía no progresa y la poesía padece. Tal es nuestro modo de ver en la materia. Aparte de esto, se puede gustar aquí la gracia y chiste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general, la facilidad y tersura de la rima.

LVII.—*Los dos pecadores.*

Insistimos en que la dolora no se debe llevar hasta una décima; forma estrecha, si no mezquina, para el desarrollo y justas proporciones de una obra de arte. Prescindiendo de esto, el pensamiento y la ejecución corren aquí parejas, sin subordinación ninguna entre ambos. Recomendamos el sutil ingenio con que está expuesto y desempeñado el asunto, algo paradójico á nuestro parecer, y la valentía de los dos versos finales.

LIX.—*Las dos linternas.*

Según se deduce de varios pasajes, el carácter de Diógenes ha ejercido alguna influencia en el autor, lo cual no podemos explicarnos siendo ambos tan diferentes. Podríamos penetrar, no obstante, en esta cuestión fisiológica, y rastrear algo del cómo se dejan influir á veces las imaginaciones vivas sin darse cuenta razonada; pero no es de este lugar disertación semejante. La creencia en el poeta de que su linterna es blanca, no pasa de ser una ilusión suya, pues, aunque con distintos modos, tan negra es como la del otro. ¿No son en su mayor parte las doloras de un fondo triste, melancólico y hasta sombrío? ¿No ha buscado el amor, la ciencia, la felicidad, la gloria y la fortuna, y no las ha encontrado en ninguna parte? ¡Ah! ¡Cómo nos engañamos! ¡Y luego nos asegura que su linterna es blanca! Mi amigo, el ilustrado catedrático Laverde Ruiz no debe estar muy convencido de la tesis aquí sostenida, por ser inexacta. ¿No hay sobre las gafas particulares el telescopio y el microscopio, que penetran y descubren los dos polos ó regiones del mundo visible é invisible? ¿No está

sobre lo particular lo general? ¡Ah! ¡Pobre humanidad, si todo fuera nada más que según el color propio del cristal de cada uno!

LXI.—*Músicas que pasan.*

Si fuera necesario fijar qué fondo, qué forma y qué desempeño debe tener toda composición lírica para agradar ó ser perfecta, nunca nos entenderíamos ni consiguiéramos nuestro deseo. La retórica y la poética no resuelven la cuestión, y eso que somos los primeros en estimar su importancia y utilidad. Lo vago, lo indeterminado un no sé qué singular, que se siente y no puede explicarse por las reglas más comunes de la crítica, constituyen ó componen á veces una obra de arte. Tal acontecè á esta dolora, que participa de los modos secretos y misteriosas penumbras de la música. Puede asegurarse que no hay aquí, en rigor, pensamiento deliberado, ni plan, ni fin concreto; y sin embargo, ¡qué alegría, qué movimiento, qué tristeza! ¿y por qué? ¡Porque las músicas vienen y se van! «¡Qué tontería!» dirán algunos; «¡qué belleza!» dirán los más. Para mí es claro el sentido de esta dolora, pues representa el drama entero de la vida. Los años vienen, los años se van, las ilusiones se acercan... ¡cuán rápidas huyen! Un mundo de flores que avanza á nosotros es yermo de abrojos que queda detrás. Toda, toda la vida es una música inefable de armonía cuando viene, y un triste concierto de melancólicas y discordantes notas cuando se va. Mi amigo Goñi, organización delicada y por demás impresionable y triste, ¡cómo habrá sentido el efecto de esta composición, de una belleza vaga y de una melancolía inexplicable!

LXIV.—*La metempsychosis.*

El pensamiento de esta composición tiene, como es sabido, su raíz en la India, de donde lo importó á su manera Pitágoras en Grecia. Considérese como quiera tal sistema, no es más que un imperfecto embrión de la idea de inmortalidad. Estas metamorfosis tenían un término de purificación, el cual cumplido, se pasaba á gozar de un descanso ó bien superior. El poeta es aquí más duro, pues nada nos dice del término de reposo y felicidad, y acepta, al parecer, una metempsychosis continua y eterna, en la cual, variar de destino, *sólo es variar de dolor*. ¡Terrible conclusión en el sentido moral, y no cierta considerada literalmente!

El *Cosmos* es una soberbia armonía en su conjunto, y en sus detalles un compuesto de placeres y de dolores, de dichas y de desesperaciones; así que la permanencia constante de la pena en la totalidad de la vida no es dable ni posible; ¿y por qué? Porque aquí es una idea absoluta, y como tal, no cabe en casos concretos y particulares. Cuando habla el hombre (humanidad acaso) en la penúltima y hermosa quintilla, ¿no ha llevado consigo la reminiscencia de ningún goce? No puede ser. Hay un tiempo en todos los infinitos particulares de la vida indefectiblemente señalado para la felicidad, como hay otro para las penas, y esto constituye la sucesión alternada del bien y del mal. El egoísmo nos hace soñar una felicidad perenne, sin reflexionar que pedimos su propia destrucción, porque ¿de dónde nos viene la idea de dicha, sino de la de su opuesto, desgracia? Si es verdad que en toda la escala transmigradora hay dolor, también hay placer; de consiguiente, falta aquí un término absoluto de felicidad superior al que referir el ideal existente en la conciencia como fin de la vida, pues lo contrario es proclamar sin esperanza una desesperación eterna. Por tales razones se colegirá que estos asuntos inmensos, abordados directamente, son un escollo insupera-

ble para el buen éxito; así, pues, opinamos que no están demás estas breves observaciones, que puede muy bien ampliar el lector, cuando el poeta se remonta atrevidamente á las regiones más escabrosas de la filosofía y trata nada menos que de la predestinación universal.

Si no estamos conformes respecto del orden interno de la dolora, en cuanto á la forma no podemos sino alabar el estro, la energía y variedad de tonos, ya fuertes, ya dulces, empleados en las quintillas, y la dicción poética, que hace á algunas, como la 6.^a y 8.^a, tan levantadas y poéticas.

LXV.—*Las dos tumbas.*

Es verdad: la vida sin una idea, sin ilusión, sin amor, es un sepulcro. Cuando el corazón y la cabeza llegan á cierto estado, no contienen más que el vacío, y tanto monta ser como no ser. Huyendo del uno, se busca asilo en el otro, y como nada hay, se persigue fatigosamente una sombra; porque el hombre entonces no es realidad, sino sombra de realidad. Véase para el contraste la dolora de *Sufrir es vivir*.

LXVI.—*La comedia del saber.*

Cuadro sencillo de los principales sistemas filosóficos de Grecia, en que, bajo la forma dramática, se expone el juego de ideas por las cuales viene luchando, con nuevas integrantes siempre, la humanidad sabia contra la multitud ignorante, para sacarla de la servidumbre y del error, y conducirla por la vía del progreso y del bien hacia mejores fines y felicidad posible, por más que se extravíe en ocasiones, prestándose á

ciegas á bastardos intereses, hasta el extremo de pedir la cicuta para Sócrates y la cruz para el Nazareno.

Desde luego notamos que el título es peligroso, y que el poeta se vale del divino arte de la poesía para ridiculizar, al parecer, las sectas filosóficas. El medio es ya antiguo. La pintura y la escultura le han empleado también. Sin embargo, la humanidad marcha á un destino más perfecto, sin curarse de estos *humorismos* particulares. Nada sentimos tanto como ver el arte y la ciencia al servicio de malas causas, pues sobre no adelantar nada, no se adquiere respetabilidad en la augusta asamblea de los genios que empujan la sociedad hacia fines más rectos. ¡La filosofía una mentira! Pues entonces, ¿por qué van triunfando, si bien lentamente, por esa vereda tortuosa de la vida las más nobles porciones del espíritu humano? La lucha existe, porque es inevitable, dada nuestra naturaleza, y he aquí el drama sobre que gira la historia. Desde el lapón y el esquimal hasta el francés y el español, ¿qué marcha viene siguiendo el hombre? Desde los pueblos autóctonos hasta nuestros días, ¿qué progresos se van realizando? Muchos. ¿Ha sido obstáculo la extravagancia ó el error sincero de algunos filósofos? No. ¿Por qué? Porque la individualidad es la expresión formal de la totalidad, no la expresión esencial; pues aspirando ésta á su mejoramiento indefinido y constante dentro de sus propias condiciones, en vano intentará torcer su curso la idiosincrasia de algunos escritores sometidos á un particularismo pequeño y mezquino, como lo es el individuo con relación al todo.

En cuanto á la cuestión de forma, ya hemos establecido en otra parte nuestra doctrina respecto de las formas cortas como de las que pudiéramos llamar largas, y repetimos aquí de nuevo que toda obra, para ser perfecta, ha de tener indispensablemente cierta ponderación de formas internas y externas, de las cuales resulte la armonía y la unidad, uno de los grandes fines del arte, para que sea eficaz y obre como tal en nuestra limitada naturaleza. A pesar de estos defectos, se nos preguntará por qué hemos analizado la presente compo-

sición, careciendo de las dotes de una verdadera dolora. A lo cual responderemos sin titubear que por lo mismo; pues sólo de este modo pueden señalarse con claridad los peligros en que incurriría todo imitador que quiera seguir esta senda; porque debe tenerse entendido que la filosofía y la erudición *per se* no son el arte, ni cuadros tan extensos guardan las proporciones del género, y por más que se pulan y perfeccionen, las poesías de que se trata serán siempre de arduo empeño y poco fáciles á la memoria.

No simpatizamos con ciertos metros para el estilo elevado; pero notará el lector cuán aficionado es Campoamor á la rondilla, y es preciso convenir en que en este, como en otros pasajes suyos, algunas son bellas, rotundas y hasta grandiosas. Ningún asunto, por severo que sea, le arredra para usarlas, y en general están bien construídas y llenas de nobleza, y exentas del carácter vulgar y coplero que suelen tener.

LXX.—*Los relojes del rey Carlos.*

Es el rey Carlos Primero de España, Quinto emperador á la vez del mismo nombre en Alemania, uno de los hombres más simpáticos de la época del Renacimiento. Cumplido caballero, esforzado é invicto capitán, basta él solo para dar gloria á la vez á un gran pueblo y á un gran siglo. Como persona y como monarca, fuéronle sin duda inferiores cuantos figuraron en su tiempo en aquel vasto teatro de acontecimientos europeos. A sus sentimientos religiosos, encarnados en el pueblo español, que acababa de sostener con sin par constancia una lucha de siete siglos en defensa de la fe, se debe el sostén de la gran causa católica, que era entonces el empeño de honor nacional contra poderosos amigos, que supo Carlos tener siempre á raya, sacando incólume sobre toda clase de intereses egoístas y comerciales dos grandes prin-

cipios, tan culminantes siempre: la autoridad y la unidad.

En este concepto, pues, y otros muchos, ajenos de este lugar, parécenos que el pensamiento fundamental de esta composición falsea algo el carácter de este grande hombre; pues en él, más que en otro alguno, se encuentra la verdadera ponderación entre su cabeza y sus sentimientos, ó entre su corazón y su conciencia: antinomia que sólo es dado resolver á las organizaciones privilegiadas, á los grandes genios de la guerra y de la política, en el arte difícilísimo de gobernar la sociedad. Otros grandes genios han sido más atormentados que Carlos por el dualismo del carácter, funesto siempre para los pueblos.

En cierto modo son también aplicables á la dolores anterior estas observaciones; pero con una diferencia notable. En aquélla se echa de ver un concepto general, de modo que Carlos no es más que el *medium* elegido para exponer el pensamiento de que los grandes hombres tienen flaquezas hasta ridículas á veces. Esta opinión la confirma el título, perfectamente elegido. No están fuera de lugar estas observaciones, porque es ley de perfección que á la belleza externa corresponda la verdad interna, que asimila y vigoriza el mágico poder de la forma.—En esta, ambas son ricas de ingenio y dición poética, sobre todo la anterior, *Los grandes hombres*, solemne y grave en su exposición y marcha hasta su hermoso final. El móvil escogido para contraste está astutamente elegido, por más que á la primera lectura se quede el lector extrañamente desconcertado.

LXXI.—*Lo que hace el tiempo.*

Lindas son estas copias, dedicadas á Blanca Rosa, hermoso nombre, que convida á unas variaciones sobre el inagotable tema del amor. El poeta aquí, sin plan preconcebido, arreba-

tado ante la contemplación de la vida y el amor en sus mutuas relaciones, se entrega á la espontaneidad poética del sentimiento, y por todas partes fluye la inspiración, la belleza, la dulzura y la suavidad. Sin embargo, no se crea que autorizamos con esto algunos conceptos, que pecan de oscuros ó alambicados, y estrofas que, comparadas con otras de esta hermosa poesía, carecen de dicción poética y corrección suficiente. No sabemos, por último, si Blanca Rosa habrá quedado satisfecha con la lectura de esta dolora, que deja en el alma un sabor triste y amargo.

LXXIV.—*La historia de Augusto.*

Ni el título ni el asunto están bien escogidos. Si se tratara de una falta particular del hombre, pase; pero pretender que esta dolora determine el carácter general de este personaje, no puede ser. No vemos, pues, aquí más que una sátira política, sangrienta, contra quien gobernó sabiamente, con especial juicio y cordura, casi medio siglo, ciento cuarenta millones de súbditos; que fundó el poder civil en Roma sobre el insoportable militarismo de su siglo, y echó las bases de una administración inteligente; que moderó hartó las rapiñas de los procónsules y gobernadores de la ya corrompida república; que puso término á las sangrientas matanzas, comenzadas en tiempo de Mario y Sila. Hombre débil, enfermizo, apocado y hasta tímido, mal podía ser un tirano salteador de la libertad romana, él, que no alcanzó el poder precedido de la gloria militar. Y mal podía ser un tirano, en el rigor de la palabra, quien no tenía más recursos que los del carácter y la inteligencia para mantener á devoción suya generales, literatos, artistas y poetas insignes, como Virgilio y Horacio, por quienes la lengua latina no perecerá jamás. Por sus cualidades en el gobierno y artes de la paz dió nombre á su siglo, y

la apoteosis de su persona, hecha, según aquí se da á entender, por los aduladores de su tiempo, fué ampliamente confirmada por toda la posteridad hasta nuestros días. Ciegas y vengativas pasiones políticas ponen en duda, por razones de hoy, el mérito de entonces. El poeta es aquí intérprete de una escuela histórica, que peca siempre de parcial é injusta. Si Augusto ha sido astuto, sagaz y ladino, que bien lo había menester en su época, eso mismo prueba que su dominación no estaba fundada sobre la fuerza bruta de los ejércitos, á los cuales temía, sino sobre los recursos de su propia inteligencia, dotes de carácter y amor de los pueblos, que le protegían contra las decisiones de aquel Senado egoísta y duro. Sin ir más allá, la inscripción de Ancyra basta para colocar á Augusto entre los bienhechores de la humanidad.—Como el arte sirve á la historia y ésta al arte, creemos de toda oportunidad estas reflexiones, puesto que una poesía lanzada por un gran poeta es muchas veces más mortífera que un libro, y es deber del crítico procurar que una cosa tan bella como es la poesía no destruya ó rebaje lo grande, lo noble y lo digno.—Ovidio será siempre simpático á la posteridad, porque se ignora la verdadera causa de su infortunio; pero ya sea un castigo político ó civil por una falta privada cometida en el seno de la familia de Augusto, cierto es que por un hecho particular del hombre no se puede condenar toda su razón de Estado. Y poderosa debió ser una ú otra, pues ni Tiberio, sucesor de Augusto, le alzó el destierro, impetrado por los amigos del poeta.

Si Campoamor toma aquí la acalorada defensa de un compañero, abogando por la independencia del escritor, en su concepto inocente, contra una disposición tiránica del poder, no es causa bastante para rebajar á Augusto á la clase de mero histrión, y perseguirle hasta el borde de la tumba, suponiendo aquella cínica pregunta á sus cortesanos al tiempo de morir.

LXXV.—*Antinomias del genio.*

Esta dolora, como la de *Los relojes del rey Carlos* y *Los grandes hombres*, pertenece á un género que el poeta explota con feliz éxito. No es de este lugar discutir si hay exactitud en los personajes retratados; la posibilidad es suficiente, y si no son estas las manías ó los caprichos, pueden serlo otros quizá más ridículos, porque la tesis se evidencia por sí misma de que los grandes hombres adolecen, como los demás, de debilidades y extravagancias á veces. Este género, de bastante novedad por cierto en la manera de exponerle el poeta, tiene mucho atractivo sin duda; pero, como toda sátira, es ocasionado á riesgos, pues que intenta rebajar por medio del ridículo las grandes figuras de la historia al nivel del vulgo; atentado que cometen, en su ceguedad, las pasiones políticas, y á veces el arte, con gran pesar nuestro; porque hacemos de él un culto, puesto que, después de la religión, es lo que más consuelo nos presta en las tristezas de la vida real. La exposición y narración están ejecutadas con sencillez, gracia y nervio. Se rivaliza aquí en fáciles redondillas con los buenos romances. Hay expresiones felices, como la de *aquel* sombrero y gabán ceniciento que todos conocemos.

LXXVI.—*Las doloras.*

Bajo este epígrafe el poeta trata de explicar á una dama distinguida su vida y su conducta en las composiciones llamadas *Doloras*. Los desengaños de amor y el hastío de la vida son objeto de esta composición, y es singular que el poeta se haya olvidado de que en esta forma de poesía ha tratado muchas veces con feliz éxito levantados asuntos de filosofía, de

religión, de historia, etc.; asuntos que no pesan menos que las composiciones eróticas en la balanza del mérito. Discreta reserva quizá, no hablar á una señora sino de los negocios de su casa, el corazón, que tan bien comprenden las mujeres. En ésta, como en la otra dedicada á Blanca Rosa, ha hecho revivir Campoamor con feliz éxito las antiguas coplas del arte de Castilla, medio olvidadas desde los tiempos de Jorge Manrique, en las celebradas y de todos conocidas á la muerte de su padre el Condestable, que tanto caracterizan el verdadero arte nacional, y tan superiores son en vigor y otras calidades á sus rivales, las lemosinas, tan ponderadas y de moda hoy entre los vates catalanes.

LXXVII.—*La gran Babel.*

Esta composición es digna de un estudio muy meditado bajo cualquier aspecto que se la considere. Su ideal fundamental es sorprendente, y parece como desgajada del gran libro del *Apocalipsis*, no remontándose á menor altura con medios más sencillos de forma y de exposición. Cuanto puede alcanzarse sin esfuerzo, sin tortura, sin violencia de algún género, está conseguido aquí con una sencillez encantadora.—Dos sonidos indeterminados expresan el aniquilamiento total en el tiempo de toda gloria humana, y cómo ante el ir y venir de los siglos irán pereciendo los hombres, las civilizaciones, las razas, las lenguas y todo el vasto concierto de las civilizaciones ante Dios, autor y creador de todas las cosas. Con el gracioso episodio de dos pájaros, se expone idea tan grande con toda la singularidad, gracia y novedad que sabe imprimir este poeta á la mayoría de sus cuadros.—¡Qué valiente es la parte IV, en la cual dice á Rafael que perecerá la lengua en que expresa sus inspiraciones, y que Dios comienza donde todo acaba.—Persona ilustrada, apasionado por la lite-

ratura, D. Rafael Cabezas, subsecretario del ministerio de Hacienda, y que sabe descansar de las rudas tareas de su cargo con los solaces de la poesía y de los estudios amenos, puede apreciar el mérito y las bellezas que tanto abundan en *La gran Babel*; bellezas que durarán larga fecha, pues nos parece muy remoto aún el tiempo en que la rica habla de Castilla

*Dé por fin en tarará,
Ó remate en tururú.*

LXXIX.—*Los dos cetros.*

Fray Luis de León, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último Rey de la monarquía goda vencido en Guadalete y bajo el peso de una acusación terrible.—Campoamor, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del Monarca; se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

*Y á los que amengüen su gloria
Les ruego que hagan memoria,
Que hay manchas hasta en el sol.*

Las causas que condujeron á la nación goda á su ruina no están aún muy claras; pero, ya fuesen de larga fecha unas, ya particulares del Rey otras, lo cierto es que la defensa del esforzado cuanto infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevación de juicio y de sentimiento.—Fr. Luis de León pintó un gran castigo; Campoamor un gran remordimiento.

Composición es esta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolosa es-

crita en quintillas, no es inferior á ninguna en narración, sencillez, naturalidad y precisión. El asunto ó invención de esta poesía es peregrino, la exposición seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpático. La dedicatoria al Príncipe de Asturias, dignísima, solemne y llena de filosofía cristiana. ¡Qué contraste entre el Rey de cetro de oro y el Rey de cetro de caña! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien ha de llevar una corona! ¡Qué problema sobre la felicidad humana!—Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Príncipe, á cuyos regios oídos no llegarán quizás nunca más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad y formado su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales: prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instrucción y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estribillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito; de lo contrario, morirán, si esto fuera posible acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos, y por afecto y amistad personal hacia su autor deseamos.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Prólogo de la primera edición.. . . .	V
— de la tercera idem.	IX
— de la sexta idem.	XVII
— de la octava idem.	XXIII
Juicio crítico de las <i>Doloras</i>	XXXIII

DOLORAS.

PRIMERA PARTE.

Cosas de la edad.	3
Glorias de la vida.	7
Ventajas de la inconstancia.	9
Los sollozos.	12
Quien vive olvida.	13
Las dos almas.	16
No hay dicha en la tierra.	19
La virtud del egoísmo.	21
Propósitos vanos.	23
La ciencia de la vida.	27
Vanidad de la hermosura.	29
Vivir es dudar.	31
Poder de la belleza.	33
Todo se pierde.	38
La compasión.	40
Corta es la vida.	45
Virtud de la hipocresía.	47
El concierto de las campanas.	50

	<u>Págs.</u>
Glorias póstumas.	52
Vivir muriendo.	55
Nada de nada, Nada por nada.	59
Vaguedad del placer.	61
Últimas abjuraciones.	65
Quien más pone pierde más.	68
Adiós para siempre.	71
Beneficios de la ausencia.	73
El amor inmortal.	76
Buenas cosas mal dispuestas.	79
¡Ay del que nace ó muere!.	92
Historia de un amor.	93
Porvenir de las almas.	98
Todos son unos.	101
Proximidad del bien.	106
Placeres tristes.	108
La dicha es la muerte.	111

SEGUNDA PARTE.

La opinión.	115
¡Quién supiera escribir!	117
Amar al vuelo.	121
El beso.	126
Lo que es eterno.	132
Fuente inagotable.. . . .	135
¡Más!... ¡Más!	140
Cosas del tiempo.	145
Engaños del engaño.	146
Todo está en el corazón.	147
¿Qué es amor?	148
Las dos grandezas.	152
Achaques de la vejez.	155
Sufrir es vivir.	160
Los dos espejos.	162

INDICE.

451

Págs.

La Fe y la Razón.	163
Las creencias.	169
Amor y gloria.	177
Nunca olvida quien bien ama.	178
Todo es uno y lo mismo.	179
El sexto sentido.	188
Los dos pecadores.	192
Muertos que viven.	193
Las dos linternas.	194
El mayor castigo.	197
Músicas que pasan.	198
El café.	200
Dramas desconocidos.	206
La metempsícosis.	207
Las dos tumbas.	210
La comedia del saber.	211

TERCERA PARTE.

La verdad y las mentiras.	225
La ambición.	227
Los grandes hombres.	228
Los relojes del rey Carlos.	232
Lo que hace el tiempo.	235
Fin y moral de la <i>Iliada</i>	243
La ciencia nueva de Vico.	245
La historia de Augusto.	249
Antinomias del genio.	253
Las doloras.	257
La gran Babel.	264
Todo y nada.	269
Los dos cetros.	270

CUARTA PARTE.

Los dos miedos.	279
La última palabra.	280

	<u>Págs.</u>
A rey muerto, rey puesto.	281
Hastío.	282
Las dos copas.	283
Mal de muchos.	285
Bodas celestes.	286
Las dos esposas.	287
Conversiones.	288
Memorias de un sacristán.	289
El anónimo.	291
Nuevo Tántalo.	292
El almez.	293
¡Así!	296
El alma en venta.	297
El ojo de la llave.	298
Mis lecturas.	303
A...	304
Lo de siempre.	305
Tejer y destejer.	306
La viuda y el filósofo.	307
.	308
No hay vida sin tí.	309
Ellos y ellas.	310
El amor y la fe.	311
Cuestión de nombre.	312
El gaitero de Gijón.	313
Los extremos se tocan.	317
La condición.	318
Las tres navidades.	319
Cuestión de fe.	321
Amor al mal.	322
Verdad de las tradiciones.	323
Mal de amor.	324
La Noche-buena.	325
Las buenas pecadoras.	329
La ley del embudo.	330

ÍNDICE.

453

Págs.

Rogad á tiempo.	331
Hero y Leandro.	332
Guardas inútiles.	335
Contrastes.	336
Un cielo en el infierno.	338
Dos libros de memorias.	339
El gran Proteo.	341
Lo que se piensa al morir.	342
Los progresos del amor.	345
El último amor.	347
Venus Sacratísima.	348
Una cita en el cielo.	350
Rosas y fresas.	351
El gran festín.	352

QUINTA PARTE.

La ley del hambre.	357
Lo que es el Olimpo.	359
Los tres guardapelos.	360
Viaje redondo.	362
Caballos y caballeros.	364
La insurrección del agua.	366
La fe de las mujeres.	369
El sol perdido.	371

CANTARES.

SEXTA PARTE.

Amorosos.	377
Epigramáticos.	389
Filosófico-morales.	400
Notas.	413

Precio de esta obra: Madrid, 5 pesetas; provincias, 5,50.

Los pedidos, acompañalos de su importe, á **VICTORIANO SUAREZ, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.**

Amicis. Recuerdos de París y Londres; 2,50 pesetas en Madrid y 3 en provincias.

— Marruecos. Con noticias biográficas y retrato del autor; 3,50 pesetas Madrid y 4 en provincias.

Dupanloup. Mujeres sábias y mujeres estudiosas; 1 peseta.

Flores (D. Antonio). Historia del matrimonio; 2 y 2,50.

— Tipos y costumbres españolas; 3 y 3,50.

— Ayer, hoy y mañana; cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899; 6 tomos, 18 y 20.

E. Poe. Leyendas extraordinarias; 1 peseta.

Hawthorne. El tesoro escondido y los Pigmeos; 1 peseta.

La sal de María Santísima. Musa epigramática y cancionero festivo popular; 2 pesetas.

Selgas (D. José). Cosas del día, continuación de las Delicias del nuevo Paraíso; 2 pesetas, y 2,25.

— Delicias del nuevo Paraíso; 2 y 2,25.

— Hojas sueltas. Viajes ligeros alrededor de varios asuntos; 2 y 2,25.

— Nuevas páginas. Secretos íntimos que pueden correr de boca en boca; 2 y 2,25.

Una carta de Miss Greenwood y cuatro cuentos de N. Hawthorne; 1 peseta.

Villabrille. Las cuatro estaciones del año; 4 tomos, 4 pesetas.

Zorrilla (D. José). Poesías. Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, y en el teatro de Jovellanos en 1877; 3 y 3,50 pesetas.

— Cantos del Trovador; 4 y 4,50 pesetas.

— Leyendas y tradiciones históricas. Comprende: Vigilias del estío.—El talismán.—Montero de Espinosa.—Desafío del Diablo.—Un testigo de bronce, etcétera; 4 y 4,50 pesetas.

— Recuerdos del tiempo viejo; 3 y 3,50 pesetas.

Wasghinton Irving. Memorias de un Gobernador; 1 peseta.

3 2044 019 405 810

~~DUE DATE 38~~

WIDENER
WIDENER
AUG 2 3 1996
SEP 3 0 1996
CANCELLED
BOOK DUE

OCT 29 '46

~~DUE AUG 1998~~

